D 596

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

OPINIONES

ACERCA DEL

MATRIMONIO Y DEL CELIBATO

RECOGIDAS POR

LARCHER Y P. J. JULLIEN

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

TRADUCCIÓN

POR

LUIS DE TERAN

Profesor en el Ateneo de Madrid

JUNTA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN DE REVISTAS PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS - LIBROS

1097675

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Calle de Fomento, núm. 7.

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

MCD 2022-L5

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

OPINIONES

ACERCA DEL

MATRIMONIO Y DEL CELIBATO

RECOGIDAS POR

LARCHER Y P. J. JULLIEN

BIBLIOTECA PÚBLICA - GUADALAJARA

TRADUCCIÓN

POR

LUIS DE TERAN

Profesor en el Ateneo de Madrid

Precio: CINCO pesetas.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Calle de Fomento, núm. 7.

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

MCD 2022-L5

65
212

ARCHER Y P. J. JULLI

OPINIONES

ACERCA DEL

MATRIMONI

Y DEL

CELIBATO

PRECIO

5 pesetas.

LA

ESPAÑA MODERN

10112

MCD 2022-L5

Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, dos tomos, 18 pesetas.
Mouton.—El deber de castigar, 4 pesetas.
Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
Nansen.—Hacia el polo, 6 pesetas.
Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—La Genealogía de la moral, 3 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Ultimos opúsculos, 5 pesetas.—La Gaya ciencia, 6 pesetas.
Novicow.—Los Despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.
Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
Potapenko.—La novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
Prévost-Paradol.—La Historia Universal, 3 volúmenes, 16 pesetas.
Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
Renán.—Estudios de Historia religiosa, 6 pesetas.—Vida de los Santos, 6 pesetas.
Ribbing.—La Higiene sexual, 3 pesetas.
Ricci.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil teórico y práctico, ocho tomos, 57 pesetas.
Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
Roguin.—Las Reglas jurídicas, 8 pesetas.
Roosevelt, New-York, 4 pesetas.
Ruskin.—«Las Siete lámparas de la Arquitectura» (El Sacrificio, La Verdad, La Fuerza, La Belleza, La Vida, El Recuerdo, La Obediencia) y «La Corona de olivo Silvestre» (El Trabajo, El Comercio, La Guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, dos tomos, 13 pesetas.
Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5 pesetas.
Samsonetti.—Derecho constitucional, 9 ptas.
Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, tres tomos, 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.—Eudemonología (Tratado de felicidad ó arte de vivir), 5 pesetas.
Sieroszewski.—Yang-Hun-Tay (el diablo extranjero), novela de costumbres chinas, 2 pesetas.
Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 ptas.
Sohm.—Derecho privado romano, 14 ptas.
Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 8 ptas
Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
Stirner.—El Unico y su propiedad, 9 pesetas
Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ptas
Stuart Mill.—Estudios sobre la Religión, 4 pesetas.
Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pts.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 ptas.—Historia del Derecho, 8 ptas.—Las Instituciones primitivas, 7 ptas.
Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
Taine.—Historia de la literatura inglesa: Los orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad clásica, 6 ptas.—La Edad Moderna, 7 ptas.—Los Contemporáneos, 7 ptas.—Los Filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—Los Orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.
Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgás, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.) *El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
Idem.—Novelas y caprichos, 3 pesetas.
Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.—(Sullivan, Cockburn, Sheil, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Ellemboroug, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 pesetas.
Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.
Virgilii.—Manual de estadística, 4 pesetas.
Vocke.—Principios fundamentales de Hacienda, 2 tomos, 10 pesetas.
Wallace, Rusia, 4 pesetas.
Whitman.—La Alemania imperial, 5 ptas.
Willoughby.—La Legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
Waliszewsky.—Historia de la literatura rusa, 9 pesetas.
Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
Wilson.—El Gobierno congresional: Regimen político de los Estados Unidos, 5 ptas.
Wolff.—La Literatura castellana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vol., 15 pts.
Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XVIII

Esta Revista, escrita por los mas eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, diez pesetas; un año, diez y ocho pesetas.—Fuera de España, un año, veinticuatro francos.—El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todas las suscriciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de Fomento, 7, Madrid.

Director: J. LAZARO.

MCD 2022-L5

641

MCD 2022-L5

10112

Biblioteca Pública Provincial de Guadalajara

SECCIÓN CIRCULANTE

SIGNATURA 641

Conforme a lo que dispone el Reglamento de préstamos, se cobrará una multa de 50 céntimos por cada día que tarde en devolverse este libro, después de la fecha en que hubiera debido hacerse, que es la última de las que figuran a continuación:

23 JUN. 1953.

MCD 2022-L5

OPINIONES

ACERCA DEL

MATRIMONIO Y DEL CELIBATO

OBRAS PUBLICADAS

por LA ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Fomento, 7, Madrid, y que recomendamos especialmente á nuestros favorecedores.

AGUANNO.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.
GIURIATI.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.
GRAVE.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
GROSS.—Manual del Juez, 12 pesetas.
KELLS-INGRAM.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
KOCHS.—Higiene general, 3 pesetas.
KRUGER.—Historia, fuentes y literatura del Derecho, 7 pesetas.
LOMBROSO, FERRI, GAROFALO y FIORETTI.—La Escuela criminológico positivista, 7 pesetas.
MARTENS.—Derecho internacional público y privado (4 tomos), 30 pesetas.
MAX-MULLER.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.
MOMMSEN.—Derecho público romano, 12 pesetas.
ROGERS.—Sentido económico de la historia, 10 ptas.
SOHM.—Historia é Instituciones de Derecho privado romano, 14 pesetas.
STAHL.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
SUMNER-MAINE.—El Antiguo Derecho y La Costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 ptas.—Las Instituciones primitivas, 7 ptas.
WESTERMARCK.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Obras de H. Spencer
publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Los Datos de la Sociología (2 tomos), 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas (2 tomos), 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales, 7 pesetas.—Las Instituciones industriales, 8 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Moral de los diversos pueblos y la moral personal, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Etica de las prisiones, 10 pesetas.

MCD 2022-L5

D 596

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

OPINIONES

ACERCA DEL

MATRIMONIO Y DEL CELIBATO

RECOGIDAS POR

LARCHER Y P. J. JULLIEN

BIBLIOTECA PÚBLICA - GUADALAJARA -

TRADUCCIÓN

POR

LUIS DE TERAN

Profesor en el Ateneo de Madrid

JUNTA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN DE REVISTAS PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS

1097675

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Calle de Fomento, núm. 7.

BIBLIOTECA PÚBLICA GUADALAJARA

MCD 2022-L5

ES PROPIEDAD

6617.—Imp. de Gabriel L. Horno, San Bernardo, 92.—Teléfono 1922.

MCD 2022-L5

LO QUE SE HA DICHO

DEL MATRIMONIO Y DEL CELIBATO

PRIMERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

OPINIONES, JUICIOS Y CONTRADICCIONES

El matrimonio existía antes del establecimiento del Cristianismo, que ha precedido á toda ley positiva, y que se deriva de la constitución misma de nuestra Era; no es ni un acto civil, ni un acto religioso, es un acto natural que fijó la atención del legislador, y que la religión ha santificado.—*Discurso preliminar del proyecto de Código civil.*

El matrimonio es el compromiso que adquieren dos personas de diferente sexo, de unirse para formar una sociedad llamada familia.—De Bonald.

El matrimonio es civil en lo que se refiere á los intereses; es religioso, en lo que concierne á las almas;

JUNTA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN DE LIBROS Y REVISTAS PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS

MCD 2022-L5

es *animal* ó físico, por lo que respecta á los cuerpos. —De Bonald.

La santidad y la felicidad de los matrimonios es de interés público y fuente de felicidad para los Estados. —Bossuet.

El matrimonio es un lazo que la esperanza embellece, que la felicidad conserva, y que la desgracia fortifica.—Alibert.

El matrimonio es, de todas las cosas serias, la más divertida.—Beaumarchais.

El matrimonio se parece á un pleito; siempre se encuentra en él una parte descontenta.—Balzac.

¿Cuál es el matrimonio en que no hay pero?—Balzac.

Oigo decir desde que estoy en el mundo: «El señor tal, ó la señorita cual ha hecho una buena boda»; preciso es, pues, que el otro la haya hecho mala.— Balzac.

El matrimonio es una asociación que no puede prosperar sino cuando el marido y la mujer aportan, cada uno de su parte, á la comunidad, un capital considerable de paciencia.—P. J. Stahl.

Se dice que el matrimonio es como un laberinto, en el que á cada paso se encuentran nuevos obstáculos; una vez afuera, raro es que se sientan tentaciones de volver á entrar.—Beauchene.

MCD 2022-L5

Lo que se busca en el matrimonio se encuentra, desde luego; lo que no se busca, no tarda en encontrarse.—BEAUCHENE.

Cuando pienso que hay hombres bastante atrevidos para mirar á una mujer de frente, para abordarla, para estrecharle la mano y para decirle, sin morir de espanto: ¿Quiere usted casarse conmigo?, no puedo menos de admirar hasta qué punto puede llegar la audacia humana.—P. J. STAHL.

El matrimonio sería el estado perfecto... si dos cabezas pudieran complacerse siempre en la misma gorra.—BEAUCREUX.

El matrimonio es una ley dictada contra la inconstancia del hombre, un medio de reprimir la intemperancia de sus deseos.

El matrimonio no tiene por fin los placeres del hombre, puesto que los gusta fuera del matrimonio.

El fin del matrimonio no es solamente la reproducción del hombre, puesto que tal reproducción puede realizarse sin el matrimonio.

Pero el fin del matrimonio es la reproducción, y, sobre todo, la conservación del hombre, puesto que esta conservación no puede, en general, realizarse fuera del matrimonio, ni sin el matrimonio.

El efecto del matrimonio es, por lo tanto, la perpetuidad del género humano; porque el género humano se compone, no de niños engendrados, sino de hombres que se conservan.

Luego el matrimonio es una buena ley; porque todo lo que conserva los seres es bueno ó un bien.—DE BONALD.

El matrimonio no está desacreditado sino en los siglos de lujo; la mayor parte de los hombres se asustan de las cargas, que el capricho y el orgullo han hecho abrumadoras. No hay más que dos clases de personas que se sometan á él: el pueblo reducido á una miseria á la que nada puede añadir, ó aquellos que encuentran la indemización en una dote inmensa de la que una parte queda disipada desde el primer día en superfluidades.—BOUDIER DE VILLEMERT.

Cuando se presta atención al contraste que se encuentra entre las maneras del amante y las del esposo, no debe uno sorprenderse de que haya tan pocos matrimonios que no dejen algo que desear por lo que respecta al acuerdo de los caracteres y á la concordia. Parece que los hombres y las mujeres no buscan sino el atraparse de una y otra parte; se atavían con gran cuidado y se anticipan en las menores cosas antes del contrato; pero todas estas atenciones son de corta duración. La amante, convertida en esposa, en vez de procurar hacerse más atractiva, se descuida, renuncia á los talentos de que estaba dotada; el amante, convertido en marido, desaparece y se ausenta; se cae en una desagradable familiaridad, y ambos se dan á veces motivos de celos que asestan un golpe mortal á la ternura.—BOUDIER DE VILLEMERT.

El matrimonio, si no es un pacto de buena fe, un cambio de seguridad, de indulgencia, no es más que una espantosa esclavitud; sus cadenas hieren, abruman, se hacen insoportables.—J. N. BOUILLY.

Un estado que os subyuga, sin saber casi á quién os

entregáis, y que os quita toda libertad de cambiar, ¿no es en cierto modo el estado de un esclavo? Pues bien, el matrimonio hace todo eso.

Si la persona te agrada y responde á tu corazón, es un bien para ti; pero si ese marido no agrada á su mujer, si aquella mujer no place á su marido, no por eso dejan de estar ligados; ¡y qué suplicio el de semejante unión!

De todos los estados de la vida, dice San Jerónimo, el matrimonio es el que más debiera ser de nuestra elección, y es el que lo es menos. Se compromete uno y no se sabe con quién; porque nunca se conoce el espíritu, la índole, las cualidades del sujeto con quien se hace tan íntima alianza, hasta después de haber dado la palabra, y cuando ya no hay tiempo de retirarla.

Hágase lo que se haga, y sea cual fuere la diligencia que se ponga en práctica, hay que correr el albur.

Pensad bien lo que significa tal compromiso ó tal servidumbre para toda la vida, y sin remedio.

Compromiso que á los mismos Apóstoles les pareció de tal transcendencia, que por esto solo dedujeron que era mucho más conveniente permanecer en el celibato. *Si ita est causa hominis cum uxore, non expedit nubere* (Mat., XIX). ¿Y qué les respondió acerca de esto el Hijo de Dios? Lo aprobó, lo confirmó, les felicitó por haber comprendido lo que tantos otros no comprendían. *Non omnes capiunt verbum istud.*

De tantos matrimonios como se contraen todos los días, ¿cuántos se ven en los que se encuentra la simpatía de los corazones? Y si existe la simpatía, ¿hay martirio más cruel?

Diréis que esto es ponerse en lo peor; es verdad,

MCD 2022-L5

pero por extremado que os parezca, nada hay más común en el estado del matrimonio.—BOURDALOUE.

Mediante el matrimonio, el hombre y la mujer se completan mutuamente, según estas profundas palabras de San Pablo: «El hombre no es sin la mujer, ni la mujer sin el hombre»; es decir, que ni el uno ni la otra son, aisladamente, lo que deben ser.—EUG. BUISSON.

Por dos esposos que simpatizan y pueden vivir juntos, cien mil se separan moralmente á los pocos meses de cohabitación.—DU PLESSIS-CHAMAUT.

El mayor argumento en contra del matrimonio, es que el hombre y la mujer son dos seres creados libres DENIS CARON.

El Papa Alejandro VII preguntaba un día á León Allatius, bibliotecario del Vaticano, por qué no abrazaba el sacerdocio. «Es, le respondió, para estar siempre en disposición de casarme...—Pero, ¿por qué, replicó el Papa, no os casáis?—Para tener siempre la completa libertad, repuso Allatius, de hacerme sacerdote.»

Se pasó así toda la vida deliberando entre una parroquia y una mujer. Se arrepintió tal vez al morir de no haber elegido ni la una ni la otra; pero se hubiera arrepentido quizá treinta ó cuarenta años seguidos de haber optado por la una ó por la otra.—DENIS CARON.

En lo que se refiere al matrimonio, no es aceptable

sino lo que es sensato, y no es interesante sino lo que es loco. Lo demás, es un vil cálculo.—CHAMFORT.

El matrimonio, tal como se practica entre los grandes, es una indecencia concertada.—CHAMFORT.

El matrimonio ha sido combatido por varios grandes personajes, quienes lo han juzgado indigno de las gentes de corazón y de inteligencia.

Han considerado sus lazos y sus obligaciones como «un cautiverio harto rudo, que somete á uno al genio del otro. Si se ha equivocado uno en la elección y en el contrato, se es miserable toda la vida». ¡Qué injusticia es sufrir perpetuo tedio por la falta de un instante, cometida sin malicia y por equivocación! ¿No valdría más arrojarse al mar que sufrir constantemente al lado de uno los celos, la malicia, la tontería con que se ha casado uno tal vez al mismo tiempo? Hasta se ha dicho que la generalidad de los matrimonios se parece al tormento inventado por un tirano, de atar un hombre á un cadáver, para hacerle languidecer y morir en compañía del otro.

Añaden, en segundo lugar, que bastardea el espíritu, que las caricias de una mujer, los cuidados del hogar, la educación de los hijos, la colocación de éstos, entibian el vigor; ejemplo: Sansón, Salomón, Marco Antonio. Sería preciso no casar á los hombres sino por la carne, como se hace con los animales.

El matrimonio no es una cosa indiferente ó regular; es, en absoluto, un gran bien ó un gran mal, un gran reposo ó una gran turbación, un paraíso ó un infierno; es una dulcísima y grata vida, si está bien hecho; un rudo y peligroso tratado, y una espinosísima y penosa carga, si está mal concertado; es un

MCD 2022-L5

convenio en el que se realiza muy de veras el dicho: *Homo homini deus aut lupus.*—CHARRON.

Cuando se piensa que el matrimonio es el eje sobre el que gira toda la economía social, se comprende que nunca pueda pecar por exceso de santidad. Nunca se podrá admirar demasiado la sabiduría del que le puso el sello de la religión. Su pompa es grave y solemne: el hombre queda advertido de que comienza una nueva carrera. Las palabras de la bendición nupcial, al llenar al marido de un gran respeto, le dicen que realiza el acto más importante de su vida; que va á convertirse en jefe de una nueva familia; que toma toda la carga de la condición humana. No queda menos enterada la mujer. La imagen de los placeres desaparece, á sus ojos, ante la de los deberes. Parece que una voz le dice, desde el medio del altar: «¡Oh Eva! ¿Sabes bien lo que haces? ¿Sabes que ya no hay para ti más libertad que la de la tumba? ¿Sabes lo que es el llevar en tus entrañas mortales el hombre inmortal y hecho á imagen de Dios?» Entre los antiguos, un himeneo no era sino una ceremonia llena de escándalo y de alegría, que no enseñaba nada de los graves pensamientos que el matrimonio inspira: solamente el Cristianismo restableció la dignidad de aquél. El hombre, al unirse con la mujer, no hace sino recobrar una parte de su sustancia; su alma, así como su cuerpo, están incompletos sin ella: él tiene la fuerza, ella la belleza; él combate al enemigo y labra el campo de la patria, pero no entiende nada de los detalles domésticos; él tiene penas, y su compañera está allí para endulzarlas. Sin la mujer, sería rudo, grosero, solitario. La mujer cuelga en torno de él las flores de la vida, como esos bejucos de los bosques que

adornan el tronco de las encinas con sus guirnaldas perfumadas. En fin: el esposo cristiano y su esposa viven, renacen, mueren juntos; juntos educan los frutos de su unión; vuelven al polvo juntos, y juntos se encuentran de nuevo más allá de los límites de la tumba. — CHATEAUBRIAND.

Tan bueno en sí como desgraciado en sus consecuencias, el matrimonio cuenta bajo su imperio más esclavos que súbditos.—CHEVILLARD.

Para casarse no siempre es necesario tener valor; pero cuando se necesita mucho, es para permanecer casado. Al casarse, se espera; una vez casado, no queda más que desesperarse, y cuanto más se interna por las vías del matrimonio, más se desespera. — J. CHOISUET.

El fin del matrimonio es la felicidad, que no se encuentra sino en el hogar doméstico, el cual hogar doméstico no existe sino con el matrimonio. Si actualmente la felicidad escasea tanto en el seno del matrimonio, es porque su organización no está todavía en relación con el derecho.—COLINS.

Hay en el matrimonio dos caminos, de los cuales, uno conduce á la miseria, el otro á la felicidad. Antes de poneros en camino, hay que deliberar con tanto cuidado como lo hizo Hércules cuando llegó á un lugar en donde el camino se dividía en dos. Si una vez se cae mal en el matrimonio, no hay remedio de corregir la suerte. Son casos estos en los que, como se dice, no se puede pecar dos veces.—PAUL CYPRAEUS.

El matrimonio es como un arado al que están enganchados el marido y la mujer; mientras tiren ambos de concierto, el arado va bien. Pero si á la mujer se le pone algún capricho en el cerebro, el marido se disgusta; la mujer entonces tira por un lado y el marido por otro; y todo va mal.—DANCOURT.

Se dice que la vida es un hilo que Dios mantiene por los dos extremos; á veces en el matrimonio es algo que el diablo nos da para retorcer.—DANCOURT.

¿Hay juego de azar más temible que el matrimonio? ¡Arriesgar en una sola jugada de los dados la felicidad ó la desgracia de la vida!, meterse en un lazo á menudo indisoluble, exclusivo siempre; inquietarse varios años de antemano, y después caer en el abismo... Tal es la suerte de la mayor parte de los casados. Todo es bello el día en que se entregan uno á otro... Al día siguiente, ya hay síntomas de desacuerdo; el señor gusta de los guisantes con tocino, á la señora la gustan con azúcar; al señor le causa horror el color amarillo, á la señora le encanta... Al cabo de quince días, las incompatibilidades y los desengaños se presentan en montón; rara vez transcurren seis meses sin que cualquier acontecimiento redoble la dósis de tardíos arrepentimientos; es la dote que se evapora, y no se habían casado sino por la dote; son deudas que hay que pagar, en vez del aumento de bienestar que se habían prometido. El marido habla de economía, la mujer habla de gastos; ambos se quejan; se empieza por observaciones, se concluye por amargas censuras. El amor ha volado para siempre; se querellan, se odian; se soportan, porque el mundo está allí; pero el marido no es ya sino un vigilante incómodo, pero la mujer no es

ya sino una pesada cadena que hay que arrastrar por todas partes.—Las torturas matrimoniales no tienen fin y varían de mil maneras.—La inevitable monotonía no es una de las menos crueles.—Al cabo de un año, al cabo de dos, no hay nada tan enojoso como el encontrarse constantemente frente á frente, con saciedad. Se saben de memoria, se han estudiado; todas las buenas cualidades han perdido su brillo, todos los defectos han aumentado; no se han efectuado sino desfavorables cambios... La antorcha de himeneo es como cierta llama que hace horrible todo cuanto ilumina. Las dos mitades de la naranja se dan miedo, se fastidian de verse, de tocarse, de conversar, de reirse, de sentirse; buscan distracciones, se alejan, se huyen, huyen un insípido interior, y he aquí por qué los espectáculos, los círculos, los cafés y todos los lugares públicos se llenan de gentes que bostezan; cuanto más se esfuerzan de salir de una mortal atonía, experimentan la necesidad de vigorizarse en una infidelidad, y el proverbio *cambiar de cara...* se pone en práctica sin ningún escrúpulo.—Se dicen: *Dame el motivo y yo te lo devolveré.* Así, pues, á todo dar, el lazo perpetuo del matrimonio es la peor de todas las galeras, y seguramente era un contrato de matrimonio lo que encerraba la caja de Pandora. La generalidad está convencida de esta verdad, y sin embargo, en la sociedad se agolpan sin cesar por las espinosas apreturas del nudo conyugal, y todo conspira de continuo á arrastrar hacia él á los cuerdos y á los locos.—JULES DAVID.

¡Qué unión, Dios mío, semejante unión,
Una unión que no conduce
Sino á reñir siempre, comiendo en la misma mesa,

¡A volverse la espalda durmiendo en el mismo lecho!
Vienen los hijos (porque, en fin, la naturaleza
Se encarga á veces de reconciliarlos),
Otro motivo de riñas.
La esposa, incomodada á toda hora, murmura,
La toma, sin cesar, con su esposo
Que, sin cariño, sin ternura,
La compadece poco por sufrir los males de un embarazo
Del que es preciso que sienta él noche y día los enojos;
Pero, cuando ambos, celosos,
De amargura y de hiel se nutren sin cesar,
¡Qué suplicio, qué infierno es ese!
¿Vale á ese precio la posesión del himeneo?
Pues así, sin embargo, son casi todos.

DESMARETS.

Cuando un marido y una mujer
Viven de tal manera entre ellos,
Que no hay sino un cuerpo y un alma,
No hay estado más dichoso.
Pero, si se mira á aquellos
Que están bajo la ley conyugal,
La piedra filosofal consiste
En no ser más que uno cuando se es dos.

DESMARETS.

El matrimonio se parece á las decoraciones de teatro; hay que mirarle de lejos para encontrarle bonito. —DESCOTEAUX, *músico de la Opera en el siglo XVIII.*

El matrimonio es muy análogo á una sociedad de comercio, cuyos beneficios están en relación con el

fondo de cuidados y atenciones que los interesados aportan.—SANIAL-DUBAY.

El matrimonio es el árbol del bien y del mal.—SANIAL-DUBAY.

No es casarse, es negociar, el tomar á una mujer por su fortuna; no es casarse, es satisfacerse, el tomar á una mujer por su belleza; no es casarse, es chochear, á cierta edad, el tomar á una mujer por tener mucho; casarse, es elegir con discernimiento, á gusto, por inclinación y sin interés, una mujer que á su vez le elija á uno.—DUFRESNY.

El matrimonio es á veces un cabestro que sujeta al hombre y á la mujer á la pena.—ERASMO.

La Locura preside al matrimonio. El matrimonio es (como tal vez lo sepáis demasiado) un compromiso que no debe romperse sino con la muerte. ¡Excelsos dioses! ¡Cuántas separaciones, y algo peor todavía, ocurrirían en semejante condición, si la unión del hombre con la mujer no estuviera sostenida, no estuviera fomentada por la adulación, por los entretenimientos, por la complacencia, por los circunloquios, por el disimulo, gentes todas de mi escolta y de mi acompañamiento! (La diosa Locura es la que habla.) ¡Ah! ¡Qué pocos matrimonios se harían si el amante tuviese la prudencia de informarse del juego que su queridita, que parece tan delicada, tan ruborosa, tan ingenua, ha jugado mucho tiempo antes de las bodas! En cuanto á los matrimonios ya contraidos, las cosas ocurrirían de otro modo. ¡Cuántas separaciones, si la negligencia ó la tontería de los maridos no les

cegase sobre lo que respecta á la vida secreta de sus esposas! Trátase esto de locura, y se tiene razón; pero es, sin embargo, esa misma locura la que hace que la mujer agrade al marido, y que el marido agrade á la mujer; que la casa esté tranquila y las alianzas se mantengan. *Le ponen los cuernos* á un marido, le llaman *cornudo*, y qué sé yo qué otras cosas fuera de su casa, mientras que el bueno del hombre consuela á su cara mitad, y bebe, con sus tiernos besos, las lágrimas hipócritas de la adúltera. ¿No vale esto mucho más que consumirse de pena, y dar escándalos, entregándose á los celos? Conclusión: sin mí, no hay sociedad, ni unión, ni agrado, ni estabilidad en la vida. —ERASMO.

Es una fortuna muy rara encontrar una mujer virtuosa, y nada hay tan corriente como una unión mal concertada.—EURÍPIDES.

¿Qué era el matrimonio en el siglo XVIII? Un cambio de nombre para la mujer, que la permitía ir á sociedad, tener carruaje, casa, amantes; un convenio para el marido que añadía á su nobleza el brillo de una alianza, ó bien á su fortuna la riqueza de una dote. La frivolidad del carácter nacional se cuidaba poco del amor, y la corrupción de las costumbres dispensaba del deber...

Hoy, el amor penetra en el corazón hasta el fondo; no hay falta que no cree un destino; la mujer que ama debe dar su vida; es una criatura frágil que se une á un hombre fuerte, y que este hombre quiebra si la abandona; las infidelidades se lavan con sangre.

Es verdad, ¿qué más se necesita para el matrimonio?... Cambiad un poco los papeles; transformad en

marido el amante, tenéis un matrimonio modelo, lo que hay de más exigente y más riguroso en cuanto á matrimonio...

El matrimonio nunca ha sido tan respetado como hoy... He visto muchos matrimonios, y he visto pocos malos (1). Diré más: un marido engañado no hace ya reir, ni aun en el teatro, y las mujeres que se conducen mal, en vez de glorificarse de sus crímenes, como en otro tiempo, se ven obligadas á presentarse como víctimas y mostrar las llagas de su corazón para interesar la piedad.—T. DE FERRIERE.

El Panurgo de Rabelais tiene la mosca en la oreja, quiere casarse; consulta á su rey, á su amigo Pantagruel. «Casaos, le responde éste.—Pero temo ser...—No os caséis.» Pantagruel le hace echar á suerte el porvenir de su matrimonio. Le envía á ver una maga. Y siempre las respuestas del destino pueden interpretarse de dos maneras. El pobre Panurgo está desesperado. Se dirige á todo, á la teología, á la filosofía, á un mudo, á un moribundo. Raminagrobis, al morir, le dijo:

Casaos, no os caséis.
Si os casáis está bien hecho.
Si no os casáis, en verdad,
La cosa será muy cuerda.
Galopad, pero id al paso;
Casaos, no...

Se concibe que Panurgo queda sin enterarse.

---

(1) He visto muchos matrimonios, y he visto pocos buenos. (A. Trepin).—He visto muchos matrimonios, y no me he casado. (Massolz).— He visto muchos matrimonios, y el más feliz no me ha tentado. (Alex. Baillot). — El que quiera vivir tranquilo no debe casarse. (Onésimo Baillot).

Pide consejo al hermano Juan de Entommures. El hermano Juan le endilga la historia del anillo de Hans Carvel, de la que La Fontaine ha hecho un cuento. Pero el médico Rondibilis va más lejos: declara, en el lenguaje tan ingenuo de los tiempos, «que el accidente tan temido de Panurgo, es naturalmente uno de los gajes del matrimonio».

«Cuando digo mujer, digo un sexo tan frágil, tan variable, tan pecable, tan inconstante é imperfecto, que parece que la naturaleza se apartó del buen sentido, con el que ha creado y formado todas las cosas, cuando hizo á la mujer.»—TEÓFILO DE FERRIERE.

El matrimonio tiene la propiedad de romper todos los lazos anteriores, ¿para sustituirlos con qué? Con el egoísmo.—CH. FOURIER.

En los peores hogares hay, sin embargo, algo conmovedor y sagrado.—El hijo, el hijo inocente cuya presencia ingenua pide gracia al mismo tiempo para su padre, y para su madre, y para la institución falseada del matrimonio.—P. J. STAHL.

Bella desposada,
Estáis atada
Con un largo hilo de oro
Que no se rompe sino al morir,

dice la copla final de una composición en forma de epitalamio que aún se canta en las bodas de los pueblos, en ciertos lugares de Francia, y que resume, en su ingenua melancolía, el lado inquietante y siniestro del matrimonio: quedar unida indisolublemente á un compañero de cadena, sobre todo si se ha cobrado antipatía al compañero; no poder levantarse, sentarse,

acostarse, ir ó venir sino con él, es un suplicio tal, que aquel anteojo invertido en el que Dante pone á su infierno, no encierra otro más atroz; por el contrario, volar por el mismo azul con un vuelo igual, pareja adecuada, como un par de palomas ó de bellas rimas, es la felicidad suprema, es el paraíso en la tierra.

Sin embargo, el hilo de oro que solamente la tijera de la Parca puede cortar, alarma á ciertos espíritus independientes. Sin creer en el proverbio maligno que pretenda que casarse es meter la mano en un saco que contiene noventa y nueve víboras y una sola anguila, lo cierto es que las tres cuartas partes de las veces se casa uno con lo desconocido.

En Inglaterra hay proveedores que, con la esperanza de un gran beneficio pagadero después del matrimonio, crean lo que se llama al otro lado del Estrecho una *drapery-min,* es decir, una joven pobre, pero bella, cuyos encantos hacen resaltar vistiéndola con terciopelos, raso, encajes, cachemiras y rodeándola de lujo, como á un retrato de un bordado de oro.

Esta extraña especulación británica, ¿no es, en su forma exagerada, el emblema más verdadero de las maniobras que preceden al matrimonio? ¿No se presenta la pretendida á los ojos del futuro revestida con un traje y un carácter de circunstancias? La mirada dulce y furtiva dirigida al cielo, la voz modulada y medida como música; los ligeros estremecimientos púdicos, con los que los omoplatos todavía delgados parecen rudimentos de alas de serafín, las blancas muselinas que flotan como un vapor de luz de luna; todo eso, ¿no es el ropaje moral y físico que oculta á veces una real pobreza?

El ángel inmaterialmente romántico, al que se encontraba siempre con un volumen de Novalis ó de La-

martine en la mano, no gusta, verdaderamente, sino de Paúl de Kock; los bonitos dientes que mordisqueaban pétalos de rosa, muerden como una dentadura de ogresa en un trozo de carne echando sangre; los sabios, tan desdeñosos en otro tiempo, absorben vasos de Oporto en vez de beber el rocío en el cáliz de las flores; la voz, tan sabiamente contenida hasta entonces, adquiere tonos chillones y hace sonar la trompeta destemplada de las disputas conyugales; las virginales brumas de gasa se disipan y ceden el puesto á trajes de raso antiguo muy caros y á chales traídos de Lahore, cuya factura excede en mucho al precio de un rebocillo de silfide.

El hombre se metamorfosea igualmente en desventaja suya: es sombrío, caprichoso, gruñón y se duerme después de comer. Suelta puntos á su cinturón y deja que la obesidad deforme á gusto su talle esbelto de antes; las tenacillas de rizar no se acercan sino rara vez á su cabeza, á menos, sin embargo, que no tenga una nueva amante.

Las galas han caído de una y otra parte. ¿Era el deseo de engañar el que hizo ponerse ese dominó de perfecciones á los futuros? De ninguna manera. La especie humana es tan humilde, que cree que no puede agradar sino disfrazándose.—T. GAUTIER.

El himeneo es una especie de educación moral que se prolonga durante el curso entero de la vida. El himeneo aparta al joven de la disipación, de los desórdenes, de las frías especulaciones del egoísmo; preserva á la joven de la seducción, da un apoyo á su debilidad. Duplica las fuerzas de ambos con el poder de las afecciones domésticas; eleva su dignidad común

imponiéndoles nuevos deberes; les mejora por la felicidad que esparce sobre sus días.—De Gerando.

El matrimonio es un acto de la fe, no de la ley; la fe es la que tiene que regirle, no le incumbe reglamentarle á la ley.—Emilio de Girardin.

Yo no veo en el matrimonio
sino un contrato de tranquilidad.
Al himeneo aplico el adagio
¡Orden público y libertad!
Mientras la esposa
no está celosa,
nada hay mejor.
Permanezcamos unidos ambos,
Pero si ese ángel
Se cambia en diablo,
Entonces estoy
Por la paz á toda costa,
Es muy natural, me parece:
Cuando no se está de acuerdo en nada,
Se separa uno..., es el medio
De vivir bien juntos.

Enrique Monnier, *La Familia.*

El matrimonio es una sociedad entre el hombre y la mujer, cuyo fin, además del de disfrutar de las ventajas de la asociación en general, es el de tener hijos que les reemplacen un día en la sociedad.—Giraud.

Un interés sórdido, la vanidad del nacimiento, falsas ideas de conveniencia, son únicamente consultados en las alianzas; á menudo también la juventud, la

inexperiencia, la falta de razón de los que se comprometen, los talentos, los sentimientos, la conformidad de costumbres, de genio y de carácter, la buena educación, la dulzura, la complacencia, el buen sentido, la razón, el amor al orden y á la economía no entran para nada en los cálculos de esos mercenarios y vanos que no tratan sino de combinar la opulencia y el nacimiento. ¿Qué felicidad puede resultar de ese tráfico vergonzoso de la riqueza y de la vanidad?

Nada, en el matrimonio, puede suplir la unión de los corazones, ese feliz acuerdo tan necesario al bienestar de los esposos. La fortuna más amplia es siempre insuficiente para proveer á los gastos, á las diversiones, á los caprichos sin número, con los que se trata de reemplazar el sólido contento que se debería encontrar en la casa propia. Un marido poco afecto á su mujer, entregado á la disipación, al juego, al libertinaje, le niega á menudo lo necesario. Por su parte, una mujer desprovista de razón, de economía, está perfectamente irritada contra lo que su marido, más avisado, opone á sus deseos insaciables; le mira como al enemigo de su felicidad.—GIRAUD.

¿Qué es el matrimonio? Es, lo más frecuente, un sacramento que vale por dos: el matrimonio y la penitencia; es un lazo contradictoriamente indisoluble que une los cuerpos, desune las almas y disuelve las costumbres; es un país desolador que los extranjeros visitan y del que los habitantes huyen; es una tontería de dos y una galera de tres; es la extremaunción del amor y la tumba del entusiasmo y del ideal; es... es... ¡no se acabaría!

Hay que confesar, sin embargo, que el matrimonio es un lazo social relativo comparado con el concubi-

MCD 2022-L5

nato, en que asegura una asistencia legal á las mujeres y á los hijos.—A. GUYARD.

El matrimonio es una de las instituciones más bellas que existen en la tierra: depura y protege los placeres de los esposos; asegura la asistencia y la educación de los hijos; liga á los padres con su familia, y á los ciudadanos con su patria; fecunda al Estado con la población; da costumbres á la sociedad, y la humanidad le debe sus más dulces sentimientos.

Pero todas estas ventajas, cuya enumeración podría ampliar y desarrollar, no se encuentran sino en los matrimonios felices; una unión desgraciada produce precisamente los efectos contrarios; azote de los esposos, de los hijos y de las familias, extingue el patriotismo, perjudica á la población, turba á la sociedad y ultraja á la humanidad.—HENNET.

Un matrimonio es bueno cuando es soportable.—JULET.

Si tomas mujer, ha dicho San Jerónimo, tienes que armarte de mucha paciencia. Si no tienes siempre puestos en ella los ojos, alabando su belleza, imaginará que la desprecias y que tu corazón está prevenido en favor de otra; hay que aprobar lo que le agrade, desdeñar lo que desdeñe, gustar de sus modas, ser su criado fiel, su perro, y tal vez, además, su adorador. Si le das demasiado imperio, dominará sobre ti, y te tratará como á un lacayo. Si le haces misterio de tus negocios, creerá que desconfías de ella, y, para vengarse, tendrá malicias estudiadas; tomará contra ti una prevención que nunca la harás que deje...—EL P. JOLY.

MCD 2022-L5

El matrimonio es un país de ridiculeces, al mismo tiempo que un país de prueba y de paciencia. De cualquier manera que se salga de él, es por la violencia. El amor es el introductor, y abandona casi siempre á la entrada. A falta del amor, el interés es el que introduce. Después, los que cuidan de conducir son el odio ó la indiferencia. El fin de los que viajan por ese país es á menudo extraordinario y extraño; todo el mundo siente inclinaciones de viajar por él; pocos hay que no se arrepientan de haber entrado. ¡Qué fuente de ridículo!

La mejor razón que se puede dar de la discordia que sigue al matrimonio, es que el esposo y la esposa dejan de estar animados por el mismo espíritu. Antes del matrimonio, el amor ó el interés les regía; después del matrimonio, el dios Himeneo es el que esparce su espíritu sobre los casados.

Si preguntáis cuál es ese espíritu, os advierto que es difícil de definir. Voy, sin embargo, á daros de él una débil idea.

El dios Himeneo es impetuoso, gusta de dirigir censuras y no las sufre de buen grado; es penetrante, es sutil; ve y enseña demasiadas cosas. El espíritu de amor, por el contrario, no conoce jamás bastantes. Antes del matrimonio, se estaba de acuerdo, porque se iba al mismo fin; porque todo lo que el amor sabe hacer, es reunir por algún tiempo y de una sola manera; por el contrario, el Himeneo sabe desunir para siempre, de mil modos. Además, en el matrimonio, es enojoso el encontrarse siempre mutuamente. De aquí las contrariedades, las rarezas, los pesares. No diré más, por miedo de decir todavía demasiado poco.

Tan cierto es que una vista continua enoja é impor-

tuna, que muchos casados encuentran el secreto de amarse no viéndose casi nunca.—JOUSKY.

El matrimonio es el lujo mayor que un hombre pueda permitirse.—Cuando se piensa que las mujeres de la clase media están hoy todas educadas para brillar en el mundo; que en el mundo ya no hay rangos designados, ni clases señaladas, cuando se ha calculado lo *necesario* corriente atendiendo á las gentes más ricas—es preciso que un hombre esté muy enamorado, si no retrocede al pensar en las montañas de terciopelo, de seda y de joyas, en cuya adquisición le será necesario gastar su vida y sus días, para que su mujer vaya *como todo el mundo*.—ALF. KARR.

No hay sino un estado que sea más tonto que el estado del matrimonio, es el celibato.

No hay sino un hombre que sea más ridículo que un marido engañado, un solterón viejo que va en busca de conquistas.—P. J. STAHL.

Seriamente, el uso del matrimonio tiende á desaparecer de nuestras costumbres; el número de solteronas aumenta todos los días, sobre todo en la clase media de la sociedad.—ALF. KARR.

Sostengo y digo en alta voz
Que el himeneo es bueno solamente
Para las gentes de ciertas clases.
Lo sufro en las de alto rango,
Cuando la nobleza de la sangre,
El ingenio, la dulzura y las gracias
Se unen al bien, y lecho aparte.
Necesito más, por lo que á mí respecta:

MCD 2022-L5

¿Qué? Dinero sin negocios;
No tener otra cosa qué hacer,
Desde la mañana hasta la noche,
Que seguir en todo mis deseos.
Mujer, además, bastante prudente
Para servirme de confidente;
Y cuando lo tenga todo á mi gusto,
Lo pensaré aún dos veces...

LA FONTAINE.

En ciertas naciones consumidas por la fiebre de los goces, el matrimonio no es más que un cálculo, un medio pronto de enriquecerse, un negocio; se compra, se vende. — LAMENNAIS.

El fin del matrimonio es la multiplicación de la especie, y la Administración ha concedido siempre grandes privilegios á los proletarios, es decir, á los que tienen gran descendencia; para animar á todo el mundo, hay unos funcionarios en las islas Molucas que van, al amanecer, á despertar, á son de tambor, á los jefes de familia, exhortándoles á cumplir con los deberes del matrimonio, por consideración al público, á quien importa que se multiplique el número de ciudadanos. Esto es lo que parece poder justificar la queja de aquella española que decía de su marido: *Mi marido es gran músico, buen escribano, singular contador, salvo que no multiplica* (1). — LA MOTHE LE VAYER.

El mismo autor confiesa que el matrimonio es poco alegre por naturaleza; pero pretende que las uniones fuera del matrimonio son todavía más desagradables.

(1) En castellano, en el original.

«Estoy en un engaño—dijo, hablando de uno de sus amigos—si ese hombre no encuentra el remedio que quiere aplicar á su infortunio peor que el mal que ha creído intolerable, y si no experimenta, á la larga, que, de muchas maneras, el concubinato es algo todavía más duro que el matrimonio. Habéis conocido tan bien como yo á personas que no saben cómo desembarazarse de una vida mucho peor de la que se pueda llevar entre todas las desgracias que siguen á las nupcias infortunadas.»—LA MOTHE LE VAYER.

El matrimonio es una verdadera lotería, en cuya urna unos pocos billetes blancos, que son los billetes gananciosos, están mezclados con una gran cantidad de billetes negros.—NAPOLEÓN LANDAIS.

Los matrimonios más perfectos son los menos imperfectos; los más pacíficos son los menos tempestuosos.—LA ROCHE.

Una de las causas de las desgracias del matrimonio, es que la hija no mira sino la persona, y la madre no atiende sino á la fortuna.—LA ROCHE.

Hay buenos matrimonios, pero no los hay deliciosos. —LA ROCHEFOUCAULD.

¿Cómo definir el matrimonio? ¿Una sociedad que tiene por objeto la perpetuación de la especie? No, eso no es más que un fin común á los animales de toda especie, y el hombre no puede aceptarlo como la última palabra de la Providencia. El matrimonio, según la bella expresión de Modestino, es: *Juris humani et*

MCD 2022-L5

divini communicatio, una asociación para la consecución de cosas divinas y humanas.—ERNESTO LEGOUVÉ.

El matrimonio, hoy, no es, propiamente hablando, más que una adjudicación á cencerros tapados; el último que ha hablado se acuesta.—LEMONTEY.

Observad esa barca conducida por dos marineros; cuando éstos reman juntos, bogan suavemente sobre las olas agitadas; pero si no están de acuerdo, cada ola produce una sacudida, y un golpe de remo dado á contracorriente podría hacer naufragar su frágil esquife.

La barca es el matrimonio, los remeros son los esposos; navegan sobre el río de la vida, y únicamente aunando sus esfuerzos endulzan las contrariedades del viaje.—LÉVIS.

El matrimonio no es una invención del espíritu humano, ni de la concupiscencia, ni de la carne. Dios mismo; el autor de la naturaleza, el creador del mundo y de los hombres es quien lo ha instituido.—DE LINDEBORN.

El matrimonio es para muchas gentes como un freno que les retira de una vida libre y disoluta; lo que hace que no solamente es útil, sino necesario á esa clase de personas, y eso es lo que hace tan justa y tan razonable esta queja que San Agustín dirige á sus padres: «Cuando yo estaba á punto de perecer en esa tempestad, mi padre y mi madre no cuidaron de hacerme entrar en el puerto del matrimonio.—DE LINDEBORN.

MCD 2022-L5

Apuleyo llamaba al matrimonio *cadena conyugal*, y las leyes canónicas dicen que es una *carga* y una *alforja*. El matrimonio es una especie de *servidumbre*, I Cor., VII, 4. Por esto es por lo que varias naciones hacen intervenir en él el oro y la plata. Conocido es sobre todo el *coemption* de los romanos. De aquí las quejas tan frecuentes entre los autores cómicos sobre la pérdida de la libertad por medio del matrimonio.—JACOBO LIDIUS.

Como no depende de mí que no sea hombre, tam. poco depende de mí que esté sin mujer; y, como igualmente no está en tu poder que no seas mujer, tampoco está en tu poder que estés sin hombre. Esto no depende en modo alguno de tu elección ni de tus consejos; es una necesidad que la misma naturaleza nos ha impuesto, la de que el hombre se una á la mujer, y la mujer al hombre. Las palabras que Dios dijo desde el principio del mundo: «Creced y multiplicaos», no son simplemente un precepto, constituyen algo más, un acto divino que no está en nuestro poder impedir ó admitir. Esto es ahora tan necesario como necesario es que sea hombre, y estoy más obligado á ello que á comer, á beber, á dormir y á satisfacer las demás necesidades de la naturaleza. Tenemos en nosotros la inclinación natural y los órganos que están destinados á esa obra. Así como Dios no manda en particular á nadie ser macho ó hembra, tampoco manda á nadie en particular crecer y multiplicar: pero ha creado los hombres de tal manera que sean machos ó hembras, y que produzcan en seguida otros. Que si alguien quiere oponerse á ese mandato de Dios, y á esa necesidad de la naturaleza, no se pueden decir las infamias y las impurezas vergonzosas que está obligado á cometer

para suplir la falta del matrimonio. Porque, como ha dicho, es una necesidad indispensable de la naturaleza, que no depende en manera alguna de la libertad de nuestra voluntad y de nuestro arbitrio.—LUTERO.

No hay alianza, ni sociedad más bella, más dulce y más feliz, que un buen matrimonio. Es una alegría ver á dos esposos vivir unidos y en paz; pero también nada hay más amargo y más doloroso que cuando ese lazo se rompe.—LUTERO.

Combatís por la salvación de vuestras mujeres, decían antiguamente los generales á sus ejércitos, y tales discursos animaban su valor; hoy tendrían tentaciones de hacerse derrotar para separarse de ellas.—MABLY.

El matrimonio coloca al hombre en sus derechos, á la sociedad en regla y al género humano en la virtud.—L. A. MARTÍN.

El matrimonio es una afección práctica en lo que el hombre y la mujer, unidos en cuerpo y alma, aportan al bienestar común cada uno la parte de fuerza, de trabajo y de cuidados que le atribuye su sexo.—L. A. MARTÍN.

Muchos matrimonios llevan en su principio mismo un germen de disolución; ¡cuántos anudados con dorados lazos se quiebran como el metal!, ¡cuántos, formados sin conocimiento recíproco de los gustos, de las costumbres de cada uno, han mezclado juntos caracteres antipáticos, costumbres opuestas, cuyo obli-

MCD 2022-L5

gado contacto ha hecho brotar los mayores dolores!—L. A. MARTÍN.

Un contrato de matrimonio es á menudo, entre las partes, el compromiso de no vivir juntos.—MASSIAS.

El poeta Mathéolus fué horriblemente desgraciado en su matrimonio. Exhaló sus penas en un poema muy largo. En medio de sus quejas, se le aparece Dios, y, en su desesperación por estár casado, dice á Dios:

Tu deber, hacer penitencia,
Porque tú hiciste el mandamiento.

Y Dios le conforta graciosamente:

Querido hijo, dice, no llores.

A lo que Mathéolus responde:

Señor, ¿por qué no he de llorar?
¡De Lázaro lloraste la muerte!
Y mi gran miseria me mueve
A lamentarme y llorar.

BIBLIOTECA PÚBLICA

Dice á Dios que, no obstante haber establecido el matrimonio, El se guardó muy bien de casarse:

Ciertamente, si te hubieras casado,
No hubieses establecido tal cosa...
No te atreviste á casarte;
¿Por qué?... porque harto suponías
Que si hubieras tomado alguna,
Del Paraíso te habría echado.
No es una acción recta:
¿Por qué estableces cosas
Que tú mismo no osas hacer?

MCD 2022-L5

Entonces Dios, á quien tales blasfemias no han ofendido, y á quien conmueven las lágrimas, le revela el secreto de sus designios sobre el matrimonio:

Para corregir los pecadores
Les he puesto varios purgatorios
Llenos de tormentos y de rabia,
Entre los que está el matrimonio.

Amigo, veo mucho bueno,
En el partido que me proponen;
Pero sin embargo no nos apresuremos,
Tomar mujer es grave cosa.
Hay que pensarlo maduramente,
Personas doctas en las que me fío,
Me han dicho que lo prudente
Es pensar en ello toda la vida.

DE MAUCROY.

El matrimonio es un remedio contra el desenfreno, en el sentido de que modera la violencia de las inclinaciones sexuales, por la facilidad de satisfacerlas; preserva por esto mismo del exceso en los placeres del amor y economiza las fuerzas, durante el tiempo en que la mujer está inapta para la copulación.—ALEJO MAYER.

El matrimonio no es hoy otra cosa que una ceremonia que emancipa al sexo bello del yugo de las conveniencias y concede el privilegio de hacerlo todo á las que tienen inclinaciones bastante corrompidas para atreverse á todo. Por lo general, las mujeres no se casan sino para tener el derecho de ser amas de casa, en donde los que se casan con ellos no son tan bien

recibidos como los extraños. ¿Cuántos maridos hay ignorados por aquéllos mismos que comen y duermen todos los días en casa de los primeros?—MERCIER.

Mal lazo es el matrimonio.—JUAN DE MEUNG.

El mayor obstáculo del matrimonio es el lujo; á un soltero no le afecta más que por el lado de vestirse, nadie le pide otros gastos; ¿pero está casado?, se le pide cuenta de todo, de su habitación, de sus muebles, de sus criados, de su mesa, y si no es rico y arreglado en su hogar, se arriesga á arruinar á sus hijos aun antes de tenerlos.—DE MOISSY.

El matrimonio tiene de su parte la utilidad, la justicia, el honor y la constancia. Es una sociedad de una vida llena de un número infinito de buenos oficios y obligaciones mutuas.—MONTAIGNE.

El matrimonio es un lazo religioso y devoto; he aquí por qué el placer que de él se saca debe ser un placer contenido, serio y mezclado á alguna severidad.—MONTAIGNE.

El corto número que se ve de buenos matrimonios, es signo de su importancia y de su valor; tomándole y llevándole bien, no hay nada más hermoso en nuestra sociedad. No podemos prescindir de él, y vamos envileciéndole; sucede lo que se ve en las jaulas; los pájaros que salieron no quieren volver, y desean salir los que están dentro.—MONTAIGNE.

Paréceme que lo entendía quien dijo que un buen

BIBLIOTECA PÚBLICA

MCD 2022-L5

matrimonio se hace con una mujer ciega y un marido sordo.—MONTAIGNE.

Como uno de los grandes fines del matrimonio es quitar todos los equívocos de las uniones ilícitas, la religión le imprime su carácter, y las leyes civiles añaden el suyo, á fin de que tenga toda la autenticidad posible.—MONTESQUIEU.

Cuando el matrimonio no es asunto del corazón, es el acto más prosaico y más triste del mundo; el contrato que liga no es sino un testamento de muerte. Puede morirse impunemente al día siguiente de la boda; no se dejará un sentimiento que no haya sido previsto y reglamentado por el código.

Pero cuando el matrimonio es un lazo de ternura y de amor, cuando es la poética fusión de dos pensamientos y de dos almas, una vida doblada por otra vida, una dulce pasión que encanta la existencia, la muerte, al romper lo que el amor había unido, deja una herida incurable. El que se consuela y olvida se había enamorado con la cabeza; no amaba con su corazón.—DE MONTROL.

¿Buscáis esposa? Es como si tuvierais delante un saco lleno de serpientes, entre las que se encontrara una anguila. ¿Metéis la mano en el saco? No es absolutamente imposible que cojáis la anguila; pero no la acertaréis cien veces, mil veces, y cada vez sacaréis la mano con una nueva mordedura.—TOMÁS MORUS.

Lo que constituye el matrimonio no es tanto la unión de los sentidos, como el cambio de las almas.—NAPOLEÓN I.

Hay matrimonios cuyo contrato parece haber sido dictado por el infierno.—OXENSTIERN.

Entre nosotros (en Francia) el matrimonio no es solamente una carga muy pesada por diversos conceptos; es, además, un yugo que á veces es espantoso: siempre lo es insacudible. Así, pues, es razonable huir de ese yugo. ¡Y hasta qué punto sería desgraciada la condición de un ciudadano, si no tuviera, por lo menos, esa facultad! Luego las leyes no hubiesen podido imponer ese yugo sin extremar la tiranía, ni siquiera aconsejarlo sin comprometerse. Por eso no se les ocurre nada parecido; por eso honran y halagan la agradable vida de soltero en todos los órdenes, estados y condiciones: y esto es, por lo menos, consecuente en otro sentido.—FILIBERT.

JUNTA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN DE REVISTAS PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS

No hay nada tan bello como un matrimonio que se lleve bien, apacible.—PLATÓN.

Que el matrimonio sea el estado más feliz ó el más miserable de la vida, un paraíso ó un infierno, poco nos importa; nosotros le pintamos bajo todas sus fases, en todos sus aspectos, dejando á cada cual deducir, á su gusto, las consecuencias de un tema tan profundo. —HORACIO RAISSON.

Se ha atacado y criticado á menudo el matrimonio por la excepción, por el detalle; se ha olvidado esa comunidad de intereses y de sufrimientos que le eleva y le depura. Las nubes pasan y el lazo queda.—LUIS REYBAUD.

MCD 2022-L5

La antorcha del himeneo es una linterna sorda.—RICHARDSON.

Hay dos clases de matrimonio, y, por consiguiente, dos destinos diferentes en el matrimonio; la mayor parte de los hombres no lo desean sino para hacerse una existencia ó para darla, en fin, para las ocupaciones que tienen necesidad de cuatro manos. El menor número, por el contrario, desea la unión de los corazones; necesitan dos, y á lo más, la esperanza de un tercero. En los hogares un poco espaciosos, en los que el hombre se limita á los trabajos de gabinete y la mujer á los trabajos domésticos, en los que los corazones están separados por paredes, las cosas marchan, por lo general, bastante apaciblemente; el hombre y la mujer no tienen que arreglar juntos sino sus asuntos, de los que cada uno tiene su parte distinta. Si en una unión semejante no se encuentran rosas, es porque no se ven espinas; no crece más que un césped verde y tupido. Pero, por el contrario, ¿trata el hombre de asociarse á una compañera, no trabaja sino para amar, como tantos otros no aman sino para trabajar? La fragilidad humana le ofrecerá más penas que contento; y, si es raro encontrar dos amigos, no lo es menos encontrar un amigo y una amiga. Una mujer puede recibir su nombre de un hombre, como una ciudad de una batalla dada bajo sus muros ó de una paz pactada en su recinto; desgraciadamente, se dan más combates que tratados se hacen.—JUAN PABLO RICHTER.

Rochester, poeta satírico inglés del siglo XVII, escribió contra el matrimonio una sátira que, Hipólito Lucas dice, es un desenfreno del espíritu, que compu-

so, sin duda, en una hora de embriaguez, y en la que el ingenio no puede salvar el cinismo de ideas y de expresiones. Esta sátira empieza así:

«¡Marido! ¡Oh desgraciado tonto al que no se compadece! Tú, que te has casado con el ruido, con la miseria, con la necesidad; tú, que has vendido tu libertad por tu vida, eterno vasallo, obligado á acariciar y á odiar á tu mujer, anda, sufre á tu costa hasta el fin, paga tu imbécil locura, repite cada noche tu deber, y no por amor; anda á llevar todos los años á las pilas bautismales un mostrenco que te deshonra...»—ROCHESTER.

El matrimonio no es solamente la asociación más completa de un hombre y de una mujer, que tenga por objeto la realización de una obra sacerdotal, científica ó industrial; el matrimonio es, además, el *lazo sagrado* de las generaciones.—EL P. OLINDO RODRÍGUEZ.

El matrimonio es un contrato hecho con la naturaleza tanto como entre los contrayentes.—J. J. ROUSSEAU.

El matrimonio es el lazo más general y más extendido de la sociedad; pero falta mucho para que sea siempre el que una más sinceramente á un hombre con una mujer.—J. J. ROUSSEAU.

El mejor matrimonio expone á los azares, y como un agua pura y tranquila comienza á turbarse al aproximarse la tempestad, un corazón tímido y casto no ve sin alguna alarma el próximo cambio de su estado.—J. J. ROUSSEAU.

MCD 2022-L5

Se diría que el matrimonio no es en París de la misma naturaleza que en las demás partes. Es un sacramento, á lo que se pretende, y tal sacramento no tiene la fuerza de los menores contratos civiles; parece no ser más que el acuerdo de dos personas libres que convienen vivir juntas, llevar el mismo nombre, reconocer á los mismos hijos, pero que no tienen, por otra parte, ninguna clase de derecho la una sobre la otra; y un marido que tuviera la ocurrencia de examinar la conducta de su mujer, no excitaría menos murmullos que el que sufriera en otro lado el desorden público de la suya. Las mujeres, por su parte, no usan rigores con sus maridos; no les castigan por imitar sus infidelidades. Por lo demás, ¿cómo esperar de una y otra parte más honrado resultado de un lazo en que no ha sido consultado el corazón?

Quien no se casa sino con la fortuna ó el estado, no debe nada á la persona.—J. J. ROUSSEAU.

El matrimonio es una gran carga, pero es también un método de esperar, «una bella invención, se ha dicho, para interesarnos tanto por lo futuro como por lo presente». Si tienen hijos, se desean que estén bien un día, y desde entonces se inclina uno, insensiblemente, á pensar que el mundo no irá de mal en peor, que se hará mejor. Se revive, se rejuvenece...—SAINTE-BEUVE.

Dios mismo ha ordenado el matrimonio y ha bendecido á los esposos. No le pareció bueno que el hombre estuviese solo; cuanto más se unan el hombre y la mujer, tanto más felices serán ambos.—B. FRANKLIN.

El matrimonio, entre otras cosas esenciales de la

vida, es de las que se respetan tanto más, cuanto menos se hable de ellas y menos se predique.—SAINTE-BEUVE.

No hay *matrimonio*, no hay *unión*, no hay *lazo* entre dos esposos, sino á partir del día en que han tenido un hijo. Quitad el hijo que explica, que justifica, que purifica su asociación, y rompéis de hecho esa asociación. La vista de dos esposos sin hijos no me representa nada más que un proyecto abortado. Tales son esas casas de comercio que siempre se van á abrir mañana, y esas sociedades por acciones que se anuncian sin cesar y no se realizan nunca. Es una especie de concubinato con autorización del gobierno. No hay familia sino donde hay el hijo.—P. J. STAHL.

Creo que es ventajoso para el hombre el no casarse. ¿Estás unido á una mujer? No trates de desunirte. ¿No estás unido con una mujer? No busques mujer. Si te casas, no pecas; y si una soltera se casa, no peca tampoco; pero tales personas sentirán en la carne aflicciones y males.—SAN PABLO.

El matrimonio es una cosa tan tonta, que debería uno dedicarse de lleno á encontrar el secreto de perpetuar el mundo sin mujeres.—SARRAZÍN.

Los preliminares del matrimonio tienen un aspecto burlesco. A partir del momento en que se concierta la boda, la madre y la hija se ponen en guardia; no le dejan ya al novio un solo instante con la mujer que ha de pasar con él toda su vida.—ALF. KARR.

En su amplio alcance, el lazo del matrimonio con-

funde en una sociedad común, no solamente la vida exterior de dos individuos, sino también la vida moral y la vida espiritual.—SCHLEGEL.

El mayor argumento contra los votos del matrimonio, es la versatilidad del hombre y la inexpresable ligereza de la mujer.—J. SCHULZE.

El matrimonio, ese lazo que debe unir dos corazones, sirve á menudo para truncar la felicidad temporal.—SHAKESPEARE.

Cuando un viejo se casa con una joven, en el pecado lleva la penitencia.—SHERIDAN.

Un viejo que se casa con una joven puede no ser más, en último caso, que un antiguo tonto y un viejo fatuo; pero un joven que se casa con una vieja por su dinero, es seguramente un hombre despreciable. De todas las maneras de hacer fortuna, no conozco otra más miserable que esa.—P. J. STAHL.

La más dulce de las sociedades debería ser la del matrimonio, al que la religión misma imprime su carácter para hacer que el nudo sea más fuerte y feliz; nada hay tan corriente, sin embargo, como ver á personas, que no podían vivir sin unirse, descuidarse, olvidarse, hasta odiarse, cuando su unión está formada.—El rey ESTANISLAO.

La unión del hombre con la mujer, realizada en virtud de un contrato mutuo, libremente consentido y santificado por la religión, es el hecho que más distingue al ser humano del bruto. No está cimentada

semejante unión para satisfacer un grosero apetito, sino para ligar dos destinos, que solamente ha de separar la muerte, y para dar nacimiento á una familia, que á su vez producirá otras y aumentará los anillos de la cadena de las generaciones.—A. TAILLANDIER.

La vejez y el matrimonio se parecen; deseamos llegar á una y otro, y cuando nuestros deseos se cumplen, quedamos desconsolados.—TEODECTO.

Se ha comparado el matrimonio á un ejército, compuesto de vanguardia, de centro y de retaguardia. La vanguardia está formada por los amores, niños perdidos que son muertos al primer choque; el centro es el contrato civil, que se mantiene firme mientras no es destruido por la muerte ó derrotado por la separación; el arrepentimiento, que forma la retaguardia, se mantiene firme y subsiste hasta el fin.—A. TRÉPIN.

La razón, la honestidad, el pudor, hablan en favor del matrimonio; Francia jamás ha sido sorda á sus voces. Bien lo ha demostrado, en estos últimos tiempos, cuando ciertas sectas innovadoras, que hacen entrar la abolición, ó si se quiere, la libre formación del matrimonio en sus planes de regeneración, se han atrevido á tocar ese delicado punto... El buen sentido público se ha mantenido en guardia; las buenas costumbres se han indignado; el ridículo y el desprecio han hecho lo demás.—TROPLONG.

El matrimonio es un compromiso sagrado en que la necesidad de amar, quiero decir, de vivir juntos como si se amase, produce necesariamente lo contrario.—F. DE VARENNE.

El matrimonio, que significa á menudo asociación, y no unión, no es á menudo sino una pálida falsificación del amor; así sucede que este último toma á veces crueles desquites.—A. VEMAR.

He encontrado un razonador que decía: Animad á vuestros súbditos á que se casen lo más pronto posible; que estén exentos de impuestos el primer año, y que sus impuestos se repartan entre los que, á la misma edad, permanezcan en el celibato.

Cuanto más hombres casados haya, menos crímenes habrá. Ved los espantosos registros de vuestros archivos criminales, encontraréis cien solteros ahorcados ó castigados por un padre de familia.

El matrimonio hace al hombre más virtuoso y más cuerdo. El padre de familia no quiere avergonzarse delante de sus hijos. Teme dejarles el oprobio por herencia.

Casad á vuestros soldados, no desertarán. Ligados á su familia, lo estarán á su patria. Un soldado célibe no es á menudo más que un vagabundo, á quien le sería igual servir al rey de Nápoles ó al rey de Marruecos.

Los guerreros romanos eran casados; combatían por sus mujeres y sus hijos, é hicieron esclavos á los hijos y á las mujeres de las otras naciones.

Un gran político italiano que, además era muy entendido en lenguas orientales, cosa rarísima entre nuestros políticos, me decía en mi juventud: «*Caro figlio,* acuérdate de que los judíos no han tenido nunca más que una buena institución: la de tener horror á la virginidad. Si aquel pequeño pueblo de comerciantes supersticiosos no hubiera considerado el matrimonio como la primera ley del hombre, si hubiese

tenido conventos de religiosos, se hubiera perdido sin remedio.»—VOLTAIRE.

En mi opinión, el himeneo y sus lazos
Son ó los males ó los bienes mayores;
Nada de término medio. El matrimonio
Es el mejor don de los humanos;
Cuando la relación de los espíritus y de los corazones,
De los sentimientos, de los gustos y de los genios,
Aprieta esos nudos tejidos por la naturaleza,
Que el amor forma y el honor depura.
¡Dioses! ¡Qué placer amar públicamente
Y llevar el nombre de su amante,
Vuestra casa, vuestras gentes, vuestra librea!
Todo os presenta una imagen adorada;
Y vuestros hijos, esos preciosos dones,
Nacidos del amor, forman nuevos nudos.
Un tal himeneo, una unión tan grata,
Si se ve, es el cielo sobre la tierra.
Pero tristemente vender por un contrato
Su libertad, su nombre y su estado
A la voluntad de un amo despótico,
Del que se hace uno el primer criado;
Disputarse, ó evitarse por el día
Sin alegría en la mesa, y la noche sin amor;
Temblar siempre al tener una debilidad,
Sucumbir en ella ó combatir sin cesar;
Engañar á su amo ó vivir sin esperanza
En el tedio de un enojoso deber,
Gemir, ocultar el dolor en lo profundo,
Tal himeneo es el infierno en este mundo.

VOLTAIRE.

Se encuentra en una de las narraciones más vene-

BOLSA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN DE LIBROS Y REVISTAS PARA BIBLIOTECAS

MCD 2022-L5

radas de la nación judía la siguiente anécdota: «Una princesa preguntó á Rabbi-Yocé-Bar-Hhalaphtha, en qué se ocupaba Dios desde el momento en que concluyó la obra de la creación del mundo.—El muy Santo, respondió, está sentado en su trono, y arregla parejas, destinando la hija de uno á otro.

—»¿Y es esa toda su ocupación?—dijo la princesa. —Yo puedo hacer otro tanto. Tengo una porción de esclavos de los dos sexos. En un instante los casaría.

—»Si á tus ojos—replicó el rabino—es cosa fácil, al Santísimo, bendito sea, *le parece eso tan difícil como la división de las aguas del mar Rojo.*»

¡Aviso á los arregladores de bodas, y sobre todo, á los que han recurrido á esos oficios!

Lo mismo que la coqueta, el himeneo nos pone los ojos dulces, hasta que nos tiene en sus garras. (*París, el amor y las mujeres.*)

En la comedia, la intriga concluye ordinariamente en boda; en la sociedad empieza á menudo por ella. (*París, el amor y las mujeres.*)

El matrimonio es una lotería que muy á menudo engaña. (*Proverbio.*)

El matrimonio: Dificultad de hablar de él, según los gustos del mundo.—Cuento del pintor, á quien un amante joven pidió un retrato de Himeneo.—Aplicación del cuento del pintor.—El país de los matrimonios puebla á los otros.—Motivos de matrimonio.—Por qué hay tantos matrimonios malos.—Que los que se casan pueden ser felices.—Lo que es casarse.—Separaciones.—Viudedad.—Tristeza de la viudedad.—La viuda que no tenía el don de lágrimas.—Cuento de otra viuda inconsolable.—Digresión.

Es muy difícil hablar del matrimonio de una ma-

nera que agrade á todo el mundo. Los que no tienen ningún interés en él quedarán muy complacidos si lo describo de un modo cómico. «¡Maldito sea el bromista!, dirá un marido serio; si estuviera en mi lugar, no tendría ganas de reir.» Si moralizo tristemente sobre los inconvenientes del matrimonio, los que tengan deseos de casarse se quejarán de que quiero disgustarles de un estado tan encantador. ¿En qué tono lo tomaré, pues? Me encuentro muy perplejo.

Cierto pintor hacía un cuadro de Himeneo para un amante joven. «Quiero que esté acompañado de todas las gracias, le decía aquel amante apasionado. Recuerde usted, sobre todo, que Himeneo debe ser más bello que Adonis; hay que ponerle en la mano una antorcha más brillante aún que la del Amor. En fin, haga usted un esfuerzo de imaginación; le pagaré su cuadro en proporción de la gracia del asunto.» El pintor, que conocía su liberalidad, no olvidó nada para satisfacerle, y le llevó el cuadro la víspera de su boda. Nuestro amante no quedó satisfecho. «Falta, dijo, á esta figura, cierto aire alegre, cierto agrado, ciertos encantos; en fin, no es la idea que yo tengo de Himeneo; lo ha hecho usted de una belleza mediana, será usted medianamente recompensado.»

El pintor, que tenía tanta presencia de espíritu como talento para la pintura, tomó al instante su partido.

«Tiene usted razón, le dijo, con no estar contento de la belleza de mi cuadro; no está todavía seco; este rostro está chupado; y, para hablarle francamente, yo empleo mis colores de manera que mi pintura no parece nada en los primeros días; le traeré este cuadro dentro de algunos meses, y entonces me lo pagará usted según su belleza; estoy seguro de que le parecerá otro. Adiós, señor, no tengo prisa por el dinero.»

MCD 2022-L5

El pintor se llevó su obra; nuestro amante se casó al día siguiente, y transcurrieron algunos meses sin que se presentara el pintor. Por fin, trajo el cuadro; el nuevo marido se quedó sorprendido al verle: «Bien me prometió usted, le dijo, que el tiempo embellecería su cuadro; ¡qué diferencia!, no le reconozco, admiro el efecto del tiempo sobre los colores, y admiro aún más su habilidad; sin embargo, no puedo menos de decirle que ese rostro es un poco demasiado alegre; esos ojos algo demasiado vivos; pero, en fin, el fuego del himeneo debe parecer menos brillante que el del amor; el fuego del himeneo es un fuego sólido. Además, la actitud de esa figura es demasiado regocijada, demasiado alegre, y la ha dado usted un aire de chanza que no caracteriza por completo... En fin, ese no es Himeneo.—Muy bien, caballero, le dijo el pintor, ha sucedido lo que había previsto; Himeneo es ahora menos bello en su pensamiento que en mi cuadro, era todo lo contrario hace tres meses; no es mi cuadro el que ha cambiado, es la idea de usted; entonces era usted amante, ahora es usted marido.—Le entiendo, dijo el marido interrumpiéndole, no hablemos más de ello. Su cuadro es más agradable de cuanto se pueda imaginar, es justo que el pago sea mayor del que piensa usted; aquí hay una bolsa que contiene el doble de lo que pueda usted esperar. Tenga usted, caballero, déjeme el cuadro.—No, señor, replicó el pintor, no se lo dejaré, quiero darle otro que agrade á los amantes y á los maridos, y será la obra maestra de la pintura.» En efecto, el pintor hizo otro cuadro, en el que se sirvió con tanto arte de ciertas reglas de óptica y perspectiva, que el retrato de Himeneo parecía encantador á los que le miraban desde lejos, pero no era así de cerca; le hizo colocar al final de una agra-

dable galería, sobre una especie de estrado, y para subir á aquel estrado había que pasar un sitio muy resbaladizo; del lado de acá, era delicioso contemplarle; pero en cuanto se había salvado el paso, ¡adiós encanto!

Si comprendéis la dificultad que existe de pintar el matrimonio á gusto de todo el mundo, suspended aquí vuestra crítica; voy á presentaros mi cuadro, elegid el punto de vista que os convenga.

Para volver á nuestro estilo de viaje, os diré desde luego que el matrimonio es un país que puebla los otros; la burguesía es en él más fértil que la nobleza, tal vez porque los grandes señores gustan menos de su casa que de la de sus vecinos. El matrimonio tiene la propiedad de hacer cambiar de humor á los que en él se establecen; hace á menudo de un hombre jovial un estúpido, y de uno galante uno rudo; á veces también de un estúpido y de un rudo, una mujer de talento hace casi un hombre galante.

Se casan los individuos por diferentes motivos; los unos por pasión, los otros por cálculo; éste sin saber lo que hace, aquél no sabiendo ya lo que hacer.

Hay hombres tan abrumados de quietud y de indolencia, que se casan solamente para distraerse; primero les ocupa la elección de mujer; después las visitas, las entrevistas, los festines, las ceremonias; pero, después de la última ceremonia, el fastidio vuelve á apoderarse de ellos más que nunca.

¡Cuántos maridos y mujeres vemos que, desde el segundo año de su comunidad, no tienen ya nada más de común que el nombre, la cualidad, el mal humor y la miseria!

No me asombra que haya tantos malos matrimonios, puesto que se hacen las bodas á capricho propio ó á capricho de los demás.

BIBLIOTECA

MCD 2022-L5

Aquel que se casa á su capricho, no viendo en una mujer lo que todo el mundo ve, está en peligro de ver después mucho más de lo que vieran los otros.

Aquel otro que no tiene fuerzas para determinarse por sí mismo, acude á la casamentera de su barrio, que sabe á punto fijo la tarifa de las tiendas y el valor corriente de las jóvenes casaderas. Estas conocedoras tienen el don de aliar las condiciones, los bienes de fortuna, las clases sociales, todo, en fin, menos los genios y las inclinaciones, de los que no se cuidan.

Por intermedio de esas mujeres de negocios, se hace una boda como una compra; se regatea, se avalora, se desprecia; por último, le cogen la palabra.

Otros, que no tienen tiempo de negociar, van á adquirir una viuda rica á casa de un notario, como se adquiere una plaza de registrador ó de prefecto.

No tiene por completo la culpa la mediadora si se engaña uno en la mujer; ella os da un informe; no se examinan sino los artículos de la familia y de la fortuna, se deja aparte á la mujer, á la que harto se encuentra después.

Después de cuanto acabo de decir, no temo aventurar que los que se casan pueden ser felices.

Pero no es casarse, es negociar, el tomar una mujer por sus bienes.

No es casarse, es complacerse, el tomar una mujer por su belleza.

No es casarse, es chochear á cierta edad, el tomar una mujer porque tenga mundo.

¿Qué es, pues, casarse? Elegir con discernimiento, despacio, por inclinación y sin interés, una mujer que á su vez le elija á uno.

El país del matrimonio ofrece de particular que los

extranjeros tienen deseos de habitarle, y los indígenas quisieran ser desterrados.

Se puede ser desterrado del matrimonio por la separación, pero no hay verdadera salida sino la de la viudedad.

Aunque la viudedad suponga la muerte de los dos esposos, me parece menos de temer que la separación.

Los separados son animales salvajes, incapaces de los más hermosos nudos de la sociedad.

En las causas ordinarias de separación, se echa la culpa á la mujer; pero á menudo el marido es la causa de que la mujer falte, y él mismo es culpable de haber enterado al público de la falta de su mujer.

Debe esperarse que yo voy á hablar aquí de la viudedad; es un gran asunto y muy fértil, pero demasiado difícil de tratar.

¿Cómo hablar de las viudas? Si las presento nada más que medio pesarosas de la muerte de un marido, heriré las conveniencias; si exagero su aflicción, heriré la verdad.

Aunque digan lo que quieran los bromistas mal intencionados, no hay viudedad sin tristeza; ¿no es siempre un estado muy triste el verse obligado á simular una tristeza continua? ¡Qué triste papel el que tiene que desempeñar una viuda que no quiere dar que hablar!

Hay viudas á quienes los sollozos y las lágrimas no cuestan nada; he conocido una, por el contrario, que hacía de buena fe todo lo posible para afligirse; pero la naturaleza le había negado el don de lágrimas; sin embargo, quería dar compasión á los parientes de su marido, sus asuntos dependían de ellos.

Un día, su cuñado, que estaba muy afligido, le censuraba por no haber derramado ni una lágrima.

MCD 2022-L5

«¡Ay!, le respondió la viuda, me ha trastornado tanto este golpe imprevisto, que me he quedado como insensible; los grandes dolores no se hacen sentir al pronto, pero más adelante estoy segura de que me moriré de pena.

—Sé, le replicó su cuñado, que los dolores demasiado grandes no se dejan sentir al pronto; sé también que los dolores violentos no duran nada; así, pues, señora, se asombrará usted de que el dolor de su viudedad habrá pasado antes de que lo haya usted sentido.»

Otra viuda se desesperaba, y no era sin motivo; había perdido en un mismo día al mejor marido y á la perra más bonita de París.

Esta doble viudez la había reducido á un estado que hacía temer por su vida. No se atrevían á hablarle de beber ni de comer; ni siquiera se atrevían á consolarla. Es peligroso obstinar el dolor de una mujer, vale más dejar obrar al tiempo y á la inconstancia. Sin embargo, para acostumbrar poco á poco á la viuda á soportar la idea de sus pérdidas, una buena amiga le habló primero de la perrita; al solo nombre de Babichona, estalló en gritos, en transportes, se desmayó por último. «¡Qué bien he hecho, exclamó la prudente amiga, en no haber hablado del marido! ¡Se hubiera muerto!»

Al día siguiente, el nombre de Babichona hizo derramar lágrimas con tanta abundancia, que era de esperar que la fuente no tardaría en secarse, y la celosa amiga creyó que podía aventurar el nombre del marido.

¡Ay!, le dijo, si el solo nombre de Babichona te aflige tanto, ¿qué sería si te hablasen de tu marido? Pero, perdona; ¡pobre Babichona!, no volverás á encontrar una semejante; sin embargo, ha sido feliz en morirse,

MCD 2022-L5

porque ya no la hubieras querido; ¿se puede amar algo después de haber perdido un marido?»

De esta suerte aquella amiga hábil mezclaba diestramente la idea del marido con la de Babichona, sabiendo bien que á veces dos fuertes dolores se destruyen uno á otro al distraer la atención. Observó que al nombre de Babichona aumentaban los lloros, y que se contenían ante el nombre del marido; era, sin duda, el sobrecogimiento; se sabe que el llanto no es más que para los dolores mediocres. Sea como fuere, la pobre afligida pasó varios días y varias noches en aquella alternativa de llanto y sobrecogimiento.

Al fin, la buena amiga hizo buscar una perrita, y se encontró una más linda que la difunta: la presentó, pero la viuda no la aceptó sino llorando; afortunadamente, la nueva perra se hizo querer tanto en ocho días, que ya no se volvió á llorar por Babichona, y he aquí la consecuencia que la amiga dedujo:

Si una perra nueva ha hecho cesar el llanto, tal vez un nuevo marido hará que cese el sobrecogimiento; pero ¡ay! el uno no fué tan fácil como la otra; la nueva perra se hizo querer á los ocho días, y fué preciso *más de tres meses* para hacer que la viuda consintiera en volverse á casar.—DUFRESNY.

CAPITULO II

LA FELICIDAD DEL MATRIMONIO

El mundo es tan grande, que es duro estar solo en él; por esto se casa uno. Y no hay nada mejor; el nombre de esposa es el más dulce que se puede dar á una mujer.

No hay más amor duradero que el que tiene por hermano mayor al deber, de manera que, si el uno dormita, el otro vela, y así puede subsistir el honor. El marido y la mujer están en las condiciones más favorables para la felicidad, las únicas, pongo por testigos á cuantos, sin excepción, la han buscado, la buscan en otra parte, las únicas en que se puede fijar. Pero no olviden que la misma felicidad necesita un régimen, y que á menudo el amor muere porque no se hace para conservarle todo lo que se hizo para inspirarle.—P. J. STAHL.

¿Cuál es el país del mundo en que hay más matrimonios felices? Incontestablemente, la Alemania protestante.—BEYLE.

Para hacer un matrimonio feliz, sería preciso que el marido fuese sordo y la mujer ciega.—ALFONSO DE ARAGÓN.

¿Queréis saber lo que constituye la mayor parte de los buenos matrimonios?—La conformidad de gustos y de genios, sin duda.—Error; los sentidos en la juventud, la costumbre en la edad madura, la necesidad recíproca en la vejez.—LEVIS.

En matrimonio, como en lo demás, contento suple riqueza.—MOLIÉRE.

Un matrimonio no puede ser feliz sino á condición de que cada uno de los dos esposos se prescriba por primer deber esta invariable resolución: Quiero amar y honrar siempre al corazón al cual he dado poder sobre el mío.—SILVIO PELLICO.

La mayor felicidad del matrimonio depende de tantas conveniencias, que es locura querer reunirlas todas.—J. J. ROUSSEAU.

A despecho de la fortuna, únicamente por las relaciones personales puede ser feliz ó desgraciado un matrimonio.—J. J. ROUSSEAU.

El himeneo y la dicha no se encuentran nunca;
Hoy del himeneo no se aceptan los lazos
Sino para ser opulento y no para ser dichoso.
La fe que se da es un voto mercenario,
Que se fomenta descaradamente, sin amar y sin agradar;
Se busca el inmolarse á la sed del dinero;
Quiere uno ponerse cadenas de oro.
Ese lazo despojado de ternura y de estimación,
No tiene la virtud que le hace legítimo,
Que produce el encanto mutuo de los esposos;
Y la felicidad se trueca en real desgracia.

Pedir felicidad al matrimonio, es pedir armonía á dos instrumentos que tocaran el mismo aire en tono diferente.—ALBERICO SEGUNDO.

Cuando una unión es perfecta, es el mayor medio de felicidad; el que goce de ella no debe desear nada. Los placeres de la confianza y de la intimidad son grandes entre amigos; pero, animados y multiplicados por todos esos detalles que ocasiona el sentimiento de la diferencia de sexos, esos placeres delicados no tienen límite. ¿Hay costumbre doméstica más deliciosa que la de ser bueno y justo á los ojos de una mujer amada, de hacerlo todo por ella, y no exigir nada si no es justo; de esperar todo lo que es natural y honrado, y no pretender nada exclusivo; de hacerla estimable y dejarla á ella misma; de sostenerla, aconsejarla, protegerla, sin gobernarla, sin subyugarla; de hacer de ella una amiga que no oculta nada y nada tiene que ocultar, sin prohibirla cosas indiferentes, pero callando otras ó prohibiéndolas por deber; de hacerla la más perfecta, pero la más libre posible; de tener sobre ella todos los derechos, á fin de darle toda la libertad que un alma recta pueda aceptar; y de hacer así, por lo menos, en la oscuridad de la vida, la felicidad de un ser humano, digno de recibir la dicha sin corromperla, y la libertad de espíritu sin ser por ella corrompido?...—SENANCOUR.

CAPITULO III

EL MATRIMONIO Y EL AMOR

El matrimonio es la traducción en prosa del poema del amor.—A. BOUGEART.

El dinero es el verdadero dios del mundo, el que ha expulsado á todos los otros, y al amor mismo. Si el amor hace estragos, solamente el dinero hace matrimonios; los corazones más jóvenes saben contar.—P. J. STAHL.

Pedir amor á una joven á la que se ha visto catorce veces en quince días, en verdad que es un absurdo digno de la mayor parte de los predestinados.—DE BALZAC.

Una cosa dolorosa, y que es temible indicio de la fragilidad, de la locura y de la perversidad humana, es que el amor y el matrimonio, aunque nacidos ambos en el mismo clima, rara vez están juntos; el matrimonio viene del amor como el vinagre del vino; es un brebaje de templanza, poco agradable y áspero, al que ha hecho perder el tiempo su celeste aroma, para transformarle en bebida de hogar, insípida y vulgar.—BYRON.

Preciso es convenir en que hay en la vida doméstica ciertas cosas que constituyen la antítesis del verdadero amor; las novelas nos dan el retrato de cuerpo entero de toda la serie de los amores, pero no nos presentan los matrimonios sino de busto; porque nadie se interesa en las ternuras matrimoniales, no hay nada reprensible en un beso conyugal: ¿creéis que si Laura hubiera sido la mujer de Petrarca, se hubiese éste pasado la vida escribiendo sonetos?—BYRON.

El amor agrada más que el matrimonio, por la razón de que las novelas son más divertidas que la historia.—CHAMFORT.

El himeneo viene después del amor, como el humo tras la llama.—CHAMFORT.

El día que precede al matrimonio es siempre encantador; se va á tener lo que se desea y todavía no se tiene.—P. J. STAHL.

¿Puede existir el verdadero amor entre personas casadas?—Decimos y aseguramos, por el tenor de la presente, que el amor no puede extender sus derechos sobre las personas casadas. En efecto; los amantes se conceden todo natural y gratuitamente sin obligación, sin ningún motivo de necesidad, mientras que los esposos están obligados por deber á sufrir recíprocamente sus voluntades, y de no negarse nada entre sí. Que este juicio que hemos formulado con extrema prudencia y con arreglo á la opinión de un gran número de otras damas, sea para vosotros de una verdad constante é irrefutable. Dado en el año de gracia

MCD 2022-L5

de 1174, el tercer día de las calendas de Mayo.—La condesa de CHAMPAGNE.

Es un amor casto el de los esposos. Plutarco quiere que un marido haga una escuela de honestidad de la cámara nupcial. A los esposos exige también mucha discreción en las familiaridades que están permitidas; son estos misterios que se deben tratar á solas. Catón destituyó á un senador que dió un beso á su mujer en presencia de su hija, juzgando tal acción indecente y escandalosa.—DEMONTIERE.

Parece establecido que un marido debe guardarse de amar á su mujer como si amara á una querida. Se pretende que habría imprudencia por su parte en enseñar á la que debe ser la compañera de su vida toda la fuerza de su amor. Se quiere hacer, en una palabra, del amor conyugal un amor siempre templado y moderado. Mi parecer es que estos bellos preceptos favorecen el juego de los amantes y perjudican á los asuntos de los maridos, en vez de arreglarlos.—P. J. STAHL.

Cuando los hielos de la edad
Han enfriado los amores,
Cerca del fuego, en su hogar,
Recordando sus buenos días,
A menudo una pareja fiel,
No obstante sus cabellos grises,
Hacen que brote alguna chispa
Acercando los tizones.

DEMOUSTIER.

En el importante negocio del matrimonio, el hom-

bre busca más bien la belleza física; la mujer, la belleza moral. El amor del hombre es, por esta razón, más sensual, más celoso, más pasajero, mientras que el de la mujer es más afectuoso, más confiado, más fiel. El hombre ama mucho más antes del matrimonio; la mujer, después; el hombre exige el primer amor de su compañera, ella quiere el último.—DESCURET.

Una verdad poco discutible es que, á menudo, los esposos se aman más de lo que creen. Si parecen indiferentes ó prontos á odiarse, que uno de ellos sufra una grave enfermedad, el otro se entrega á sinceras alarmas; el hábito le haría echar de menos hasta las penas á que se ha acostumbrado.—J. DROZ.

El matrimonio descansa en un principio absurdo é inmoral; el de que la mujer no debe amar más que una vez. Se dice con razón: El amor es el único educador del mundo. No valemos algo sino porque amamos y para lo que amamos. Ahora bien; consagrar el matrimonio, es inmovilizar el amor; inmovilizarlo, es extinguirlo: así lo han pensado y demostrado dos hombres augustos por su autoridad y por su genio, Platón y Licurgo.—ENFANTIN.

El amor es necesario en el matrimonio, sin lo cual las gentes que se unen se parecerán, según Plutarco, á un glotón que no bebe más que para embriagarse. Sin embargo, no hay que confundir este amor con el de los amantes; es más bien amistad, dice Montaigne. Solón prohibe á los recién casados el verse la primera noche de sus bodas, á menos que no sea en la oscuridad; para indicar, dice también Plutarco, hasta qué punto es condenable toda unión de hombre y de mu-

MCD 2022-L5

jer legítima, ya que en ésta, cuya legitimidad es incontestable, la ley no deja de añadir una especie de vergüenza.—El P. Joly, *capuchino*.

En el amor, todo se hace á escondites; los amantes aman, desean y buscan la soledad. No imaginan isla bastante desierta para ocultar en ella su felicidad; tienen horror de la indiscreción de las miradas, y quien arrebatara el misterio al amor le quitaría más de lo que yo supiera decir...

En el matrimonio, por el contrario, no solamente está todo previsto y fijado de antemano para la novia y el novio; ambos saben el día y la hora de cada cosa, sino que también todos los conocimientos de las dos familias están advertidos de manera que no haya lugar á dudas. Todo pasa en público: y si de algunos detalles se está separado por una puerta cerrada, no por ello son ignorados por nadie, ni el momento preciso, ni las circunstancias; es como el recitado de la antigua tragedia:

Apenas salíamos de las puertas de Trezena...

Todo se realiza con sujeción á un programa de todos conocido.

Procede esto de que la civilización ha dado al amor toda clase de infinitas delicadezas, y que el matrimonio se ha quedado, por decirlo así, en el estado salvaje, y ha conservado toda la crudeza de las costumbres antidiluvianas, es decir, de la época en que la mujer y el amor no estaban inventados.—A. Karr.

La belleza fascina á los hombres hasta tal punto, que antes les lanzaba al matrimonio, es decir, que daban toda su vida á cambio de un momento.

Pero hoy se ha reflexionado sobre este asunto, y no

JUNTA DE INTERCAMBIO DE LIBROS Y REVISTAS PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS
BIBLIOTECA

hay hombres ahora que se casen por amor. Casi todos, no solamente no quieren dar prenda en el contrato que liga al hombre y la mujer, sino que, la que daban antes en el cambio de las personas, la exigen hoy, y las solteras corren mucho riesgo de conservar ese respetable título toda su vida, si no tienen padres suficientemente ricos para pagar de un modo conveniente á un caballero que se encargará de hacerle perder en el regateo.—A. KARR.

Se predica á los jóvenes los matrimonios de razón. Pero si razonaran, ¿se casarían? Yo estoy por los matrimonios de inclinación. No son éstos ni peores ni mejores que otros. Después de haber volado el amor, por lo menos habrán tenido un buen principio.

Casarse por amor, es disponer las cosas para una temperatura de cuarenta grados, sin pensar que se puede llegar bajo cero.—P. DE KOCK.

Casarse sin amor, es desterrarse voluntariamente á Siberia, sin llevarse siquiera con qué encender el fuego.—P. J. STAHL.

Una querida y un amante se aman apasionadamente á pesar de todos sus defectos; una mujer y un marido, con todo el mérito que puedan tener, se sufren. —DE LA BRETONNERIE.

Observo que hoy no es de buen tono
Amar á la compañera.
Esto ya no se usa más que en la burguesía;
Pero en otras clases se ha hecho del amor conyugal
Una cosa ridícula, disparatada.

MCD 2022-L5

Ahora un esposo no se atreve á parecerlo.
Le censurarían si quisiera serlo,
Preciso es que sacrifique al prejuicio cruel
Los placeres de un amor permitido y mutuo;
En vano se enamora de una esposa que le ama,
El mundo le subyuga á su pesar,
Y pronto le reduce á la necesidad
De pasar de la vergüenza á la infidelidad.

LA CHAUSSÉE.

Se pretende que es muy difícil amar á la mujer propia. Es mucho más difícil no amarla, por empeño que se tenga, por poco buena y bonita que sea. ¡Cómo!, encontrándose el amor en el hogar, que le sonríe á uno al lado del fuego, y le quita las zapatillas, ¿se cometería la tontada de ponerse uno las botas para huirle? Los hombres no son enemigos de lo que es dulce y cómodo. Es bueno que las mujeres que se resignan al empleo de querida, sepan que, dígase lo que se diga, su papel es siempre, tanto en el fondo como en la forma, un papel sacrificado.—P. J. STAHL.

El matrimonio pasa comúnmente por ser la tumba del amor; no es una desgracia cuando aquel sentimiento cede el puesto al de la amistad.—LE FILEUR D'APLIGNY.

Es un crimen real y abominable turbar un matrimonio de amor; se puede estar envidioso de las prosperidades exteriores de un hombre, y creer á la fortuna injusta; pero la felicidad que procede del alma es siempre merecida.—PRÍNCIPE DE LIGNE.

El lazo del amor se desgasta tan pronto en el ma-

trimonio, que no se tarda en no ver más que la cuerda.—SYLVAIN MARECHAL.

Nada hay más contrario al espíritu del matrimonio como imaginarse que se casa uno para su placer. El placer es, sin duda, un atractivo que la naturaleza pone al deber que impone. Por este medio invita á todos los seres vivientes á regenerar su especie. El amor es el reparador de los estragos de la muerte, y no es la menor de las maravillas que se muestran en el orden universal.

Pero, en este orden sublime y sabio, el error, el extravío del vicio, es tomar por la intención final, y por el objetivo de la naturaleza, lo que no es sino el medio. Se casan para ser padre y madre, y no para ser amantes; al dejar de ser amantes no cesa, por lo tanto, el deber de ser padre y madre.—MARMONTEL.

Nuestra loca cordura ha llegado á suprimir el amor del matrimonio; hemos hecho de él un mercado, en el que las solteras compran el derecho de arreglar los gastos de su casa, de salir solas y de buscar en torno de ellas esa mitad de su alma, ese ser sublime que la adolescencia sueña y la juventud quiere poseer.—L. AIMÉ MARTÍN.

La naturaleza ha querido que el amor verdadero, el más exclusivo de todos los sentimientos, fuera la única base posible de la civilización. Este sentimiento, como un enviado de la Divinidad, invita á todos los hombres á una vida sencilla, exenta á la vez de ociosidad, de blandura y de pasiones brutales.

Todo es decoro, todo es felicidad en el lazo íntimo que une á dos jóvenes esposos.

MCD 2022-L5

El hombre feliz por su compañera siente crecer sus facultades con sus deberes; administra los negocios, participa de los cargos de ciudadano, cultiva sus tierras ó se hace útil á la ciudad.

La mujer, más retirada, preside el arreglo de la casa; reina en ella sobre su marido, derrama la alegría en medio del orden y de la abundancia; ambos, en fin, se ven renacer en los hijos que coronan su mesa y que, bajo la influencia del ejemplo, prometen perpetuar sus virtudes.—L. AIMÉ MARTÍN.

Los que piensan hacer honor al matrimonio uniéndole al amor, hacen, en mi concepto, lo mismo que los que, para hacer un favor á la virtud, sostienen que la nobleza no es otra cosa que virtud. Son cosas que tienen alguna conexión; pero hay mucha diversidad entre ellas; no se hace más que perturbar sus nombres y sus títulos; se perjudica á una y otra al confundirlas.—MONTAIGNE.

Un buen matrimonio no debe pertenecer ni parecerse demasiado al amor, sino más bien á la amistad.—MONTAIGNE.

Yo no veo matrimonios que flaqueen más pronto, y que se turben, que los que se encaminan por la belleza y deseos amorosos. Hacen falta fundamentos más sólidos y constantes, y marchar con cautela; esa bulliciosa alegría no vale nada.—MONTAIGNE.

El matrimonio no es siempre, como se supone, la conclusión del amor.—NAPOLEÓN.

En vez de preceder al matrimonio, para dejarle

allí á menudo, el amor haría mucho mejor en seguirle y no abandonarle ya.—J. PELBOIS.

No faltan gentes que se sustraen con la huida á la publicación de su matrimonio; tienen razón, puesto que se avergüenzan de él; pero hay que enseñar á esas gentes, que si hay que avergonzarse aquí de algo, es de ese amor llamado *santo* y de sus *goces*, no del matrimonio, que le depura y le emancipa. Que la concubina se vele, puesto que sigue á la pasión y se consagra al amor; pero que la esposa se muestre; ha vencido á la carne, no solamente por el amor, sino por la justicia y la caridad.—P. J. PROUDHON.

Según la teoría del amor libre..., el matrimonio está reputado como un mercado infame, y la joven que se casa sin inclinación, es llamada *prostituta*. Esta es siempre la lógica de la desvergüenza puesta en el lugar de la razón del género humano.—P. J. PROUDHON.

En todo tiempo la conciencia de los pueblos ha considerado como lujuria, fornicación, prostitución, es todo uno, el uso que el hombre ó la mujer hace de su cuerpo con un fin de satisfacción pasional, pereza, orgullo, glotonería, vanidad, hasta é incluso la delectación amorosa. En el fondo, la prostitución es completamente subjetiva; una persona no prostituye realmente más que á sí misma, no á otra. Solamente el matrimonio, subordinando el placer á un fin superior, que es la justicia, hace que cese la prostitución...—P. J. PROUDHON.

La conciencia de los pueblos dice también que, en

la mujer formada para la familia y la justicia, el pudor es cierta aversión del corazón y de los sentidos para todo lo que se refiera á los placeres del amor; la castidad, una práctica inviolable del pudor. Por esto es por lo que el pudor, sea antes, sea después del matrimonio, no existe verdaderamente sino por el matrimonio; el efecto de esa dignidad matrimonial es el que, salvando á los esposos del fatalismo pasional, les inspira un amor tranquilo é inalterable.—P. J. PROUDHON.

El matrimonio es la verdadera comunidad de los amores y el tipo de toda posesión individual. — P. J. PROUDHON.

El amor es el perihelio de las jóvenes, y también el paso de esas Venus al través del sol del mundo ideal. En esta época solemne de su alma, aman con todo su corazón lo que nosotros amemos, hasta las ciencias y la humanidad entera. Desdeñan también todo cuanto desdeñemos, hasta los vestidos y las modas. Estos ruiseñores de primavera continúan cantando hasta el solsticio de verano; el día del matrimonio es su día más largo. Después el diablo, á la verdad, no se lleva todo de una vez, sino cada día una pequeña parte. El lazo del matrimonio ata las alas de la poesía, y la alcoba nupcial es para la imaginación un calabozo á pan y agua. Yo he seguido algunas veces, durante la luna de miel, á esa pobre ave del paraíso, y he recogido, durante su muda, las plumas admirables de su cola y de su pecho, que esparcía aquí y allí; después, cuando el hombre se imaginaba que se había desposado con un grajo desplumado, le presentaba sin penacho.

MCD 2022-L5

¿De dónde procede este estado de cosas? Helo aquí: El matrimonio reviste al mundo poético con la corteza del mundo real, lo mismo que nuestro globo terrestre, según Descartes, es un sol cubierto con una costra fangosa. Las manos del trabajo son rudas y están llenas de callosidades, difícilmente pueden llevar sobre la trama el delicado hilo del tejido ideal. Así, en las clases elevadas, en donde, en vez de talleres, no hay sino cestas de labor, en donde se hace andar con un dedo la ruedecita que se lleva sobre el seno, y en donde el amarse prolonga á veces en el matrimonio, hasta para el marido, el anillo de boda no es tan á menudo, como en las clases inferiores, un anillo de Gyges, que vuelve invisibles y hace que desaparezcan los libros, los talentos de la música y de la poesía, la afición á las artes y á la danza.—Las plantas y las flores de toda especie, y particularmente las del sexo femenino, adquieren en las alturas un perfume más aromático; una mujer no tiene, como el hombre, el poder de preservar del contacto del aire exterior sus sueños fantásticos y las ilusiones que encantan su alma.—¿A quién debe, pues, acercarse la mujer? A su marido, á su señor y amo.—El hombre debe siempre mantenerse armado con una cuchara cerca de la plata en fusión del espíritu de su mujer, y espumar asiduamente la película de que se cubre para que el ideal continúe brillando en todo su esplendor. Pero hay hombres de dos especies: primero los arcádicos y los poetas épicos de la vida que aman eternamente, como Rousseau con sus cabellos grises. Estos no pueden ser tranquilizados y consolados, cuando después de haber hojeado minuciosamente el tomito de la flora femenina, no ven ya oro sobre cada hoja, considerada aisladamente; lo que sucede, por lo demás, en cualquier

otro libro de canto dorado.—Hay después mozos de labor, pastores de ovejas gordas, quiero hablar de los trovadores y hombres de negocios que dan gracias á Dios cuando la encantadora, como otras magas, se convierte al fin en una gata gañidora que ahuyenta á los animaluchos de la casa.—JUAN PABLO RICHTER.

Si se pudiera prolongar la felicidad del amor en el matrimonio, se tendría el paraíso en la tierra. —J. J. ROUSSEAU.

El matrimonio es un compromiso civil; puede prometerse en él fidelidad, simpatía y protección para toda la vida; pero prometer un amor duradero, es una cosa absurda. Imaginar que el amor subsiste, que existe siquiera en todos los matrimonios, sería un error demasiado manifiesto. Todos deben casarse; ¡y son tan pocos los capaces de tener amor, tan pocos están hechos para darlo!—SENANCOUR.

Casarse con una mujer por amor, es harto á menudo una locura novelesca, una falta de la mente; pero casarse con ella por la fortuna, es una falta de delicadeza; es un rebajamiento del corazón.—DE STASSART.

Un tonto pide sin vacilar ser el marido de una mujer perfecta sobre la que el hombre de mérito apenas se atreve á poner los ojos, y lo consigue.—P. J. STAHL.

La base esencial de los matrimonios es la unión de los esposos; no pueden ser felices sino proporcionalmente al grado de esa unión; se sabe esto, y se emplean todos los medios capaces de impedir ó de rom-

JUNTA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN DE LIBROS Y REVISTAS PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS

MCD 2022-L5

per esa unión, aunque se declare en alta voz que se desea hacer la felicidad de los hijos; ¿hay buen sentido en semejante conducta?, ¿y se puede vivir tranquilo cuando se está seguro de haber sido el instrumento de la desgracia temporal y de la condenación eterna de aquellos cuya felicidad tanto interesaba realizar? Todo en el universo se relaciona con lo bueno y lo verdadero, y nuestras almas están formadas por uno y otro punto, que se buscan sin cesar, porque se aman; por esto se buscan también el hombre y la mujer, hasta que el uno haya encontrado un alma á la cual pueda unir la suya, y formar entre ellas un lazo indisoluble para siempre; el amor sólo ha hecho que el hombre y la mujer se unan, y ese amor se convierte en conyugal para este mundo y para el otro, cuando la unión de lo verdadero y de lo bueno le ha servido de modelo. Todo otro amor es un amor falso, un amor desordenado, que no puede ser duradero ni hacer la felicidad, siquiera pasajera, de nadie.—SWEDENBORG.

El principio fundamental de la moral cristiana, en tanto que regula la moral de los sexos, es el amor exclusivo. La ley del matrimonio cristiano es la unión eternamente indisoluble de los esposos. Niego abiertamente todo lo que de absoluto tienen estos principios. En otros términos, niego que el amor exclusivo de un solo hombre á una sola mujer y para toda la vida, sea una ley ó siquiera una tendencia universal en la humanidad; niego que ese precepto esté conforme y sea aplicable á la naturaleza de todo hombre y de toda mujer, sin excepción.—ABEL TRANSON.

El matrimonio no enseña á amar; quiere solamente que se dejen amar.—TREVOUX.

Una dama cuyo hogar no era lo más armónico que se necesitara, oyendo decir que el Amor y el Himeneo eran hermanos, respondió: «En ese caso, no les creo carnales.»—VION.

Esos amores tan exaltados tres ó cuatro días después de las bodas, degeneran ordinariamente en pendencias, y llegan algunas veces á los golpes, antes de que se haya terminado el pan de la boda.—VIVES.

Quien se casa por amor, tiene buenas noches y malos días.—PROVERBIO.

CAPITULO IV

EL MATRIMONIO Y LAS SOLTERAS

Es mucho más atentario contra el pudor el acostarse con un hombre á quien no se ha visto más que dos veces, después de tres palabras en latín dichas en la Iglesia, que el ceder á su pesar al hombre á quien se adora desde dos años.—BEYLE.

Amar á su marido, es amar por orden, es ceder á la ley, es obedecer, es no hacer más que el deber. Este pensamiento perjudica siempre un poco al matrimonio y á los maridos en el pensamiento de las hijas de Eva.—P. J. STAHL.

Amar fuera del matrimonio, es amar á despecho de la ley, es hacer acto de voluntad, es probarse á sí mismo que se es libre, es desobedecer, es comer del fruto prohibido. Todo esto es de gran ayuda para los amantes, y de un gran atractivo para una mujer joven.—P. J. STAHL.

La soltera que se ocupa demasiado de su belleza, se hace ordinariamente, después de la boda, perezosa y negligente. ¿A qué viene esa manía de los adornos? ¿Qué furor es ese de pasarse días enteros en el tocador? El engalanarse con exceso perjudica á las des-

MCD 2022-L5

graciadas solteras. Ocupadas en ello, serán poco adecuadas para el matrimonio. La que cuida demasiado de su cara, tiene á menudo poco cuidado de su marido, y la que gusta de contemplarse en un espejo, no gusta de los trabajos del hogar.—J. CATS.

Hemos visto hombres tenidos por honrados, sociedades respetables, felicitarse de la felicidad de la señorita..., joven, bella, espiritual, virtuosa, que obtenía la dicha de casarse con el señor..., viejo achacoso, repugnante, mala persona, imbécil, pero rico. Si algo caracteriza á un siglo infame, es semejante motivo de triunfo, es lo ridículo de tal alegría, es ese trastorno de todas las ideas morales y naturales.—CHAMFORT.

Se casa á las mujeres antes de que sean nada y de que puedan ser nada. Un marido no es más que una especie de artífice que maneja el cuerpo de su mujer, esboza su espíritu y pulimenta su alma.—CHAMFORT.

Un padre tenía sus razones para no exagerar delante de su hija la felicidad del matrimonio. «La que se casa, le decía, hace bien; pero hace mejor la que no se casa.—Papá, respondió la joven, hagamos lo bueno; que haga lo mejor quien pueda.—CLIFTON.

RESOLUCIÓN DE UNA SOLTERA SOBRE LA FE CONYUGAL

A cualquier esposo que el cielo quiera darme,
Quiero entregarme plenamente á él.
Si soy del que yo temo
Sabré aceptarle con la misma cara:

El himeneo no lo hará preciado,
Y el deber hará lo que hubiere hecho el amor;
Sin temor que censuren á mi genio forzado,
Que nada más que un marido reina en mi pensamiento.

CORNEILLE.

Una soltera no tiene carácter; pero en cuanto se casa, brota en ella uno bien definido y bien indomable; se casan con ellas y después las conocen.—FONTENELLE.

Conozco á una bonita muchacha, no más tonta que otra, seguramente, que se casó con un hombre que no le convenía para llevar más pronto plumas en el sombrero. Me lo ha dicho y no me ha costado trabajo creerla. La razón carece de peso, convengo en ello; pero al fin es una razón, y que de cada seis, cuatro hacen la misma tontería, sin haber pensado siquiera en darse una justificación tan frívola.—P. J. STAHL.

En Holanda, las solteras son de fácil acceso y de buen componer; pero casadas, son otras tantas Lucrecias; en Francia, son coquetas antes del matrimonio, y mucho más después.—El caballero DE GRAMONT.

Una joven, en el momento de casarse, preguntaba á una mujer de talento lo que debe hacer una mujer honrada para conservar toda la vida la afección de un hombre. La respuesta fué, tras varias razones, que la complacencia, la igualdad de humor y el aseo son tres cadenas de las que no sale nunca un corazón enamorado.—GRANDISSON.

MCD 2022-L5

Hasta aquí, muchos escritores han creído que el deseo del matrimonio es el anhelo de una joven casta, que, no queriendo, decían ellos, sucumbir bajo el esfuerzo de las pasiones, pone su virtud en los lazos del matrimonio... Viejos chochos, nunca habéis hecho un estudio del carácter de las jóvenes. Decid más bien que una soltera no toma á menudo esposo sino para ocultar cuanto antes la conducta que ha observado antes del matrimonio, y cuyas señales ciertas no tardarán tal vez en presentarse, ó para continuar la misma conducta sin temor de consecuencias...

No son los placeres los que hacen desear el matrimonio á las solteras; no esperan hasta entonces para satisfacerlos. El matrimonio, para las mujeres, no es sino la esperanza de ocultar sus faltas.—AUGUSTO IMBERT.

El matrimonio durará mientras las solteras tengan necesidad de un editor responsable.—JONSKY.

Una joven, bella y encantadora, va á casarse dentro de ocho días con un viejo decrépito, caprichoso, sucio y achacoso. Todos los amigos de la familia de la novia acuden para felicitarla, y sus amigas la envidian y la odian á porfía.—Es que el viejo es rico y tiene un título.—Nadie, excepto yo, piensa compadecerla al verla condenada á aquella innoble prostitución.—Y yo mismo dejo de compadecerla cuando la veo, porque está satisfecha y orgullosa. Nadie tampoco piensa en despreciarla; el desprecio está reservado para aquellas á quienes el hambre obliga á venderse por cinco francos.—Yo, después de haber visto aquel espectáculo, amo menos á las mujeres durante ocho días:—un solo hecho de esa naturaleza deshonra

á todas las mujeres, al demostrar que es posible.—A. KARR.

No es difícil observar que el apresuramiento hacia los dulces lazos del himeneo, estilo antiguo, va disminuyendo mucho por parte de los hombres, y que, si no las contuvieran la corrección y el orgullo, serían ahora las mujeres las que demostrasen con sus gestos que carecen de maridos, como los romanos del baile de las *Sabinas* hacían saber al público que carecían de mujeres.

Se dice todavía á las solteras, menos que á las casadas, sin embargo, porque éstas no pueden atrapar á sus admiradores; se dice todavía á las solteras que una de sus miradas vale todas las minas de Australia, que uno está dispuesto á hacerse matar por una sonrisa, que besar el borde de su vestido es un sueño cuya realización apenas puede concebir el pensamiento, que el oro no es nada al lado de sus cabellos rubios, que las perlas son menos que nada al lado de sus dientes, que sus ojos azules tienen más encantos y, sobre todo, más valor que las más bellas turquesas, etc.

Pero si, por ejemplo, respondiese la joven: «Pues bien, tome estos cabellos de oro, estos dientes de perla, estos ojos de turquesa, esta sonrisa á perpetuidad, etcétera, tómelo para usted solo, tómelo para siempre», se le diría: «Un momento, señorita. ¿Cuánto dinero me dará su papá para que consienta yo en tomar posesión de tantos encantos y de una felicidad tan grande?» Y, desgraciadamente, la avaricia masculina, tan vergonzosa y tan justamente vilipendiada por los poetas en otros tiempos, ha llegado á ser hoy perfectamente razonable.

En efecto, supongamos que la joven replica y dice:

«¿Pero habla usted ahora de dinero?; ¿no hablaba usted hace un momento de mis cabellos de oro, de mis ojos de turquesa, de mis dientes de perla, tesoros todos de los que el menor decía usted que era más codiciable que las minas de Australia?—Volveré á decirlo de buen grado, señorita, si se decide usted á no llevar jamás otras galas, otro oro, otras perlas, otras turquesas, que sus cabellos, sus dientes y sus ojos. Consentiré á ponerlos en la cifra de la dote si no quiere usted pasear en ricos carruajes esos preciosos dones de la naturaleza.»

El mundo y el matrimonio se parecerán pronto á un baile en el que hay bastantes caballeros.—A. KARR.

Una muchacha casadera, es una mercancía que no se coloca al por mayor sino á condición de no dejar tomar nada de ella al menudeo.—A. KARR.

¡Cuántas muchachas no sueñan sino con el matrimonio!; hablan de la existencia llena de delicias que esperan gozar cuando se casen; olvidan demasiado que, si el himeneo tiene sus encantos y sus dulzuras, también tiene sus cardos muy espinosos; los poetas atrabiliarios llegan hasta decir que el himeneo es un verdadero yugo; por el contrario, la imaginación riente de ciertas jóvenes hace del matrimonio un Elíseo en el que reina una primavera eterna; ¡pobres criaturas!, hay que repetir que el matrimonio es bueno ó malo, según que se lleve bien ó mal.—NAPOLEÓN LANDAIS.

Las jóvenes no se casan, las casan; no consienten. La ley, sí, exige su adhesión, los padres se la piden, y el alcalde las vuelve á preguntar: «¿Consienten uste-

des?», y ellas responden: «Sí»; pero este sí, aun cuando es voluntario, y que no lo arranca ninguna influencia ni obsesión de familia, ese sí sale de sus labios más que del fondo de su alma... Son demasiado jóvenes. Para la ley, que no considera sino el cuerpo, la joven de diez y seis años es una mujer, porque puede ser madre; pero, para el moralista, no es más que una niña. La misma medicina nos enseña que, á esa edad, su ser material es imperfecto todavía, que en un gran número de jóvenes todos los órganos de la reproducción están preparados y concluídos mucho tiempo antes de que la naturaleza deje caer en ellos esa chispa de vida que hace del deber un placer, y de la unión el amor; si tal es la ley de su cuerpo, ¿qué sucede en cuanto á su alma y á su inteligencia? ¿Con qué se desposa la joven de diez y seis años?, ¿con su marido? De ninguna manera, porque, gracias á nuestras costumbres, no le conoce, y, por virtud de su edad, no puede conocerle. Se casa con una cara, si su prometido es guapo; con una fortuna, si es rico; con un traje, si es elegante; pero con él, con su ser moral, con su alma, con el trabajador ó pensador, lo niego, porque ella es necesariamente extraña á lo que constituye el fondo del corazón y de la vida de aquel hombre, á los trabajos que llenan el uno, á las ideas que llenan la otra; se casa, como diría un geómetra, con una gran incógnita.—ERNESTO LEGOUVÉ.

... *Caso á mi hija,* tal es la frase de casi todos los padres, y la frase dice la cosa. Alegando siempre la juventud de las novias, como si esa juventud no fuera el primer abuso que se hubiera de reformar, sustituyen harto á menudo sus gustos y los intereses de su vanidad al interés de sus hijas. Una muchacha noble

no puede casarse sino con un título, una rica sino con un millón. Todas las clases se concentran egoistamente en sí mismas, no permiten que la simpatía se extienda más allá de su estrecho círculo, y en ese mismo círculo exigen la elección que mejor satisfaga á sus mezquinas pasiones.

Una joven lloraba en el regazo de su madre por la fealdad de su prometido: «Convengo en ello, replicó la madre, tienes razón; ¡pero está todo tan bien en esa boda, excepto él!...» Y aquella madre persistió, y la hija se casó, y se juró que había consentido en ello porque dijo que sí. Una máxima insensata le sirve de excusa: «Un hombre, se dice, siempre es bastante guapo.» Para los extraños, pase; mas para su mujer, no.

Una madre prudente rompió el matrimonio de su hija por un motivo que parecerá bien frívolo á algunas personas graves, y que á mí, lo confieso, me parece decisivo. La hija parecía triste y preocupada. «¿Qué tienes?—No sé.—¿Has descubierto algún defecto en tu novio?—No.—¿Te desagrada su carácter? —No.—¿Qué tienes, pues?—Pues bien, el día del contrato, cuando se acercó á mí para besarme, experimenté...—¿Repugnancia?—Sí...—¡No te casarás!...» exclamó la madre. E hizo bien. La solicitud de un ser que desagrada pueden trocar, para la mujer, el matrimonio en una verdadera tortura; cada vez que ve que aquel rostro se aproxima al suyo, todo su cuerpo se estremece de repulsión. Las mujeres, más delicadas de sensación que nosotros, se indignan entonces del privilegio del marido como de una profanación de la ternura. Lo que para el hombre no sería más que un momento pasajero de disgusto, les inspira á ellas un sentimiento de horror, horror mezclado de no se

qué desprecio hacia sí mismas, que exaspera su alma hasta el odio, y exalta á veces su odio hasta el crimen.

¡Desgraciados, pues, los padres que usan de su irresistible ascendiente moral para imponer á su hija un marido que le desagrada!, sobre ellos recae la responsabilidad de sus faltas. En esta cuestión fundamental del desagrado ó de la simpatía, la joven es juez supremo, tribunal sin apelación. Se ve entre un joven y una muchacha mil conveniencias exteriores de fortuna, de edad, de educación, y se preguntan con sorpresa por qué no le ama ella; pues porque no le ama; porque falta entre ellos esa afinidad que no cae bajo los sentidos, que se ejerce de alma á alma, y constituye precisamente el bien de los seres; por el contrario, otro menos guapo, menos joven tal vez, tiene en su favor la ventaja invisible, y se lleva á aquel corazón á la primera mirada. Una mujer amaba á un hombre pequeño y contrahecho; una de sus amigas le demostraba su asombro: «¿Te ha dicho alguna vez que te amase?, respondió ella.—No.—Pues entonces, no puedes juzgarme.» La frase es profunda. Hay, en efecto, tal hombre que no es conocido sino de la mujer á quien ama, ó más bien, no es completamente él mismo sino al lado de ella, y el atractivo que los une es tanto más poderoso, cuanto que, oculto á todas las miradas y salido de las más profundas fuentes del corazón, no existe más que para los dos seres que lo experimentan; ella ve en él su obra, él adora en ella á su creadora.—ERNESTO LEGOUVÉ.

Educamos á nuestras hijas en la vanidad y en la inocencia; después se las damos á un marido, que destruye su inocencia y cultiva su vanidad. Esa joven,

sin experiencia, casi sin ideas, que entregáis á un hombre, al que conoce apenas, si es bonita, pasa en unas horas de la sumisión á la soberanía, de la calma del alma al delirio de los sentidos. Si su marido se embriaga con sus caricias, es enamorado, es celoso, es esclavo. No es una compañera, es un ídolo, es una amante, una querida á la que se cubre de encajes, á la que se adora, á la que se paga y de la que uno se llena. La joven sonríe de su triunfo y se habitúa á aquellas emociones fuertes... Pero ¡ay!, pronto va á perderlas. A los suspiros del amor sucederán, no tardando, los gritos de la desesperación; la pasión del marido se ha gastado, las ilusiones de la mujer se han desvanecido. Aquella mujer, de la que hizo una querida; aquella mujer, de la que no vió sino la belleza; aquella mujer, á la que mancilló, depravó, idolatró, cuyos caprichos adoraba, cuyas pasiones irritaba; aquella mujer, á la que embriagaba de adulaciones y de voluptuosidad, ya no le agrada, ya no le seduce. Ayer, todavía la llenaba de brillantes; hoy se queja de su desorden, habla de economía; ya no es para él sino un ama de gobierno, un ser bueno para recibir las órdenes del señor y figurar entre los criados.

¡Ah! ¡Descender del trono; ser tratada como una mujer, á la que se desprecia, después de haber sido tratada como una amante, á la que se idolatra!

¡Triste día que, más pronto ó más tarde, amanece en todos los hogares, sin ser nunca previsto! Entonces llegan el odio, la acritud, la venganza, el desprecio, el adulterio. El adulterio, que arrastra en pos el escándalo y el deshonor; se separa de su marido, le engaña; el corazón tiene necesidad de amor, la juventud quiere recobrar sus sensaciones perdidas. Se busca la mitad del ser propio, con que se ha soñado, y la

MCD 2022-L5

depravación, comenzada por el marido, concluye en brazos de un amante.—L. AIMÉ MARTÍN.

... Quien entrega su hija á un hombre, al que odia, es responsable ante el cielo de las faltas que ella cometa.—MOLIÉRE.

Una joven consiente en casarse para conformarse con la moda, para llegar á la independencia y á una posición.—NAPOLEÓN.

Una joven, que no carecía de talento, se negó á casarse con un hombre que le gustaba mucho, porque era algo bajo; con otro, porque era demasiado alto; con un tercero, que parecía haber interesado su corazón, porque su doncella pensaba que podría ponerse gordo; con un cuarto, porque ni siquiera sabía tocar una contradanza en el piano; con un quinto, porque no fumaba, y se casó al fin con un jorobado, cuyo sólo mérito, á sus ojos, consistía en haberla ayudado á descubrir en sus otros pretendientes los defectos que acabamos de enumerar.—P. J. STAHL.

¿Cuál es más estimable, la que se vende ante la ley á un viejo inmundo, ó la rica que se entrega á un amante pobre?

¡Cuántos matrimonios son una violación periódica!—ESTEBAN DE NEUFVILLE.

Cansada del yugo de los colegios, y sin más aspiraciones que ser libre, la señorita coqueta ve en el matrimonio la emancipación y en su esposo una *licencia de caza*.—PETIT-SENN.

Un escritor alemán, Juan Pablo Federico Richter, que ha hecho un estudio especial del carácter y del destino de las mujeres, traza el siguiente cuadro de la joven entregada al hombre por el matrimonio. El autor acompaña en su camino á una novia que va á ver á la familia de su futuro marido:

«Partimos, y me senté á su lado. Detrás de nosotros se elevaban las verdes montañas de los hijos de Israel, y ante nosotros aparecía la muy amada tierra de Beyrout y sus dos llanuras. El sol y yo mirábamos á la joven; proyectábamos sobre ella rayos del mismo calor. Aquel rostro joven me producía emociones tristes: ¿por qué?

»Porque reflexionaba en la lotería matrimonial, en que las jóvenes eligen un amo en una época en la que su corazón tiene más sentimientos que luces su inteligencia. En la vida de su alma arde una llama sin objeto, como en el templo de las vestales ardía la llama del sacrificio sin imagen de divinidad. Pensaba que, como sus hermanas, sería estrujada, marchitada por la dura mano de los hombres, como esos débiles granitos que se aprietan rudamente entre los dedos. Pensaba en los pocos días hermosos y floridos que encontraría en aquella primavera de su vida femenina. La comparaba á ella, y á la mayor parte de las desposadas, con esos niños que Garofolo gusta de poner en sus cuadros. Están dormidos; sobre sus cabezas un ángel suspende una corona de espinas. La corona de espinas es el matrimonio: en cuanto ellas despiertan, el ángel deja caer la corona, y su frente se desgarra. Yo tenía todos estos pensamientos, y no eran ellos los que me enternecían. Cada vez que mis miradas se fijaban en aquel rostro blanco y rosado, tan dulce, tan gracioso, tan amable, sentía tentaciones de gritar:

¡Oh!, no estás tan alegre, desgraciada víctima. Ese corazón tierno que tu seno encierra tiene necesidad (y tú lo ignoras todavía) de goces delicados y puros; le hacen más falta que sangre, y esa encantadora cabeza reclama sueños más graciosos y más felices que los que nacen sobre la almohada doméstica.

»Tú ignoras, amable joven, que la flor de tu juventud perfumada va á convertirse en un grosero cáliz al que irá el hombre á apagar su sed. Pronto no le pedirá ni un alma sensible, ni un cerebro fuerte y lúcido; no estimará en ti sino el trabajo de tus dedos, el sudor de tu frente, la actividad de tus pasos, y si tu lengua, paralizada, le deja en paz, bendecirá su suerte. Esa bóveda inmensa y eterna, esa elocuente arcada del empíreo, ese universo sublime se reducirán á tus ojos, y no serán más que una pobre casa, un lugar económico. No encontrarás en él sino cuerdas para tender la ropa, trozos de tocino, ruecas, y á veces, en los días buenos, una sala de visita. Para ti el sol no será más que una enorme bala suspendida sobre tu cabeza, á manera de caldera, para calentar el mundo. La luna se transformará en uno de esos globos de cristal de que se sirve el zapatero por las noches, y que las nubes sostienen como su candelero. El soberbio Rhin no le ofrecerá como imagen pintoresca sino algunos lugares adecuados para que laves la ropa. ¡Dios mío! ¡El Rhin transformado en una artesa! ¡Ah!, el mismo Océano no se presentará á tu pensamiento sino como un depósito de arenques. Entre la inmensa multitud de escritos germánicos, te atendrás á una sola obra: el *Almanaque para el presente año*, y, gracias á la posición que ocupas en la escala de los seres, el periódico apenas te suministrará un solo objeto de curiosidad, excepto tal vez la lista de los extranjeros

que han ido á hospedarse, con el pasaporte en mano, en la próxima fonda. En fin, si piensas alguna vez en el genio universal que rige el mundo, te lo representarás, sin duda, como un poco más sabio que tu señor marido, y he aquí todo. Así lo quiere tu estado de mujer, como decían los filósofos cosmológicos.

»¡Para algo mejor habías nacido! Pero ¿cómo podrás obtenerlo? Tu pobre esposo no está en condiciones de proporcionarte otra suerte, y la sociedad no le permite tratarle de otra manera. La muerte vendrá á sorprenderte cuando los años hayan destruido, hoja á hoja, tu sensibilidad, y los gérmenes que la naturaleza había puesto en ti no se habrán abierto cuando al fin hayas sido transportada bajo otro cielo más favorable.

»¿Os asombráis de mi tristeza? ¿No veo todos los días cómo se sacrifica á las almas, desde que van á habitar á un cuerpo femenino?»—JUAN PABLO RICHTER.

Si las solteras supieran exactamente lo que sucede en el matrimonio; si pudiesen, libres de toda ilusión, calcular fríamente las probabilidades, poner en una balanza las ventajas y los inconvenientes, los desengaños y las sorpresas que en él se encuentran, ¿se vería casar á muchas señoritas?—HORACIO RAISSON.

Que una joven, al casarse con el hombre de su elección, se precie de ser siempre amada, es muy natural; la afección más tierna y más sincera debe ser la justa reciprocidad de su cariño. Pero que pretenda ser constantemente amada con amor, con ese amor que se expresa en términos ardientes antes del matrimonio, es imposible; esto es lo que la madre debería decir oportunamente á su hija; puesto que la educa

BIBLIOTECA PÚBLICA - TARAPACÁ

para ser esposa, debería enseñarte á juzgar sanamente el porvenir conyugal.—HORACIO RAISSON.

Todas las jóvenes se persuaden de que un esposo está constantemente enamorado de su mujer; si un ejemplo llega á probar la falsedad de su sistema, lo achacan, no á la marcha natural del amor, sino más bien á las imperfecciones de la mujer ó á la inconstancia del marido.—HORACIO RAISSON.

Las jóvenes creen que los hombres casados acarician sin cesar á sus mujeres; y los frailes se imaginan que los guerreros tienen siempre la espada en la mano. Sin embargo, á menudo se hacen diez campañas sin sacar la espada.—TURENNE.

Para el noventa y nueve por ciento de las jóvenes, las palabras «una buena boda» significan cien mil libras de renta con no importa quién.—P. J. STAHL.

MCD 2022-L5

CAPITULO V

EL MATRIMONIO Y LA MUJER

Un gracioso ha dicho, hablando del matrimonio, «que era el apagador del espíritu para los hombres, y el fósforo para las mujeres».—BEAUCHENE.

Entre su marido y su amante, una mujer es como una planta á la que se riega con hielo, mientras que un rayo de sol trata de vivificarla. El rostro sombrío, celoso, ó si se quiere tranquilo y descuidado de un esposo tienen un incomparable poder de comprensión. Se está mal á gusto para amar bajo el fuego de una mirada que parece blandir en cada rayo el puñal de Malatesta, y cuya calma tiene algo más terrible todavía; porque todo celoso parece tirano, y la tiranía lleva á la rebelión; pero un marido confiado tiene el aspecto de una víctima estrangulada en su sueño, é inspira, por su misma tranquilidad, punzantes remordimientos.—C. DE BERNARD.

Si, estando casadas, tratan las mujeres de agradar á todos, es quizá porque, siendo solteras, no les está permitido amar ni á uno solo.—BERNARDINO DE SAINT PIERRE.

La ley común, para la mujer es, sin duda, la del

matrimonio. Semejante á esas plantas flexibles que no alcanzan todo su crecimiento sino con ayuda de un sostén, la mujer necesita, para marchar con seguridad por la vida, apoyarse en un brazo más fuerte que la proteja y la sostenga. Nacida para los apacibles trabajos de la vida interior y del hogar doméstico, aspira desde joven á la soberanía de ese dominio, que es el suyo y que presta un fin más preciso á su vida. En general, sus miras no van más allá, y sus deseos, según las palabras de la Escritura, «se refieren á su marido» y á su casa. Un instinto cierto la advierte que tiene poco que ganar, y que perderlo todo al salir de ese interior para el que se siente hecha; así es que tiene empeño de establecerse en él de una manera cierta y duradera. Allí es donde adquiere y desarrolla más fácilmente que en cualquiera otra parte las cualidades particulares de su sexo.—EUG. BUISSON.

El matrimonio es una de las principales bases del orden social; y la principal base del matrimonio es la completa sumisión de la esposa al esposo.

Los que predican la igualdad de sexos predican, por lo tanto, la abolición del orden social y la supresión del matrimonio, puesto que éste no puede subsistir sino á condición de que la mujer esté sometida al hombre.—D. CARON.

Un marido debe siempre desconfiar de una mujer solícita en cierto caso. Lo sabemos todos, y sin embargo, tontos de nosotros, nos dejamos coger en el lazo.—D. CARON.

Un viejo decía á una mujer muy respetable:

«Casi todas las mujeres aman más á sus hijos que á

sus maridos; pero ocurre á menudo que aman más á su amante que á sus hijos.

—No quiero tratar de saber si lo que dice usted es cierto, replicó la dama; quiero solamente preguntarle por qué hay maridos.

—Pues, respondió el viejo, porque... para ayudar, proteger á las mujeres..., á lo que me parece...

—¿No será más bien, añadió maliciosamente la respetable dama, porque, no pudiendo hacerse aceptar como amantes, muchos hombres, á la desesperada, se ven obligados á hacerse maridos?

—Eso puede ser verdad en muchos casos; pero...

—¿Por qué se quejan esos maridos? Les han aceptado como maridos y saben que no les hubieran querido como amantes; que se contenten con ser amados como maridos...

—Pero...

—Pero, si quieren ser amados de otra manera, que traten de transformarse en amantes y hacerse aceptar como tales por su propia mujer.»—D. CARON.

Una mujer que se casa sin ningún conocimiento en lo que se refiere á los derechos y á los deberes de esposa y madre, se parece al hombre que tomara el mando de un buque sin conocer ni el mapa ni la brújula.—CATALANI.

Que la recién casada, si gusta del germen de un ardor legítimo, destierre por completo de su corazón todo otro amor. Desde que un casto himeneo te haya dado un marido, todas tus afecciones deben cifrarse en él solo. Es preciso que la vieja comadre que te divertía con su charla y la que te acompañaba antes de tu matrimonio, cesen de frecuentar tu casa. No te in-

MCD 2022-L5

quietes ni por tu madre ni por tu hermana, á fin de que ningún otro amor disminuya el que debes á tu marido. Pero, si no me engaño, hay todavía otros asuntos que deben fijar la atención de la joven que el himeneo acaba de ligarla con sus brazos. El tierno arbusto que antes alzaba sus propias ramas al espacio, no verdea ya sino con un follaje extraño. Su copa ha desaparecido, y los retoños que muestra no son ya los suyos. El árbol soporta un peso que no procede de él. Cesad, jóvenes casadas, de querer conduciros á vuestro antojo. Vuestro marido debe ser la regla cierta de vuestra vida. Dictará leyes que no tendréis repugnancia en cumplir; y, si sois cuerdas, pondréis toda vuestra confianza en él. Que vuestro imperio sea la obediencia; obedeciendo, gobernaréis.—J. Cats.

En una sola circunstancia, la mujer se honra tomando la autoridad. Cuando los reveses angustian, abruman á su esposo. El ya no es su apoyo, ella se convierte en el de él; pero, ya despierte en él la esperanza, ya le haga avergonzarse al recibir ejemplo de valor, no debe aspirar más que á devolverle el rango de donde la desgracia le ha hecho descender.—J. Droz.

¡Cuántas mujeres han cambiado de carácter á la muerte de su marido! Unas han demostrado una cordura y un valor que no se les conocía; otras, por el contrario, se han vuelto coquetas y disipadas; pero este último cambio ha sorprendido menos que el primero.—F. Guidé.

Hay una cosa notable en la vida de las mujeres. Un hombre no se aparta nunca, salvo algunas raras ex-

MCD 2022-L5

cepciones, del puesto en que la casualidad le ha hecho nacer; se pueden contar de antemano los escalones que podrá subir ó bajar. Pero una mujer que ha perdido la partida en el juego de azar del nacimiento, tiene todavía por jugar un gran golpe, el del matrimonio. No hay remendona que no pueda al día siguiente despertar de duquesa. Basta pasar un día por tal calle, ser encontrada por tal hombre; se puede desde el último peldaño encontrarse en el primero, sin pasar, como los hombres, por los tramos intermedios.—A. KARR.

Sobieski, rey de Polonia, estaba perdidamente enamorado de la bella condesa Zamoyski, joven francesa llevada á Polonia, como dama de la corte, por la última reina de los polacos, princesa de Nevers. Se llamaba María Casimira de Arquien.

«Sobieski, menos rey que amante, olvidó por ella la política que le aconsejaba buscar una alianza con las grandes casas de su patria; hasta olvidó la decencia que prohibe á una viuda de ocho días pasar del duelo á las bodas; su impaciencia de felicidad la hizo casarse con él antes de que la semana hubiera secado las lágrimas que debía á un primer esposo. Pronto á entrar en campaña contra enemigos numerosos y encarnizados, no quería morirse sin haber poseído á la esposa que prefería á un imperio. No tardaremos en ver á esa mujer, convertida en reina, hacer las delicias y el suplicio del que le había dado un trono con su corazón (1).»

Conocida es la ingratitud de la nación polaca hacia aquel que, por su genio y bravura, la había elevado

---

(1) Lamartine, *Historia de Turquía*, libro XXVIII, pág. 383.

al pináculo de la gloria y del poder; pero lo que se conoce menos es la ingratitud de aquella María Casimira, á la que tanto amó Sobieski. Salvandy refiere de este modo las intrigas y la ingratitud de aquella mujer: «María Casimira fué el azote del héroe que la había coronado. La presentaremos llenando el palacio, como la república, con sus complots y sus intrigas; poniendo mano en todos los asuntos de Estado ó de familia, y poniéndola para llevar á todas partes la discordia y la corrupción; perturbando con su inconsistencia, con su movilidad, con su inquietud de imaginación y de espíritu, el interior del rey, cuando no era por su ambición y su avaricia; mas arrebata en sus caprichos sin número á medida que los años, que parecían respetarla, le hacían temer la proximidad del ocaso, celosa de la confianza de su esposo, como otra lo hubiera estado de su ternura; disputando á su vejez dignos y dulces afectos, después de no haberse negado en su juventud á las fantasías de sus oscuros amores; desterrando del palacio á su propia hermana, la gran cancillera Wielopolski, á su cuñada la princesa Sobieska-Radziwill, al sabio Zaluski, á todos los espíritus capaces de hacer grata la vida del rey, y entregando el poder, que conservaba á sí, á dos doncellas, la Letreu y la Federba, enemigas encarnizadas, que reinaban sobre ella, como ella sobre el rey, y que llenaban, á ejemplo suyo, la ciudad y la corte de enredos, de discordias, de furores, de venalidad. Un rasgo hará juzgar de la esclavitud en que el amor de la paz doméstica, el primero de los bienes á los ojos de Juan, había hecho caer al infortunado monarca. Había prometido los sellos á Zaluski. Muerto Wielopolski, se los presentó; porque era más esclavo aún de su palabra que de la voluntad de María Casimira.

MCD 2022-L5

«Pero, amigo mío, le dijo, si los aceptáis, todo se ha concluido para mí. Me veré obligado á huir de mi casa. No sé adónde podría ir á morir en paz.»

Después de la muerte de Sobieski, su viuda se unió con la facción de los nobles para combatir la elevación al trono de sus hijos, ofreciendo su mano á los ambiciosos de la nobleza contra sus propios hijos. El trono se escapó á la vez de la viuda y de los cuatro hijos.

En la clase llamada burguesía, los maridos trabajan y las mujeres no tienen otra ocupación que vestirse, desnudarse y charlar. Son de una condición superior á la de sus maridos, que son unos ilotas obligados á trabajar y á cosas peores para sostenerlas en un lujo que va en aumento de tal manera, que abandonan las profesiones correctas, que no pueden ya mantener á las familias, y se lanzan á un juego desenfrenado, disfrazado bajo el nombre de negocios.

Las mujeres ocupan el lugar, cómodo tal vez, pero poco honroso, de animales bonitos á los que se sostiene para el placer de los ojos, como titís, bengalíes, ó perritos falderos, ó lo que es peor todavía, como entretenidas.—A. KARR.

La condición de las mujeres ha sido mejorada por el matrimonio; por el matrimonio lo será aún. Por la perfección del matrimonio, por la igualdad en el amor, se realizará verdaderamente la emancipación de las mujeres.—PEDRO LEROUX.

Nuestra ley civil es, respecto á la mujer, un modelo de absurdas contradicciones. Según la ley romana, la mujer vivía perpetuamente en tutela; por lo me-

MCD 2022-L5

nos, en aquella legislación todo estaba perfectamente de acuerdo; la mujer era siempre menor. Nosotros la declaramos, en una porción de casos, tan libre como el hombre. Para ella, nada ya de tutela general ó de ficción de tutela; su mayoría de edad está fijada: es apta para heredar; hereda por partes iguales; posee y dispone de su propiedad; hay más: en la comunidad de esposos, admitimos la separación de bienes. Pero se trata del lazo del matrimonio, en donde ya no están en juego las riquezas, pero en donde se trata de nosotros y de nuestras madres, de nosotros y de nuestros hermanos, de nosotros y de nuestros hijos; ¡oh!, entonces somos intratables en nuestras leyes, ya no admitimos la igualdad, queremos que la mujer se declare nuestra inferior, nuestra servidora, que nos jure obediencia. Verdaderamente apreciamos más el dinero que el amor; tenemos mayores consideraciones con un saco de escudos que con la dignidad humana; porque emancipamos á las mujeres como propietarias, pero, como mujeres nuestras, nuestra ley las declara inferior á nosotros.—Se trata, sin embargo, del lazo en que la igualdad de la mujer con el hombre es más evidente, del lazo en que brota, por decirlo así, esa igualdad en el que es tan necesario proclamarla, que sin ella no existe el lazo. Pero, por una absurda contradicción, nuestra ley civil elige ese momento para proclamar la inferioridad de la mujer; la condena á la obediencia, le hace prestar un juramento falso, y abusa del amor para hacer que ultraje al amor.—P. LEROUX.

No hay civilización posible sino con el matrimonio, porque solamente en el matrimonio están llamadas las mujeres á ejercer su poder intelectual y moral.

MCD 2022-L5

Poder de la mujer sobre el marido, poder de la madre sobre el hijo: la sociedad europea ha salido del matrimonio por completo.—L. AIMÉ MARTÍN.

Martín Franc, poeta del siglo XV, dice que los hombres son brutales, disolutos y caprichosos, y que las mujeres que tienen la desgracia de casarse, son generalmente víctimas de ellos:

La mujer por el hombre sufre
mil clases de muerte en el matrimonio,
Y cuando la mujer se casa debe decir:
Ahora soy doliente y sierva,
¡Ayúdame, Santa María!

Una señorita de buena fe decía á su novio momentos antes de ir á la iglesia:

«Voy á casarme con usted, nuestros padres lo quieren; están de acuerdo sobre nuestras fortunas; no han consultado mi gusto, hago el sacrificio de él; pero déjeme, ya tendré tiempo de vengarme, y será en usted que no ha tenido suficiente delicadeza para arrancarme este secreto.»

Muy pocas de las muchachas que se casan tiene el atrevimiento de ser tan sinceras, pero muchas piensan lo mismo y obran en consecuencia.—DE MOISSY.

El matrimonio, Inés, no es cosa de juego:
A austeros deberes la categoría de casada obliga;
Y no vas á él, á lo que pienso,
Para ser libertina y divertirte,
Tu sexo te obliga á la dependencia:
De parte de la barba está todo el poder.
Aunque sean dos mitades de la sociedad,

MCD 2022-L5

Tales mitades no son, sin embargo, iguales.
La una es mitad suprema y la otra subalterna;
La una está sometida en todo á la otra que gobierna;
Así como el soldado en su deber
muestra obediencia al jefe que le guía;
El criado á su amo, un hijo á su padre,
A su hermano mayor el menor;
Y todavía es mayor la docilidad,
Y la obediencia, y la humildad,
Y el profundo respeto que la mujer ha de tener
A su marido, su jefe, señor y amo;
Cuando él la dirija una mirada seria,
El deber de ella es bajar al punto los ojos
Y no atreverse nunca á mirarle á la cara,
Sino cuando con dulce mirada quiera perdonarla.

MOLIÉRE.

La mayor virtud que requiero de una mujer casada, es la virtud de la economía. Es la cualidad principal y se debe buscar ante todo, puesto que de ella depende la ruina ó la salvación de nuestras casas. Veo con pena en muchos hogares que cuando el marido vuelve á medio día, cansado del fárrago de los negocios, la señora está todavía ocupada en peinarse y arreglar su gabinete. Es ocupación de reinas, y aún no lo sé.—MONTAIGNE.

Una mujer puede rendirse á tal personaje, con el que, en modo alguno, se hubiera querido casar: no digo por las condiciones de la fortuna, sino por las propias personales. Pocos se han casado con amigas que no se hayan arrepentido.—MONTAIGNE.

En Francia, una mujer de buena presencia aniqui-

MCD 2022-L5

la, por decirlo así, á su marido: no se habla de él. Rara vez frecuenta sus habitaciones; y, si por una gran casualidad se le viera salir de ellas, le tomarían lo más á menudo por un acreedor, y no por el amo de la casa.—MONTESQUIEU.

Una esposa coqueta reserva á su marido todo un porvenir de desgracias.—OTWAY.

La mujer que se presenta con buenas costumbres está bastante ricamente dotada.—PLAUTO.

La preeminencia del hombre está indicada por la constitución de su ser, que no le somete á tantas necesidades, y que le garantiza más independencia para usar del tiempo y para ejercitar sus facultades... La obediencia de la mujer es un homenaje tributado al poder que la proteje, y es una consecuencia necesaria de la sociedad conyugal, que no podría subsistir si uno de los esposos no estuviera subordinado al otro.—PORTALIS.

Las mujeres son, á menudo, víctimas inocentes, que leyes de interés y falsas máximas inmolan cobardemente á maridos engañadores; ya no se informa nadie del carácter y de las costumbres.—REGNARD.

CAPITULO VI

EL MATRIMONIO Y LOS HOMBRES

Cuando haya en el mundo pocas naciones bárbaras, y que casi todas sean cultas, los hombres lo pensarán dos veces antes de casarse, y no querrán tener hijos, á menos que no prevean que tendrán con qué atender á su subsistencia.—BACON.

Una mujer, hijos, otros tantos rehenes que un hombre entrega á la suerte. Un padre de familia no puede ser malo ni virtuoso impunemente. El que vive en el celibato se hace fácilmente filósofo é indiferente sobre el porvenir, que no debe interesarle; pero un padre que debe sobrevivir en su raza, está ligado á ese porvenir por lazos eternos.—BACON.

Cuarenta años, única época de la vida en que los hombres que se destinan al matrimonio pueden todavía casarse con mujeres jóvenes.—BALZAC.

Uno es afecto á su mujer por amor á lo cómodo, como á un buen utensilio de cocina; por hábito, como á una antigua butaca, que se encuentra siempre al volver á casa; por economía, no hay criado que cueste dos veces más y sirva dos veces menos; por amor propio, como á una mala elección, de la que no se dirá

que está uno arrepentido; por necesidad de reposo, ¡una separación produce escándalo, exige tantas gestiones!...; por interés, habría que devolver la dote, y además, ella sirve de empleado; por respetos, humanos, ¡qué dirán los vecinos, los amigos, los parientes, sobre todo!; por imitación, cada cual tiene la suya y la conserva, hagamos como todo el mundo; por corrección, está bien en un hombre; por instintivo cariño á los pequeños que se tienen de ella; por fortaleza de carácter, como un alma grande sabe soportar, sin quejarse, una catástrofe; por dignidad viril, hay que respetar al hombre; por fuerza legal, no hay motivo que alegar, ni hecho que ofrecer; por religión, la Iglesia prohibe el divorcio; por filosofía, se parecen todas; por penitencia, por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa; por vanagloria: «¡Qué hermosa mujer!», dicen todos; por espíritu de conducta: «¡Bah, bah!, cuando uno sabe arreglárselas, una cosa no impide la otra!»; por prudencia, hay que andar con tiento; por infamia, «perdería mi puesto»; por conciencia, «después de todo, la pobre mujer, no es suya la culpa, si he llegado á casarme»; por rencor, en fin: «He caído en el lazo, ¡silencio!, que caigan otros.» Hecho este total de las variantes del lazo conyugal, encontradme ahora, apóstoles sospechosos del culto de la familia, el hogar que busco desde hará pronto veinte años, á fin de que me apresure á añadir: después de algunos meses de matrimonio, se conserva también á la mujer propia por amor.—ALFREDO BOUGEART.

En los brazos de la mujer amada debe encontrar, diariamente, el hombre inteligente, la fuerza para triunfar en el rudo combate de la vida. Tú debes ser

su reposo, su asilo, su refugio, su consuelo, su paz. El debe dejarle mejor y más próximo del bien. Si es un artista, sé su musa; si es un comerciante, eres su probidad; si es un soldado, un hombre político, tú eres su valor y su razón. A ti incumbe el enviarle al combate ó á la prisión, por su país ó por su fe, si su honor se lo pide. Herido, tú le has de curar; vencedor, le has de glorificar; vencido, tú debes levantarle de su derrota; desconocido, tú has de hacer que acepte la ingratitud de sus conciudadanos. Muerto, eres su viuda; á ti te corresponde llorar y hacer que sus hijos sean lo que él fué.

Lo que es de temer para el hombre en el matrimonio es el casarse con una mujer que se vuelva loca, no loca abiertamente, de manera que sea encerrada en un manicomio, sino loca á medias, á ratos, tres ó cuatro días, diez ó quince días al mes. El hombre, cuya suerte está ligada á una criatura semejante, pasa el purgatorio en la tierra. Hay que temerlo todo y no esperar nada de esas especies de mujeres, que abundan mucho en la sociedad.—BUENAROWITCH.

Un marido debe estar agradecido á su mujer por todo el mal que deja de hacerle.—D. CARON.

Cuanto más ama una mujer á su marido, tanto más le corrige sus defectos; cuanto más ama un marido á su mujer, tanto más aumenta sus yerros.—CHARLER.

Un marido no conoce bastante á su mujer para atreverse á hablar de ella, y una mujer conoce demasiado á su marido para poderse callar.—Cierto es que hay también muchas mujeres que son harto conocidas

MCD 2022-L5

para que sus maridos puedan permitirse el hablar de ellas, como no sea para censurarlas ó compadecerlas. —CHARLER.

La mujer que tiene más talento que su marido, debería simular el igualarlo; pero, lejos de obrar así, la mayor parte de las mujeres tienen un don particular para hacer de un medio imbécil un imbécil completo. Para los conocidos de una mujer, un marido no es lo que es, sino lo que su mujer le dice ser.—CHARLER.

La situación del hombre en el matrimonio es semejante á la de una luz expuesta á todos los vientos.—DELAFOSSE.

En vano es que uno se fortifique con el grave recurso de la filosofía contra un sexo encantador, al que se quisiera desafiar; en el seno de la sabiduría sabe cautivarnos. Yo he hecho, á mi pesar, la prueba desgraciada; pero mi mujer, después de todo, es discreta y virtuosa. ¿Por qué reclamo contra el himeneo? Mi mujer es en extremo amable... sí, pero es mi mujer. —DESTOUCHES.

¡Desgraciado, tres veces desdichado el segundo que se casó!... Al primero que se casó no tengo que decirle nada; ignoraba á lo que se exponía. Pero el segundo pudo saber por el primero la abominable plaga que es una mujer, y á pesar de ello, se casó. ¡Oh!, el tal no tiene excusa, y le maldigo sin misericordia.—EUBULUS.

Es sorprendente que los hombres, que se alaban de aventajar á las mujeres en la razón, exijan de ellas,

á los diez y seis años, esa razón que no adquieren ellos sino á los treinta ó cuarenta, después de habe rodado por la disolución durante su primera juventud. Si no han llegado á la razón sino por el camino de los placeres, ¿deben asombrarse de que una mujer tome el mismo camino para llegar á ella? ¿Por qué, al retirarse del mundo, no toman los hombres una esposa madura como ellos por la experiencia? ¿Por qué quieren encontrar en una jovencilla virtudes más precoces que las suyas que han sido tan tardías? Estos detalles serán conocidos de la mujer; un amante la instruirá, y, según la ley del talión, opinará que debe imitar en su juventud la conducta que el virtuoso esposo siguió en semejante edad.—C. FOURIER.

En el matrimonio es donde verdaderamente forman los hombres una *familia de hermanos*, en la que los bienes son comunes tanto al hijo del vecino como al nuestro.

La extrema tolerancia de los maridos sobre la ofensa más culpable, y la flexibilidad de las leyes para paliar el delito, conciertan perfectamente con los otros conflictos del régimen amoroso. La confusión llega á tal punto, que se ve, de una parte en la iglesia y de otra parte en el teatro, dos morales contradictorias y predicadas simultáneamente á los mismos individuos.

Al lado de un templo en donde se enseña el horror de la galantería, se ve un circo en el que no se instruye al auditorio sino en el ejercicio de las astucias galantes y en los refinamientos del placer. La esposa joven que acaba de oir un sermón sobre el respeto debido á los esposos, irá, una hora después, al teatro á recibir una lección sobre el arte de engañar á un

MCD 2022-L5

marido; ¡y Dios sabe cuál de las dos lecciones fructificará mejor!—C. FOURIER.

En todas las naciones, el hombre fué reconocido por jefe de la sociedad conyugal, y le fué asignada la autoridad sobre la mujer. Su prioridad es obra del Creador; se deriva de su naturaleza. El hombre, siendo más fuerte, más robusto que su compañera, debe ser su protector, su sostén, y prescribirla la subordinación. Sin embargo, la autoridad marital no está fundada, como toda autoridad sobre la tierra, sino en las ventajas que el esposo es capaz de procurar á su compañera. El hombre no debe abusar de su autoridad para oprimir á su mujer, para hacer de ella una esclava; debe amarla, defenderla, hacerla feliz y preservarla de los peligros á los que su debilidad la forzaría á sucumbir.

Plutarco dijo: «Hay maridos bastante injustos para exigir de sus mujeres una felicidad que violan ellos mismos; se parecen á esos generales de ejército que, huyendo cobardemente del enemigo, exigen que sus soldados sostengan sus esfuerzos con valor. Un tirano no está hecho para fijar el corazón de una mujer.»

La razón nos enseña que, en la unión conyugal, el marido pertenece á su mujer, así como la mujer pertenece á su marido; ninguno de los dos puede, sin arriesgar su bienestar, renunciar á los derechos de esa propiedad recíproca.—GIRAUD.

Una mujer no difiere en nada de otra mujer sino en la cara. En el fondo, todas son lo mismo, y, aunque no se ose confesarlo, las incompatibilidades físicas deshacen más matrimonios que las incompatibilidades morales.—P. J. STAHL.

MCD 2022-L5

El poder de los maridos es un poder de protección y de amor; se abusa de él cuando degenera en tiranía. —LABOUISSE.

Un hombre libre y que no tiene mujer, si tiene algún talento, puede elevarse por cima de su fortuna, mezclarse en sociedad é ir al lado de los hombres dignos; esto es menos fácil para el que está ligado; parece que el matrimonio pone á todo el mundo en su puesto.—LA BRUYERE.

No comprendo cómo un marido que se abandona á su humor y á su carácter, que no oculta ninguno de sus defectos, y se muestra, por el contrario, por su lado malo, que es avaro y descuidado, brusco en sus respuestas, inculto, frío y taciturno, puede esperar el defender el corazón de una mujer joven contra el asedio de un galán, que emplea la elegancia y la magnificencia, la amabilidad, las atenciones, los halagos, los dones, la adulación.—LA BRUYERE.

Un marido no tiene nunca un rival que no sea hechura suya, y como un regalo ofrecido á su mujer. Le alaba ante ella por su buena dentadura y por su hermosa cabeza; agradece sus atenciones, recibe sus visitas, y nada le parece mejor que lo que procede de su cosecha y de la despensa de su amigo.—LA BRUYERE.

Hombre que mujer toma se pone en un estado,
Que con justicia se puede llamar el peor de todos.
LA FONTAINE.

Un gran señor de la antigua corte, dirigió la si-

guiente petición de mano á una jovencilla, á la que tenía intención de instituir como heredera: «Señorita, la dijo, ¿quiere usted consentir en ser mi viuda?»—NAPOLEÓN LANDAIS.

El papel de novio, para el hombre, se reduce, generalmente, á algunas visitas oficiales, de las que reniega con justicia (porque son tan ridículas como enojosas) al envío cotidiano de un ramo de flores, encargado de una vez para siempre, y que se apresurará á suprimir desde el día siguiente de su boda; después, las horas que le quedan, las emplea en arreglar su vida y sus armarios, en despedir á su querida, en quemar las cartas indiscretas, y bien seguro de no amar en adelante, se prepara á su papel de esposo. —ERNESTO LEGOUVÉ.

Si, antes de casarse, el hombre pudiera creer, pudiera sospechar...; pero no, el hombre no sospecha nada.—MARGUERY.

Un marido se encuentra constantemente entre Caribdis y Escila. Se muestra generoso, paga cruelmente su sistema. Se atreve á hacerse el recalcitrante, todo el mundo grita: «*¡Tolle!*, que se haga justicia!» y se presentan más jueces que defensores. Igualmente, con su cabeza responde un esposo de los yerros de su mujer, y gracias á nuestras costumbres, singularmente fáciles, la galantería es un delito que no deshonra sino á aquel á cuya costa se comete. Así, el triunfo es para el culpable y la vergüenza para el inocente.—MONTLAURENT.

No distraigáis los fondos
destinados para el matrimonio;

Aun así os costará trabajo, economizando,
Pagar todos los gastos
Que exige obra tan grande.
Para ser siempre felices, sed amantes,
Que, mucho más que el sacramento,
El amor para siempre os une;
Y, para hacer que el placer entre vosotros,
Que sea el amante el que goce
De lo que se debe al esposo.
Para vivir en paz en vuestro hogar,
No tenéis más que un medio único
Y os lo voy á descubrir:
No os empeñéis en ser en vuestra casa los amos;
Sino que si queréis vivir bien,
Contentaos con parecerlo.
Aunque os digan lo que quieran
Que nada os haga dudar,
De que vuestras esposas son virtuosas y discretas,
Porque sin este artículo de fe,
Que se debe siempre creer, y á menudo á pesar de uno,
No hay salud en el matrimonio.

PAVILLÓN.

Cuando hayas dado á una mujer el nombre sagrado de esposa, debes consagrarte á su felicidad, como ella debe consagrarse á la tuya. Pero la obligación que sobre ti pesa es tanto mayor, cuanto que tu mujer es una criatura débil, y la debes, por ser el más fuerte, el buen ejemplo y toda clase de ayuda.—SILVIO PELLICO.

Hay hombres tan torpes, que no pueden montar á caballo si éste permanece en pie, y le enseñan á ponerse de rodillas; de igual suerte se encuentran mari-

dos que, habiéndose casado con mujeres dignas y de buena casa, no estudian el modo de hacerlas mejores; sino que prefieren rebajarlas allí donde, por el contrario, es preciso mantener la dignidad de la mujer como la altura del caballo, y no usar de la brida sino como corresponde. No hagáis esto; la cámara nupcial debe ser una escuela de honor y de saber; adornad, pues, vuestra inteligencia con todos los conocimientos, frecuentando los que pueden seros útiles; recoged de todos lados para vuestras mujeres, como hacen las abejas, llevándolas vosotros mismos y en vosotros mismos cuanto penséis que pueda aprovecharlas; conversad con ellas y llevadlas, solícitos y cariñosos, los mejores libros y las mejores máximas que podáis encontrar; porque sois para ellas como unos padres, y no menos honroso es oir á una mujer que dice á su marido: «Tú eres mi regente y mi maestro en todas las ciencias bellas, que si le dice: *Amado mío*.—PLUTARCO.

Las relaciones más seductoras se establecen fácilmente entre los que no tienen otro designio que agradarse; pero, en el matrimonio, mil razones se oponen á que el esposo se muestre tan afable como los extraños; su situación es casi siempre tan diferente, que los mismos procedimientos le expondrían al ridículo. Parece, pues, natural que una mujer que hace poco uso de su razón, abrigue prevenciones contra su marido. A menos que no sea visiblemente superior á otros hombres, á ella no le parece ni siquiera igual.—DE SENANCOURT.

BIBLIOTECA PÚBLICA

¿Hay un marido, uno sólo, que tema la muerte de su esposa, por virtuosa que sea, y que no cuente sus

MCD 2022-L5

años para saber cuándo podrá verse libre de ella?—SÉNECA.

Sixto V decía que canonizaría gratis á una mujer cuyo marido no se hubiese quejado nunca.—SIXTO QUINTO.

Los jóvenes que tratan de casarse se parecen á los eces que juegan ante la red del pescador. Todos se apresuran y se agolpan para entrar en ella, mientras que los desgraciados que retiene hacen vanos esfuerzos para salir.—SÓCRATES.

El mismo cielo ha unido á los títulos de esposo, de padre de familia, una consideración completamente independiente de la fortuna, de los talentos y hasta de la edad, puesto que en todo país un solterón viejo, aunque sea un hombre de bien, inspira menos interés que un esposo joven.—DE THEIS.

Si, por cualquier circunstancia extraordinaria, crees que debes convidar á un pariente, á un amigo, que sea siempre en tu propia casa y jamás en un lugar público. Además de la economía que encontrarás en ello, como es consiguiente, tu mujer participará de una reunión amistosa; su sola presencia mantendrá en los límites de la moderación al invitado que sintiera tentaciones de traspasarlos. La sociedad de los hombres es, generalmente, perniciosa para los hombres, por la especie de licencia que siempre la acompaña, mientras que se sienten contenidos por un ser modesto que están obligados á respetar.

MCD 2022-L5

Que estos placeres, cualquiera que sea su naturaleza, sean siempre en común. Puedes perderte con los otros hombres; tu mujer puede extraviarse con otras mujeres; un sexo es la salvaguardia del otro, y estaréis siempre seguros cuando estéis juntos.—DE THEIS.

CAPITULO VII

ELECCIÓN DE MUJER

Lo que es preciso buscar ante todo en la joven con quien uno se quiera casar, es la salud y la delicadeza de los sentimientos.—BUENAROWITCH.

No se escoge á la mujer, se la encuentra. La casualidad hace las tres cuartas partes de los matrimonios. Se han escrito libros para guiar á los hombres en la elección de su compañera, y á las mujeres en la elección de marido. El consejo se puede dar; pero ¿y el medio de seguirle?

¿Cuántas jóvenes puede conocer el hombre en busca de mujer, y que es una elección necesariamente tan restringida?—P. J. STAHL.

Dígase lo que quiera, no os caséis con una mujer fea; lo moral tiene siempre un poco de lo físico; y además, la belleza, no es de desdeñar en modo alguno. No se disfruta de ella mucho tiempo, dicen, pero lo poco que se disfrute, siempre es más que nada.—D. CARÓN.

Soy de parecer, que no debe uno casarse con una mujer sino después de haber obtenido su ternura; porque sería dudoso que el amor le hubiese sido inspira-

MCD 2022-L5

do por su marido, y está fuera de duda que un sentimiento tan natural no permanecería extraño siempre á su corazón.—J. Droz.

En la elección de mujer, hay que atenerse más á lo moral que á lo físico; sin embargo, es preciso que una mujer pueda agradar. J. Dupaty.

Consejos de un turco á su hijo

«En el asunto del matrimonio, obra con sabia circunspección; no te apresures, procúrate esclavas. Si te unes con una mujer de buena índole, nada hay mejor; si es lo contrario, ¡qué enojos te vas á crear! ¡Qué duro es verse reducido á una sola mujer! Si es fea ó mala, será difícil soportarla, más difícil aún despedirla. Es una plaga para toda la vida. Nada parecido tienes que temer con las jóvenes esclavas. Date el gusto de renovarlas á tu elección.»

Se ve que este buen padre piensa seriamente en la felicidad de su hijo con arreglo á las leyes musulmanas. Hasta ha hecho estudios especiales de las diversas razas femeninas, y con su larga experiencia se cree en el deber de acudir en ayuda de la ignorancia de su hijo Abul-Khaïr, de la manera más precisa:

«Por bonita y delicada que sea una rusa, no la tomes; la mejor no vale nada. Los hombres y las mujeres de esa nación, son pérfidos. Aunque no se pueda decir lo mismo de las circasianas y de las mujeres de Abasia, no te dediques demasiado á ellas; las últimas carecen de modestia. Las austriacas, las francesas, las húngaras, son perniciosas; ninguna de ellas es musulmán y no posee la felicidad de la verdadera fe.

MCD 2022-L5

Las árabes, aunque son activas para el servicio, casi todas son de mala índole; además, carecen de belleza; déjalas. Si quieres vivir en paz, prefiere las de Georgia á todas las otras mujeres; son, es verdad, lentas y perezosas, pero son fieles á sus amos.»—Citado por HIPÓLITO LUCAS.

Según Juan de Meung, ninguna mujer vale nunca nada: que se la elija pobre ó rica, hermosa ó fea, es igual.—JUAN DE MEUNG.

Lo que hace que por lo general no salgan bien los matrimonios, es el poco cuidado en la elección de la persona con quien se va á unir uno. Frecuentemente no se atiende sino á ciertas cualidades externas de figura, de nacimiento, de bienes, de talento; y se consideran poco las cualidades esenciales que contribuyen mucho más á los bienes sólidos del matrimonio, que son la paz, la unión de una familia, la buena educación de los hijos. Estas cualidades son tener un espíritu recto, razonable, capaz de sociedad, dueño de sus pasiones, no ser de genio raro, arrebatado, caprichoso...; cumplir con los deberes, practicar la religión; ser susceptible de sufrir pacientemente los diversos trabajos del matrimonio: someterse al género de vida á que uno se ha comprometido; gobernar el caudal de la familia, no disiparlo en el lujo, no hacer gastos supérfluos ni ser negligente, y sobre todo, estar en condiciones de educar á los hijos en la virtud.—NICOLÁS.

El duque de Urbino, deseando recompensar los buenos y leales servicios de Carandella, le ofreció una

mujer á elegir en las tierras que le pertenecían. Como á Carandella no le seducía en modo alguno aquella oferta, respondió al duque de Urbino:

«La verdad es que, si se encontrara una mujer tan lozana como mis campos, no la podría dignamente rechazar, porque sería una excepción; todas tienen defectos...

—¿Cómo?—dijo el duque.

—Sí—añadió Carandella—porque si tiene una cosa, le faltará otra... Así es que prefiero abstenerme de buscar á la excepcional.»—J. OLIVIER.

Hay que evitar cinco cosas al casarse: una mujer que tenga hijos de su primer matrimonio, una viuda que hable mal de su marido primero, una demasiado hermosa, una mujer más rica que uno, ó de baja extracción.—DES ORMES, *Prov. de los Orientales.*

Hesíodo quería que se casasen entre vecinos. Dijo: *Toma con preferencia por mujer á la que habita cerca de ti.* El precepto era conveniente en una sociedad en la que, no existiendo el estado civil, no había medio de informarse sobre las familias á las que no se conociera personalmente. Hoy no tiene aplicación en una sociedad tan distante como la nuestra de las costumbres patriarcales. La regla hoy es el cruzar las menos palabras posibles con el que vive cerca de uno.—F. DE GRAMONT.

Nada hay tan difícil como la elección de un buen marido, á no ser tal vez la elección de una buena mujer.—J. J. ROUSSEAU.

MCD 2022-L5

DE LA ELECCIÓN DE MUJER

Un hombre, á menos que no sea monarca, no puede buscar mujer en todos los estados, porque los prejuicios de que carezca los encontrará en los otros. Hay, pues, máximas de prudencia á las que debe atenerse un padre juicioso. No debe querer para su hijo una posición por encima de su rango. Casarse con una mujer de clase superior á la de uno, acarrea graves inconvenientes.

Respecto á que el hombre se una con mujer de clase inferior, es muy diferente. El primer caso es contrario á la razón; el segundo está más conforme con ella. El cabeza de familia es el que da el tono á la misma. Cuando un hombre se casa con mujer de inferior categoría, no desciende, sino que eleva á su esposa; por el contrario, al tomar mujer superior á él, la rebaja sin elevarse. Así, pues, en el primer caso, se da el bien sin el mal, y en el segundo, el mal sin el bien.

Queda la elección entre las iguales, que es el caso más favorable.

Hay que buscar, además, una mujer razonable, porque la que no sepa reflexionar no sabrá educar á sus hijos. No conviene, pues, á un hombre educado, el casarse con una mujer que no lo sea; pero preferiría, sin embargo, mil veces una mujer sencilla y ruda á una sabia é ingeniosa que viniera á establecer en mi casa un tribunal de literatura del que se hiciera presidente. Toda bachillera se quedará soltera toda su vida mientras haya hombres sensatos en la tierra. Desead en todo el término medio, sin exceptuar la belleza misma.—J. J. ROUSSEAU.

MCD 2022-L5

SECRETO PARA HACERSE AMAR

El matrimonio es uno de los actos de la vida que más parece influir sobre la felicidad.

La primera pregunta que se presenta es el saber si se debe uno casar ó no. No me chocan los diversos pareceres que hay acerca del asunto; si yo dijera todo lo que se me ocurre sobre él, diría que entre casarse ó no hay otro partido que tomar; pero lo que dice la Iglesia sobre los célibes me impone un respetuoso silencio.

La segunda cuestión es saber cómo se puede hacer una feliz elección. En este punto no soy del parecer de nadie. Todo el mundo considera este asunto como el más importante de la vida; yo le considero como una echada de dados. En general, el vicio dominante de las mujeres es el disimulo; el que quiera estudiar el carácter de su amante se engaña en absoluto. De suerte que, hecha abstracción de una mujer deshonrada ó de una fea repugnante, se puede elegir al azar.

El peor consejo que se pueda dar á uno es el decirle: «Cásese con la que ame»; es como decir á un loco: «Haga lo que quiera». En general, no depende la felicidad del marido de la elección de mujer, sino de su comportamiento con ella desde el primer instante. Apenas deje el altar, debe comenzar sobre la madre futura el ensayo de educación que dará un día á sus hijos. Una mujer, por imperiosa que sea, reconocerá siempre el ascendiente del hombre, y de ese ascendiente hay que aprovecharse sin darlo á conocer. El primer cuidado de un hombre prudente es no admitir en su casa sino una sociedad agradable, pero honrada; es preciso que cuanto le rodee despida decencia y

buenas costumbres; que dé él mismo el ejemplo; que invite á su mujer á las ocupaciones de su sexo; que la atienda en sus deseos lícitos y la procure los placeres de su estado; que sea su mejor amigo; que, sobre todo, le haga la casa tan agradable que en ninguna parte se encuentre ella mejor. La Bruyere ha preguntado si se podría descubrir el secreto de hacerse amar de la mujer propia. Acabo de contestarle sin pensar en ello. —DESERRES DE LA TOUR.

CAPITULO VIII

EL MATRIMONIO Y EL DINERO

JUNTA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN DE REVISTAS PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS

En esta sociedad que afecta tanto puritanismo, el esposo y la esposa se compran, por lo general. Hay para este tráfico oficinas de comisión y corretaje en las que se ofrece y se regatea. El matrimonio ha entrado públicamente en el terreno de las especulaciones, y todo esto pasa por razonable, decente y honrado. ¡No se puede dar mayor cinismo!—EMILIO BARRAULT.

Hacen falta tantas condiciones para aunar dos caracteres, que no hay que asombrarse si se ven tan pocos matrimonios felices. Una joven que se cansa de la disciplina doméstica trata de emanciparse de ella, y se convence de que el himeneo es cómodo para llevar una vida más libre; con tal de casarse le es todo indiferente. Por otra parte, el hombre no se casa con una mujer, se casa con su dinero. Así, Dios sabe los matrimonios que hay por ahí.—El Abate de BELLEGARDE.

El dinero no constituye la felicidad del hogar, pero ayuda á prescindir de ella.—P. J. STAHL.

Hemos conocido á un filósofo moralista, que en sus

obras predicaba el más puro desinterés á los futuros esposos y que se casó con una mujer muy rica. Se lo hicimos observar, y nos respondió: «Lo que es bueno de decir, no siempre es bueno de hacer.» —D. CARON.

En el matrimonio, el marido y la mujer se venden virtuosamente; y así como dos negaciones valen por una afirmación, se puede decir que en el asunto conyugal dos prostituciones valen por una virtud.—CARLOS FOURIER.

Se ha instituido el matrimonio bajo el pretexto insidioso de que la mujer y el hombre, habiendo sido hechos para completarse, deben amarse siempre, cuando la ley les ha unido para la eternidad. Pero en el mundo, frecuentemente se casa uno con quien no se quiere, y se quiere á la persona con quien no puede uno casarse. La mujer jura fidelidad á su marido y le engaña; el marido jura protección á la mujer y la oprime. No podía suceder de otra manera, porque, por lo general, al ir á casarse, no se pregunta si la mujer es bonita ó fea, buena ó mala, sino cuánto tiene.—DE GOSSE.

En ciertas naciones que consume la fiebre de goces, el matrimonio no es más que un cálculo, un medio de enriquecerse pronto, un negocio; se compra y se vende. – LAMENNAIS.

La gran fortuna de una mujer aumenta demasiado sus derechos, y por agradecimiento hay que sufrir sus leyes. Esa merced se convierte en una deuda eterna que jamás puede uno saldar con ella.—LA CHAUSSÉE.

MCD 2022-L5

Preguntas por qué no quiero casarme con una mujer rica. Porque no quiero ser la mujer de mi esposa. El marido debe ser superior á la mujer. De otra manera, la mujer y el marido no serán iguales.—MARCIAL.

Los que aconsejan que no se case uno con mujer rica por miedo de que sea menos tratable y reconocida, yerran al hacer que se pierda una comodidad real por una conjetura tan frívola. Si la mujer carece de razón, lo mismo pasará por encima de una que de otra. Suelen ser tanto más generosas cuanto más ricas, como tanto más castas cuanto más bellas.—MONTAIGNE.

Ya no se casa nadie sino por el dinero; el matrimonio ya no es una santa regla en que se ligaban dos corazones. Por lo demás, el corazón no se lleva ya en ninguna parte; no existe.—LORENZO PICHAT.

Una mujer sin dote depende enteramente de su marido; él hace de ella lo que quiere; la que, por el contrario, está ricamente dotada, no se ocupa á menudo sino en atormentarle y arruinarle.—PLAUTO.

En China no se ve á la joven con quien uno se casa, aun cuando no aporte dote. En Francia se casa uno con ella aunque se la haya visto porque tiene dote.—SAINTE FOIX.

Cuando se emprende la construcción de un edificio hay que contar con el doble del gasto, y cuando uno se casa hay que rebajar la mitad de la dote.—VINCENT.

...Tristemente vender por un contrato,
Su libertad, su nombre y su estado,
A las voluntades de un amo despótico,
Del que se hace uno el primer criado;
Disputar, ó evitarse por el día
Sin alegría en la mesa, y por la noche sin amor;
Temblar siempre ante una debilidad,
Sucumbir en ella, ó combatir sin cesar;
Engañar á su dueño, ó vivir sin esperanza
En el tedio de un amor importuno;
Gemir, languidecer en su dolor profundo;
Tal himeneo es el infierno en este mundo.

VOLTAIRE.

Solamente el interés ha hecho cien matrimonios;
Hemos visto á los hombres más sabios
No consultar sino las costumbres y el bien.
Tener honradez, es no carecer de nada.
¡Dichoso el que hace por gusto y por justicia
Lo que se hace cien veces por avaricia!

VOLTAIRE.

En el matrimonio, el dinero es la esposa por la cual se baila.—PROVERBIO.

MCD 2022-L5

SEGUNDA PARTE

CAPITULO PRIMERO

EL DIVORCIO

El divorcio es necesario, decía Napoleón en el Consejo de Estado; no autorizándole, se cede á prejuicios religiosos, y no á las luces de la razón. El divorcio es indispensable, particularmente el divorcio por consentimiento mutuo; en el estado de nuestras costumbres, la persecución de la adúltera ante los tribunales en una cosa... vergonzosa, imposible para un hombre honrado. Vosotros no queréis sino la acción ante los tribunales, y yo no la quiero sino como amenaza, como medio de llevar á la mujer al consentimiento mutuo. ¡Ah!, la adúltera no es un fenómeno. He conocido á un ciudadano muy honrado, miembro de una corporación científica, que, al volver un día á su casa sin ser esperado, sorprendió á su mujer en criminal conversación, como dicen nuestros vecinos de ultra Mancha, con un prusiano. «¡Cuando yo la decía á usted que era preciso que me *vaya!*—dijo friamente el extranjero.—Caballero, diga usted por lo menos que me *fuese*, exclamó el sabio de no sé qué sección del Insti-

BIBLIOTECA PÚBLICA DE GUADALAJARA

MCD 2022-L5

tuto; prefiero verle destrozar mi honor, que oirle destrozar nuestra hermosa lengua.»

Una carcajada general acogió estas palabras.

«Ese ciudadano, dijo una voz, debería ser miembro de la Academia francesa.»

Las risas redoblaron; el mismo Napoleón sonrió maliciosamente; pero, una vez restablecida la calma, recobró la gravedad, animándose poco á poco hasta el final de su discurso:

«¿No tenía yo razón, ciudadanos legisladores, cuando os decía, en la sesión anterior, que era preciso que las mujeres fueran severamente contenidas? Ahora, van adonde quieren, hacen lo que les place, dicen impunemente cuanto se les antoja. Así hay muchas más mujeres que ultrajan á sus maridos que maridos que engañen á sus mujeres. Se necesita un freno para las mujeres, que son débiles, y que tienen las pasiones vivas y el sistema nervioso demasiado fácil de conmoverse. La mayor parte de ellas no llegan á ser culpables sino por cintajos y preseas que no valen nada, por una romanza cantada por Garat, por una copa de champagne. En estos casos, no hay premeditación, apenas si hay voluntad, y á menudo lo mejor que puede hacer el marido cuando no se ha charlado del caso, es perdonar. Pero hay mujer, ciudadanos legisladores, que no sabría faltar impunemente. La infidelidad es en ella como la incredulidad en un cura, el último término de la delincuencia humana; porque es para ella como para él el mayor crimen social, en cuanto implica todos los otros. O una mujer adúltera profana su amor continuando al lado de su marido, ó rompe todos los lazos que la unen á su familia, á la sociedad, entregándose por completo al que la ha seducido. En el exceso de su ceguedad, es preciso que

elija, porque es la única excusa posible con su conciencia; sin esto, vive continuamente entre dos delitos, y, por consiguiente, entre dos remordimientos. ¿Qué queréis que haga el marido?..., ¿qué la conserve?... Imposible... ¿Que pida una separación por delito de adulterio?... ¡Bah!... Os digo que no se saldrá del caso sino con el divorcio por mutuo consentimiento.»

Después de algunas nuevas objeciones presentadas por los disidentes, el principio del divorcio por consentimiento mutuo fué adoptado.—*Sesión del Consejo de Estado, 16 vendimiario, año XI.*

El matrimonio es el sello de la sociedad, el divorcio es la plaga; el matrimonio es una virtud, el divorcio es un vicio; el matrimonio es un nudo sublime, el divorcio es un vil contrato; el matrimonio es un sentimiento que reposa, el divorcio es una pasión que se agita; el matrimonio es un reino de amor, el divorcio es un reino de odio.—*Enciclopedia católica.*

De todas las malas leyes que la Revolución ha hecho, la más inmoral, seguramente, es la que autoriza el divorcio. Bajo el imperio de semejante ley, ya no tenéis matrimonio, ya no tenéis familia; los esposos se burlan de la fe que se han jurado, no toman consejo sino de las fantasías de su imaginación, sino de las pasiones de su corazón.—*Enciclopedia católica.*

El divorcio es una separación de cuerpos y de bienes de los cónyuges, que realiza de tal manera la disolución del matrimonio, aun del válidamente contraído, que cada cual queda libre para volverse á casar con otra persona.—*Enciclopedia del siglo XVIII.*

MCD 2022-L5

El divorcio es al matrimonio lo que la válvula á la máquina de vapor.—A. BAILLOT.

Al lado del inconveniente del divorcio, hay que ver el peligro de su ausencia, y acordarse de que nuestra naturaleza sabe siempre vengarse del despotismo de las leyes, ya por el crimen, que es una reacción violenta, ya por la corrupción, que es una sorda protesta.—ODILON BARROT.

El divorcio no será reclamado sino en los países en que haya un interés, y no hay interés sino allí donde el matrimonio es respetado. En los países en donde el dogma religioso, constituyendo la ley misma, ha establecido de la manera más absoluta la indisolubilidad del matrimonio, éste, por una reacción forzosa de la naturaleza contra el despotismo de la ley, ha llegado á ser casi puramente nominal, y las uniones ilegítimas se han apoderado de lo real y serio que tiene el matrimonio. Allí, ¿qué interés tendría el divorcio? El concubinato es el que se ha convertido en verdadero matrimonio, es decir, la unión de las afecciones y de las existencias. Se puede decir de esos países lo que se ha dicho de la Francia del siglo XVI; han atravesado por el divorcio como aquélla atravesó por la Reforma; permanecen en los lazos del matrimonio indisoluble, como Francia ha permanecido nominalmente católica; los primeros no practican ya la santidad del matrimonio, y la segunda ni siquiera tiene bastante fe religiosa para ser protestante.—Lo que sería deplorable, fuera que las costumbres se amoldasen á este estado de cosas, de tal manera que ya no hubiese en los corazones ni indignación ni reacción contra un tal desorden, mientras que si la ley, menos absoluta, hubie-

ra ofrecido á los esposos la posibilidad de escapar á las consecuencias de una unión mal concertada, mediante el divorcio y nuevos matrimonios, el matrimonio hubiese tal vez recuperado la santidad y el respeto que le pertenecen, recibiendo un poco de libertad. El desorden, que el divorcio hizo salir del matrimonio, ha sido rechazado con su abolición.—ODILON BARROT.

Los resultados del divorcio, dicen unos, no son iguales para los dos esposos: el hombre sale del matrimonio con su autoridad y su fuerza; la mujer no sale de él con toda su dignidad, y de todo lo que á él llevó, pureza virginal, juventud, belleza, fecundidad, fortuna, no recobra más que su dinero.—¿Es una ley protectora del orden, dicen otros, la ley que, en un acto tan importante como la disolución del matrimonio, da un derecho igual, ó, por mejor decir, una jurisdicción eventual á la esposa, de donde nace inevitablemente una pretensión habitual á la igualdad, y, por consiguiente, á la anarquía doméstica?—A la primera de estas objeciones se puede responder que, si es la mujer la que está expuesta á perder más con el divorcio, también es ella la que más necesita de ese amparo de la ley. El divorcio no devuelve á la mujer su virginidad, su pureza, es cierto; la lanza al mundo en esa situación falsa, que no es ni la de la soltera, ni la de la casada ó de la viuda. Pues bien; eso es una garantía de que la mujer no recurrirá á ese medio extremo sin la más imperiosa necesidad. A la segunda objeción, la respuesta se encuentra en estas dos palabras: la preeminencia del marido sobre la mujer no puede ser nunca el derecho de opresión del fuerte sobre el débil.—ODILON BARROT.

Es curioso observar cómo un mismo hecho llega á los últimos límites de la depravación en un país, después de haberse conformado en otros países con los preceptos y las prácticas de la moral. Vuelvo á este asunto para dejar entrever, no á los legisladores, que se ven obligados á obedecer muy humildemente á las instituciones, sino á las mujeres que las crean, que el divorcio, al hacer más numerosos los matrimonios en Francia, hacen que disminuya en proporción el concubinato, cuyos efectos son desastrosos para ellas.

El divorcio no es, á decir verdad, sino el concubinato *legalizado;* admite la multiplicidad de amantes, con tal que tomen el nombre ortodoxo de esposos; pero precisamente por esto se halla de conformidad con la virtud, la cual se compone de todos los vicios autorizados.

El divorcio permite cambiar de marido, absolutamente, como el concubinato permite cambiar de amantes; solamente que un amante no está autorizado sino á condición de convertirse en marido, lo que equivale á decir que el concubinato no es moral sino á condición de convertirse en divorcio. Ahora bien; ¿qué se necesitaría para cambiar el mal en bien, para convertir la culpabilidad en mérito? Dos líneas legislativas, todo lo más; ¡vaya un trabajo para gentes que poseen fábricas deliberantes y permanentes!

Lo barato del procedimiento hace inexplicable la negligencia que se usa entre nosotros para rehabilitar las asociaciones irregulares; diríase en verdad que la cordura de los unos tiene necesidad de la perversidad de los otros para hacerse valer.

El divorcio, que hace el matrimonio soluble, ¿coarta la voluntad de los que quieren el matrimonio indisoluble?

MCD 2022-L5

Semejante pregunta es una puerilidad; la facultad de romper un compromiso confirma, en lugar de destruirlo, el derecho que se tiene de mantener tal compromiso; por consiguiente, el divorcio, satisfaciendo á los que buscan el matrimonio con salida, no perturba en modo alguno á los que le quieren cerrado. Lo peligroso es sentar como principio que la alianza de por vida es el último término de la honestidad humana; en este caso, se tienta uno mucho la ropa antes de entrar en el lazo; y tras varias reflexiones, muchos individuos, excelentes cristianos por lo demás, se deciden á vivir deshonestamente.

Verdad es que el divorcio, como todas las medidas relativas á los organismos públicos, no puede ser ley sino después de haber sido institución, es decir, una costumbre, una necesidad general de orden privado. Quiero decir que el concubinato, antes de ser *moralizado*, necesita manifestarse como siendo el hecho de las mayorías, lo que significa que el vicio no es aún bastante general en Francia para merecer ser virtud. Ya llegará; las francesas son naturalmente inclinadas al bien, y esto hace esperar que, para alcanzarlo, concluirán por entregarse al mal sin reservas.—BELLEGARRIGUE.

Cuando las costumbres son puras, la institución del divorcio, lejos de perjudicar á los buenos matrimonios, sirve para estrechar los lazos, y sostiene hasta las uniones medianamente avenidas, imprimiéndolas el temor del ruido que produce el divorcio.

Este ruido es menos temido cuando las costumbres buenas declinan, y se burlan de él cuando las costumbres están completamente corrompidas.—El Conde BERLIER.

MCD 2022-L5

¿Ha habido y habrá siempre matrimonios turbados por disensiones tales, que sea imposible mantener lazos que han llegado á ser tan funestos? La verdadera cuestión, toda la cuestión está en eso, y la respuesta, desgraciada pero necesariamente *afirmativa*, trae aparejado el *divorcio*, no solamente como útil, sino como una institución necesitada por la fuerza de las pasiones humanas...

Reducido á sus límites, el divorcio es el auxiliar del matrimonio más bien que su enemigo; porque borra la idea siempre más ó menos importuna de una cadena indisoluble, sin prestarse, sin embargo, á que esa cadena sea rota con demasiada facilidad.—El Conde BERLIER.

No hay necesidad de divorcio, porque el matrimonio es un *misterio*, ¿y qué misterio? El emblema de la unión de Jesucristo con su Iglesia. ¿Y qué sería de ese misterio si la *Iglesia* hubiera tenido un nombre del género masculino?—BEYLE.

Una mujer pierde siempre en un primer matrimonio los días más hermosos de la juventud, y, por el divorcio, da que decir á los tontos algo en contra de ella.

Las casadas jóvenes que tienen muchos amantes no tienen que recurrir al divorcio; las mujeres de cierta edad que han tenido muchos amantes creen reparar su reputación, y en Francia lo consiguen siempre, mostrándose extremadamente severas con los errores de que las han absuelto. Siempre será alguna pobre joven virtuosa y perdidamente enamorada la que pedirá el divorcio y se hará injuriar por mujeres que han tenido cincuenta hombres.—BEYLE.

El divorcio está en la razón; no está en la naturaleza. No se puede dividir á un hijo en dos para que el padre se lleve un pedazo y la madre otro. Ciertamente, es absurdo que dos seres que se execren puedan estar obligados á vivir juntos. Pero este absurdo beneficia á un tercero, al hijo, que no ha pedido nacer y que, en ningún caso, debe ser sacrificado ni ha de pagar las faltas de los que le dieron la vida.—P. J. STAHL.

El divorcio es una ley dura y falsa á la vez, puesto que permite no solamente al marido la facultad de repudiar á su mujer, sino que se la concede á la mujer contra su esposo.

El divorcio es hoy, más que nunca, una ley débil ú opresiva para los dos sexos, porque les entrega á la depravación de sus inclinaciones, precisamente en la época en que las pasiones, exaltadas por el progreso de las artes, tienen necesidad mayor de ser contenidas por la severidad de las leyes.

El divorcio no es tolerado, en pueblos comerciantes, sino porque se representan la sociedad doméstica, y hasta la sociedad política, como una asociación de comercio, un contrato social. Esto no es más que un juego de palabras, en el que la más ligera atención basta para que la ilusión desaparezca.—DE BONALD.

BIBLIOTECA PÚBLICA

El divorcio es directamente contradictorio al espíritu y á los principios de la monarquía hereditaria ó indisoluble.—DE BONALD.

El divorcio es la opresión de la mujer hasta cuando ella lo provoca; porque una mujer, aunque sea des-

MCD 2022-L5

graciada, es siempre, á los ojos de la razón, menos de compadecer que una mujer divorciada.—De Bonald.

El mayor número de divorcios está provocado por las mujeres, lo que prueba que son más débiles ó más apasionadas, y no que sean más desgraciadas.—De Bonald.

El matrimonio es un remedio contra la inconstancia de nuestros deseos; y el divorcio, que rompe el matrimonio, destruye el remedio, devuelve al hombre á su inconstancia, y, por consiguiente, es un mal.—De Bonald.

Allí en donde la facultad del divorcio permite á una mujer ver en todo un hombre un marido posible, las mujeres no tienen pudor, ó, por lo menos, delicadeza, porque la pluralidad de hombres, que es la consecuencia del divorcio, es más contraria á la naturaleza y á las costumbres públicas que la pluralidad de mujeres, que permite á los hombres la poligamia de Oriente. «Si se deja, dice madama Neker, á las mujeres la libertad de hacer una nueva elección, pronto sus miradas errarán sobre todos los hombres, y pronto únicamente el privilegio del perjurio las distinguirá de las artistas, que tienen el derecho de las preferencias y el gusto de los cambios.»—De Bonald.

El divorcio es tan natural, que en varias casas se acuesta todas las noches entre los dos esposos.—Chamfort.

En Francia se hace siempre muy mal lo que se puede volver á empezar, y nuestra pretendida ligere-

za no considera como serio sino lo que se presenta á ella como inmutable y definitivo. Así, pues, si con nuestro carácter francés estuviera permitido el divorcio, se llegaría pronto á no ver en todo primer matrimonio sino un matrimonio provisional, una especie de ensayo de matrimonio. Dios sabe, entonces, á qué extrañas bodas se atreverían, con el pensamiento de que siempre se podría corregir la locura de una primera prueba con lo razonable de la segunda.—P. J. STAHL.

En ciertas afecciones del corazón, cuanto mayor es la felicidad de separarse, menos se piensa en desunirse. Esta verdad constituiría suficientemente el proceso del matrimonio si no lo prohibieran graves consideraciones, que se refieren á la suerte de los hijos.—DE CHESNEL.

Aunque el divorcio se concediera á la dureza del corazón de los judíos, como dice Jesucristo en el Evangelio, los más sabios y más justos de aquéllos no aprobarán los divorcios.—DOM CALMET.

El divorcio no será una cosa justa hasta el día en que el hombre pueda dejar á su mujer en el *mismo estado* que la tomó.—CAUZETTE.

El restablecimiento del divorcio, lejos de perjudicar al matrimonio, le moralizaría y disminuiría el número tan considerable de célibes. Hoy, es sabido, la mayor parte de los matrimonios son un comercio de superchería; pónese uno la careta antes de casarse, se disfrazan los defectos, se hace que callen, por algunos días, los vicios, y se les suelta la rienda después que el juramento indisoluble ha sido pronunciado. El di-

vorcio pondría fin á ese vergonzoso artificio. Concluirían esas querellas amargas, esas invencibles antipatías, esos odios conyugales que se envenenan incesantemente porque se ha perdido la esperanza de verles terminar. El fin de la estimación sería el fin de la unión; de esa muerte de sentimiento se pasaría á una vida nueva, y se separarían antes de odiarse.—A. DEBAY.

Con el divorcio, se dice, se separarían, sin execrarse por lo menos. Separaríanse harto pronto entonces; ya es un buen matrimonio aquel en donde no hay odio.—L. SCHILLER.

Para combatir la opinión de los que afirman que, si se decretase el divorcio, se vería diariamente una multitud de individuos que lo reclamaban de todas partes, responderemos con hechos. Durante los siglos en que Roma antigua gozó del divorcio, no se cuentan más que algunos casos raros de divorcio; consultad la historia. Todavía se lee sobre la puerta principal del Agra, capital de una provincia del Indostán, esta antigua inscripción: «El primer año del reinado de Julef, mil esposos fueron voluntariamente separados por el magistrado, y el emperador, indignado, abolió el divorcio. Al año siguiente, hubo en Agra tres mil matrimonios de menos que los años precedentes, siete mil adulterios más, trescientas mujeres quemadas por haber envenenado á sus maridos, setenta y cinco hombres empalados por asesinato en las personas de sus mujeres, y muebles rotos en el interior de diversos hogares, por valor de seis millones. El emperador se apresuró á restablecer el divorcio.» En Francia, durante nuestra primera República, el Consulado y

el Imperio, el número de divorcios fué tan mínimo, que más bien es una prueba de la moralidad de esa institución, que un arma para sus adversarios. Nuestros padres dicen, con razón, que las costumbres de aquella gloriosa época eran mucho menos relajadas que las de hoy.—A. DEBAY.

La legislación francesa ha retrocedido ante el divorcio en interés de los hijos; pero ¿por qué negarlo á las uniones estériles?—L. SCHILLER.

El elemento más disolvente de la sociedad, es decir, de las familias, y por consiguiente, del cuerpo de la nación, es el divorcio, porque emana del egoísmo; sobre todo, el divorcio, tal como lo hemos visto en los últimos tiempos de la existencia nacional, tanto de los judíos como de los romanos. De él nacen las perturbaciones de la familia, las incesantes contiendas de intereses, mil causas de desunión. ¿Qué interés puede tener la mujer, que es en el hogar lo que el alma al cuerpo, qué interés puede tener por una casa de la que está amenazada á ser *despedida* en todo momento? ¿Tomará con empeño el formar niños, de los que tal vez será alejada mañana, para que un marido injusto, odioso, goce solo del fruto de los cuidados maternales?

En semejante estado de cosas, la nación, que no es más que un gran cuerpo constituido de familias, cae á pedazos como un cadáver que se descompone.—DRACH.

El divorcio es aborrecido en China. Está mirado como el fruto desgraciado de la corrupción pública y un atentado contra el derecho natural.—DRACH.

En el matrimonio, desde el momento en que uno de los dos contrayentes hace al otro lo que no querría que le hicieran á él, debería serle posible á la parte lastimada el romper sus cadenas.—J. DUPATY.

Hay que respetar el matrimonio mientras no sea más que un purgatorio, y disolverle si se convierte en un infierno.—ERASMO.

Durante cinco siglos, á contar desde la fundación de Roma, no se vió en ella ni un solo divorcio. El primer ciudadano que repudió á su mujer fué muerto por el pueblo; la historia ha conservado su nombre: se llamaba Carvilio Ruga y su mujer era estéril.—T. DE FERRIERE.

Se han hecho algunas veces objeciones contra el divorcio; pero á nadie se le ha ocurrido decir que el divorcio fuese una injusticia, porque esto sería decir que es injusto reprimir el crimen y proteger la inocencia.

En efecto, en un matrimonio discordante hay casi siempre un opresor y un oprimido, y por lo tanto, una doble infracción de las leyes de la justicia.

No trataré de acusar ó defender á un sexo más que á otro; diré solamente que el hombre, más libre que la mujer antes y después del matrimonio, tiene más medios que ella para garantizarse de una mala elección, y cuando la elección ha sido hecha, para atenuar las consecuencias. Sin embargo, ¡cuántos hombres pagan un momento de error con una vida entera de sufrimientos!—HENNET.

Una unión mal avenida hiere á la justicia, y una

separación no la satisface sino imperfectamente; ¿qué partido queda, pues? El único enteramente, perfectamente justo, el divorcio; justo en sí mismo, porque al reconocer el vicio de un matrimonio, no le deja subsistir sino á medias; justo para el esposo inocente, porque al socorrerle, no le condena á una viudedad forzosa; justo para el esposo culpable, porque al castigarle, no le impone un castigo desproporcionado á su falta, que nace á menudo de la fuerza de las circunstancias; justo para con los hijos, porque, sin despojarles de su estado, les procura una educación menos expuesta á las contrariedades y á los malos ejemplos; justo respecto de las familias, porque no ocasiona, como la separación, una acusación pública y una guerra intestina; justo, en fin, con todos, porque contenta á todo el mundo y no hiere á nadie. Se ha difundido la justicia como el arte de dar á cada cual lo que le es debido; ¿no sería ésta también la definición del divorcio?—HENNET.

No veo, en el divorcio prudentemente combinado, ningún inconveniente. En vano recorro todas las relaciones que unen á los individuos, todos los intereses que les afectan, todos los derechos que les son caros; no veo ninguna relación, ningún interés, ningún derecho violado ó herido respecto de ningún individuo, por una operación sencilla, que pone bien lo que estaba mal, coloca en su puesto lo que estaba fuera de lugar, seca el llanto del oprimido, quita las armas de manos del opresor, y destruyendo en todas partes las discordias, restablece la armonía, alma del universo.

Pero, aun cuando el divorcio presentara algunos inconvenientes, porque nada está exento de ellos en la naturaleza humana, ¿es una razón para rechazar-

le? ¿Rechazáis la justicia porque alguna vez haya condenado á un inocente? ¿Rechazáis la religión porque haya alguna vez asolado la tierra?—HENNET.

La cuestión del divorcio es una de esas cuestiones variables en las que las excepciones han sido introducidas por los mismos que mantienen el principio; la ley civil puede, pues, sin impiedad, no marchar aquí con la ley religiosa; porque, contradiciendo su regla de hoy, imita sus tolerancias de ayer.

... La indisolubilidad, dicen los filósofos y los políticos que la defienden, no es solamente un principio católico ó religioso, es un principio de orden y buenas costumbres, un principio social. La ley civil, es cierto, no abraza y no puede abrazar toda la ley moral, pero no podría vivir, sin embargo, sino apoyada en ella. Ahora bien; el único fundamento moral del matrimonio es la indisolubilidad. En cuanto se introduce el divorcio, quebranta hasta las uniones que no disuelve: la santidad, la pureza, la fuerza de la unión conyugal, todo se desmorona en la conciencia pública con el divorcio.

Nada de respuesta á este razonamiento, sino esta pregunta:

En el estado de nuestra sociedad, ¿no arruina el hogar la teoría de la indisolubilidad mil veces más que lo hiciera el divorcio, encerrado en reglas severas? Para quien interroga los hechos no hay duda alguna. ¿Quién crea entre el pueblo tantas bigamias de hecho? La indisolubilidad. ¿Quién hace que de cada ocho obreros tres tengan dos hogares? La indisolubilidad. ¿Quién fué causa de que en 1830, la comisión de recompensas, cuando se ocupó en socorrer á las viudas de los combatientes de Julio, viese llegar dos

y tres viudas por cada muerto? La indisolubilidad. ¿Quién multiplica los hijos adulterinos en la familia? La indisolubilidad. ¿Quién alimenta el odio entre los esposos? La indisolubilidad. ¿Quién acarrea las escandalosas revelaciones expuestas por la justicia á los ojos del mundo? La indisolubilidad. ¿Quién inspira sentimientos de asesinato, y á veces asesinatos que llegan hasta el exterminio? La indisolubilidad. Cuando un principio produce efectos tales en una sociedad, es porque es, ó radicalmente malo, ó porque está en desacuerdo con las leyes y las costumbres de esa sociedad. ¿Radicalmente malo? Nadie se atrevería á sostenerlo, y menos yo. Nuestras costumbres y nuestras leyes son las que pugnan con él; por consiguiente, es preciso ó reformar costumbres y leyes, ó modificar el principio de indisolubilidad, es decir, que aquí nos vemos llevados de nuevo, por el razonamiento, á reclamar esta medida: la institución temporal del divorcio. Por lo demás, ¿se quiere una prueba evidente de que es necesario establecer el divorcio? Pues es que la ley lo ha establecido á pesar suyo; que está ya creado, creado bajo un falso nombre, disfrazado, desconocido en apariencia por los espíritus ligeros, pero creado de hecho. Sí, por mucho que nuestros legisladores se defiendan de él, el divorcio existe; existe con todos sus males y sin una sola de sus ventajas; existe con una inmoralidad más, con mil dolores más, mil contradiciones más; existe, en fin, puesto que existe la separación.—Ernesto Legouvé.

«El divorcio es una calamidad, sea; un veneno, convengo en ello; pero la tiranía de nuestra unión conyugal no tiene otro contrapeso que esa calamidad; nuestro matrimonio, enfermo y corrompido, no puede

ser salvado sino por ese veneno. Mientras el matrimonio sea la sujeción de la mujer, el divorcio es necesario para representar en él la libertad. Así, de dos cosas una, ó reformad el matrimonio, ó estableced el divorcio.—Citado por ERNESTO LEGOUVÉ.

No es Dios quien prohibió el divorcio; lo fué el cura. El amor y la concordia son el fin del matrimonio; cuando no existen entre los esposos, el matrimonio no une sino antipatías y odios.—MILTON.

El que se casa, piensa tan poco encontrar la desgracia en el lazo que acepta, como la nación que jura fidelidad á su rey; y el que languidece en los lazos de una mala unión, se encuentra en la misma situación que el pueblo que sufre bajo el yugo de un tirano. Ahora bien, si los súbditos pueden legítimamente salvar sus vidas y sus bienes, rompiendo las cadenas que les sujetan al soberano, ¿no debe ser lo mismo para dos esposos unidos por un contrato particular? ¿No tienen también ellos el derecho de romper el lazo que les une, si en lugar de la paz y de la felicidad que han buscado, no encuentran sino turbación y desgracia?—MILTON.

Hemos pensado fortalecer más el nudo de nuestros matrimonios por haber quitado todo medio de disolverlos; pero tanto más se afloja el nudo de la voluntad y la afección, cuanto más se aprieta el de la imposición. Y en cambio, lo que hizo que los matrimonios en Roma fueran durante tanto tiempo dignos y seguros, fué la libertad de romperlos quien quisiera. Conservaban mejor á sus mujeres, porque podían perderlas, y en plena licencia de divorcios, transcurrie-

MCD 2022-L5

ron más de quinientos años sin que nadie usara de ella.—MONTAIGNE.

El divorcio estaba permitido en la religión pagana, y fué prohibido á los cristianos. Este cambio, que pareció al principio insignificante, tuvo insensiblemente consecuencias terribles, y tales que apenas se pueden creer.

Se quitó, no solamente toda la dulzura del matrimonio, sino que se atentó á su fin; queriendo estrechar los nudos, se les aflojó, y, en vez de unir los corazones, como se pretendía, se les separó para siempre.

En una acción tan libre y en la que el corazón debe tener tanta parte, se puso la imposición, la necesidad y la fatalidad del destino mismo. No se tuvo para nada en cuenta las repugnancias, los caprichos y la insociabilidad de los hombres; se quiso fijar el corazón, es decir, lo más variable é inconstante de la naturaleza; se ligó, sin remisión y sin esperanza, á personas disgustadas entre sí, y se hizo lo que aquellos tiranos que mandaban atar á hombres vivos con cuerpos muertos.

Nada contribuía más al afecto natural como la facultad del divorcio; un hombre y una mujer se inclinaban á soportar pacientemente las penalidades domésticas, sabiendo que eran dueños de hacer que concluyesen, y conservaban á menudo ese poder en sus manos toda la vida sin usar de él, por la sola consideración de que estaban en libertad de hacerlo.

No sucede lo mismo con los cristianos, á quienes sus penas presentes desesperan por el porvenir. No ven en los desagrados del matrimonio sino su dureza, y, por decirlo así, su eternidad; de aquí proceden los dis-

MCD 2022-L5

gustos, las discordias, los desprecios, y esto se pierde para la posteridad. Apenas han pasado tres años de matrimonio, cuando se descuida lo esencial; pasan juntos treinta años de frialdad, se forman separaciones intestinas tan fuertes, y tal vez más perniciosas, que si fueran públicas; cada cual vive por su lado, y todo esto en perjuicio de las razas futuras. Pronto un hombre, disgustado de una mujer eterna, se entregará á las prostitutas; comercio vergonzoso y tan contrario á la sociedad, el cual, sin sin llenar el objeto del matrimonio, no representa, todo lo más, sino sus placeres.

Si una de las dos personas así ligadas no es apta para el designio de la naturaleza y la propagación de la especie, ya por su temperamento, ya por su edad, sepulta á la otra con ella y la hace tan inútil como lo es ella misma.

No hay, pues, que asombrarse si se ve entre los cristianos tantos matrimonios que dan un número tan pequeño de ciudadanos. El divorcio está abolido; los matrimonios que se llevan mal no tienen arreglo; las mujeres no pasan ya, como entre los romanos, sucesivamente por manos de varios maridos, que sacarían de ellas al pasar el mejor partido que les fuera posible.

Me atrevo á decirlo; si en una república como Lacedemonia, en donde los ciudadanos eran sin cesar vejados por leyes singulares y sutiles, y en la que no había más que una familia, que era la república, se hubiera establecido que los maridos cambiasen de mujeres todos los años, hubiese nacido un pueblo innumerable.

Es bastante difícil el hacer que se comprenda bien la razón que impulsó á los cristianos á abolir el divorcio. El matrimonio, en todas las naciones del mun-

do, es un contrato susceptible de todos los convenios; y no se hubieran debido proscribir sino los que hubiesen podido debilitar su objeto; pero los cristianos no lo miran desde este punto de vista; así es que les cuesta mucho trabajo decir lo que es. No le hacen consistir en el placer de los sentidos; al contrario, parece que quieren proscribirle todo lo más posible; sino que es una imagen, una figura, y algo misterioso que no comprendo.—MONTESQUIEU.

La ley no permite el divorcio, pero las costumbres lo autorizan.—MOUCHOT.

En la vida de Pablo Emilio, Plutarco refiere la siguiente anécdota: Un romano acababa de separarse de su mujer. Sus amigos le censuraron. «¿No es discreta?» le decían; «¿no es bella?, ¿no es fecunda?» El marido divorciado, mostrándoles su zapato, les preguntó á su vez: «¿No está bien hecho este zapato?, ¿no es nuevo? Sin embargo, ninguno de vosotros sabe dónde me lastima.»

Milton afirma, en su *Tratado del Divorcio,* que produjo gran sensación en Inglaterra, que el matrimonio fué instituido para el placer y el consuelo del hombre, y que, según las mismas Escrituras, la generación no fué el único, ni siquiera el principal objeto que se propusieran. Pretende que la incompatibilidad de caracteres es una causa de divorcio más poderosa que el adulterio mismo, con tal de que las dos partes estén de acuerdo sobre la dificultad de vivir juntas. Este compromiso, como otro cualquiera, los contrayentes son libres de romperle si tal es su deseo mutuo. Puesto que no se puede vivir antes del matrimonio de mane-

MCD 2022-L5

ra que se sepa si los caracteres son análogos, es absurdo, según Milton, que no puedan separarse cuando se ha visto la imposibilidad de conciliarlos. «El matrimonio, añade, no es un remedio contra la fornicación y el adulterio sino cuando reina la afección recíproca entre los esposos. Cuando este lazo es una carga, cuando no es más que un yugo, harto sabido es que produce efectos contrarios.—SENANCOUR.

Varios han debido de decirse que el divorcio no convenía á la sociedad civil, y que la prueba ya estaba hecha. Creo que esto es un error. No, el divorcio de los primeros momentos no es el divorcio habitual en un estado apacible; no, el matrimonio aplicado á matrimonios formados bajo la regla de hierro de la indisolubilidad, no es el divorcio aplicado á los que le han contraído bajo el imperio de una ley más dulce y más conveniente á la naturaleza humana.—TARGET.

El que, habiéndose casado con una virgen, la repudia en seguida, comete un crimen mayor que el que envejece en el celibato; porque, en este último caso, el santo matrimonio ha sido solamente descuidado, mientras que, en el otro, ha sido ultrajado.—VALERIO MÁXIMO.

Al casarse, los judíos invocan á Dios; cuando se divorcian no se pronuncia el nombre de Dios. Lo que prueba que Dios *autoriza* el matrimonio, y que solamente *tolera* el divorcio... El matrimonio es obra de Dios, y el divorcio del hombre.—VION.

El divorcio es probablemente de la misma fecha que

el matrimonio. Creo, sin embargo, que el matrimonio es algunas semanas anterior, es decir, que uno se enfadó con su mujer al cabo de quince días, que la pegó al cabo de un mes y que se separaron á las seis semanas de cohabitación.—VOLTAIRE.

Dirijo la vista sobre todos los pueblos de la tierra; no hay uno solo, excepto el pueblo católico romano, en donde el divorcio y un nuevo matrimonio no sean de derecho natural.

¿Qué trastorno del orden ha hecho, pues, que en los católicos, sea una virtud sufrir el adulterio, y un deber el carecer de mujer cuando se ha sido indignamente ultrajado por la propia?—VOLTAIRE.

El divorcio, tal como puede ser concebido fuera de nosotros, no teniendo por *objeto* la *igualdad* del hombre y de la mujer, no tiene sino un valor negativo de la ley cristiana, y, por consiguiente, un valor disolvente, un valor crítico, como todo lo que ha sido hecho hasta ahora fuera de nosotros. Nosotros, por el contrario (los *sansimonianos)*, al pronunciarnos sobre el divorcio, tenemos el carácter organizador que hemos tenido en todas las teorías políticas y filosóficas que hemos sentado...

Al hablaros de las afecciones vivas y pasajeras, he sido necesariamente llevado á pronunciar la palabra *divorcio,* porque la facilidad que tienen ciertos seres de pasar de una afección á otra implica, en efecto, la idea de divorcio. Sin embargo, quiero presentaros el divorcio bajo una forma más general que esta.

El divorcio puede obedecer á una debilidad, á un vicio, ya á un poder, ya á una virtud, ya, en fin, á un desacuerdo entre los dos seres unidos, elevándose

uno por sus virtudes, por su poder, rebajándose el otro por su debilidad, por sus vicios. Así, el divorcio se presenta bajo estas tres formas, á saber: ó bien los seres unidos caen en cierto modo en falta moral, se desunen y se separan por debilidad, careciendo ya del poder de permanecer unidos; ó bien, por el contrario, marchando ambos hacia un porvenir más amplio, ambos encuentran ante sí algo más elevado de lo que tenían antes en su unión, de suerte que habiendo realizado sus progresos bajo una forma doble, la buscan bajo una forma doble nueva; ó bien, en fin, en dos seres unidos, elevándose el uno, y permaneciendo el otro en el mismo lugar, ó cayendo, la separación se hace necesaria para ambos; condiciones todas de la perfectibilidad humana. He aquí, digo, cuál es mi concepto sobre el divorcio.—El P. Enfantin.

Las causas del divorcio pueden ser tales, según los individuos, que para unos sea una prueba de elevación, y para otros signo de un rebajamiento. En ciertos casos sociales, según ciertas funciones, é indudablemente para la función pública, equivale á una *abdicación;* porque el divorcio, para los dos jefes supremos, hombre y mujer, no podría ser un medio de *elevación* para ninguno de ellos, y no podría recibir su sanción sino de otra pareja que les fuera superior, que estaría, por el hecho, investida del supremo deber.—Olindo Rodríguez.

MCD 2022-L5

CAPITULO II

LA SEPARACIÓN

Para salvar las apariencias de la moralidad, la ley que autoriza la separación de los dos esposos debería al mismo tiempo hacerles jurar el ser castos en el porvenir.—D. CARON.

Si hay algo más absurdo que el matrimonio indisoluble y más inmoral que el divorcio, es la separación, tal como está consentida por nuestras leyes. Esa separación, que no separa nada, que no destruye del matrimonio sino lo que tiene de bueno, y que deja sobrevivir lo que tiene peor, la facultad del adulterio, es una de las más increíbles inconsecuencias que haya sancionado jamás un legislador.—P. J. STAHL.

La ley de la separación hace dos mitades de un todo.—F. FOIX.

La ley que autoriza la separación entre esposos no recorre sino la mitad del camino. Es pura y simplemente una ley de demolición.—FREMYOT.

Se ha suprimido el divorcio como *inmoral*. Se le ha sustituido por la separación. Yo creo que se han engañado.

MCD 2022-L5

Desde la supresión del divorcio se le ha visto reemplazado, en una progresión bastante inquietante, por el arsénico.

Habría que introducir, mientras se conserve la seseparación, una modificación importante.

El hombre separado legalmente de su mujer ha perdido sobre ella toda autoridad, ó, por lo menos, la que la ley le deja en ciertos casos es completamente ilusoria.

¿Por qué dejar á los esposos separados un nombre común que les hace aun solidarios y responsables de los hechos respectivos?

El hombre puede hacer el nombre común odioso ó ridículo, nada impide entonces á la mujer dejarle; pero si es la mujer la que arrastra ese nombre por el fango, el hombre, que no tiene otro, se ve obligado á conservarle y llevarle, por manchado que esté. La mujer, además, no está deshonrada porque lleve el nombre de un hombre que tiene queridas. No es cómodo para un hombre llevar el nombre de una mujer que ha pasado de un cierto número de amantes.

La mujer, al separarse, se lleva todo lo que aportó; ¿por qué el hombre, por su parte, no ha de quedarse con su nombre?—La mujer podría entonces recobrar el apellido de su familia haciéndose llamar señora.

Es singular que en las separaciones, cada cual recobre sus bienes, cuya administración ninguno de los dos cónyuges quiere dejársela al otro, y que uno de ellos se vea obligado á dejar al otro la administración de su nombre y de su honor.

Quisiera conocer una razón en favor de esa desigualdad; no la he encontrado hasta ahora.—A. KARR.

La ley condena á la mujer separada de su marido

que tome un amante. Al separarla de su marido, parece que la ha separado del género humano y puesto fuera de la ley de la naturaleza. Cuando la razón absuelve lo que la ley condena, tanto peor para la ley. —P. J. STAHL.

La separación desune sin libertar, separa los bienes y deja á la mujer bajo la tutela de su marido, separa las personas y deja al marido, hombre honrado, la responsabilidad de las faltas de su mujer, rompe el matrimonio como lazo y lo deja como cadena. ¿No es esto el divorcio más impío, el más corruptor que pueblo alguno haya nunca tenido y soportado? Concibo la separación de la Edad Media; entonces toda mujer separada era apartada del mundo y recluida en un convento; si la esposa era víctima, por lo menos la santidad del matrimonio quedaba á salvo. Pero ¿qué decir de nuestra separación actual? ¿Cómo?, ¿una mujer tiene veinticinco años (casi siempre ocurre la separación en la juventud); acude á pedir á la ley que la sustraiga á un marido cuyos malos tratos no puede ya soportar; la ley la separa, en efecto, de aquel hombre, después la lanza á la vida, sin guía, sin conocimiento, entregada á sus dolores, á sus sueños, á su juventud vivaz? ¿Qué sucede entonces? Su aislamiento y su mismo título de mujer separada atraen hacia ella mil solicitudes interesadas, mil esperanzas injuriosas; siempre les parece á los hombres que una mujer separada les pertenece de derecho. Resiste ella, la castigan espiando su conducta, calumniando hasta su pasado; porque, á los ojos del mundo, una mujer separada no rechaza su homenaje sino porque ha acogido otro. Cede, por el contrario, ¡baldón y desprecio hacia ella! Como no tiene nadie que la defienda, y como

su falta no puede ocultarse tras el manto del matrimonio, se ve presa de los ataques de las mujeres rígidas, que á menudo no son despiadadas sino porque no tienen corazón, y de los ataques de las mujeres ligeras, que se hacen implacables á fin de parecer rígidas. Y sin embargo, ¿quién es la culpable, ella ó la ley? ¿No la ha condenado la ley, por decirlo así, á delinquir? ¡Arrancadle el corazón si queréis que ya no ame más á los veinticinco años! ¡Ah!, ¿quién de nosotros no ha conocido ó no conoce alguna de esas tristes víctimas, perdidas en la vida como un pobre pájaro cuyo nido se ha roto? Sin profesión, porque las mujeres, generalmente, no la tienen, sin ocupación seria, sin lazos de familia á veces, se las ve recurriendo á amistades, muy sinceras, sin duda, pero que no son sino amistades. En vano, para crearse ilusiones maternales, llaman á sus parientes ó amigos jóvenes *hijos míos;* en el fondo de su alma, se dicen siempre: «¡Ah!, no es lo mismo.» Por la noche, sobre todo, cuando vuelven á sus casas y se ven solas, cuando descienden á su triste corazón, tan joven, tan lleno de ternura, y les repite todo: «Ya no hay nada que amar», entonces es cuando sus sollozos estallan, cuando sus lágrimas corren y exclaman: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿no haréis que muera?»

Hablo de la mujer separada; ¿pero es menos fatal la suerte del hombre? ¿Qué hay más espantoso para un hombre de corazón como el ver su nombre, el nombre de su padre, el nombre de sus hijos llevado y deshonrado por la mujer que le engañara? La mancha ante el mundo una acción vergonzosa, más aún, la lleva ante la justicia, y la condenan con el nombre de su marido. Echa al mundo hijos adulterinos, llevarán el nombre del marido, si éste no prueba su ausencia.

MCD 2022-L5

No puede ella presentarse en un salón, brillar en una fiesta, sin que al pronunciar su nombre despierte en todos los espíritus el recuerdo del marido, y, con este recuerdo, el ridículo que el mundo hace que caiga siempre. ¡Ah!, todo lo que el alma humana tiene de dignidad y de espíritu de justicia se subleva contra la separación. La separación pone deseos monstruosos en el corazón de los dos esposos; la separación les lleva á desearse la muerte; la separación altera hasta el amor paterno y materno.—ERNESTO LEGOUVÉ.

En ciertos casos, se dice, la mujer tiene el derecho de pedir la separación de cuerpos y bienes.

Sí, es verdad esto; pero suponiendo que se hiciera justicia á su demanda, ¿qué hará ella en seguida? Carece de estado; su marido ha devorado el dote, ¿cómo hará ella para vivir?

Su marido la constituirá una pensión; ella tiene derecho á reclamarla.

Pero su marido es un perezoso, un jugador, un libertino que vive de estafas y no tiene nada suyo, ni un domicilio.

Donde no hay nada, el rey pierde sus derechos.

He aquí, pues, una desgraciada reducida á ponerse á servir, á traficar con sus encantos, si le quedan, ó á suicidarse. Tal es la situación que el matrimonio y leyes imprevisoras la han creado.

Al casarse, poseía todas las gracias de la juventud, belleza, virginidad, y, además, una dote y su equipo. Cuando su separación, lo ha perdido todo; juventud, belleza, virginidad, dote, equipo. Su reputación inclusive está gravemente comprometida; porque hay un proverbio que dice que «las malas mujeres hacen los malos maridos», y se lo aplican. Además, la malicia

JUNTA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS

pública, que está á menudo cerca de la calumnia, supone siempre amantes á una mujer que solicita separarse de su marido. Su familia, si le queda una, apenas se atreve á recibirla; sus amigas no quieren ya verla; sus antiguos conocimientos no quieren ya reconocerla. La huyen como si estuviera apestada, y sufre el castigo del daño que la han causado.

Semejantes iniquidades ocurren diariamente, y la conciencia pública no se subleva. Hasta rara vez se presenta un hombre de corazón que se atreva á combatirlas. ¿Por qué?, ¿por qué la conciencia pública no se subleva contra semejantes iniquidades?

Porque uno *se ha habituado á ello*, y se concluye porque todo eso *parezca natural;* el hábito hace que se excuse hasta el mismo crimen. Y además, se añade, después de haber buscado bien, nadie ha sabido encontrar el remedio para ese mal.

He aquí lo que nosotros negamos. Jamás los hombres han buscado seriamente el remedio para el mal que decimos. Gustan demasiado de sus inicuos privilegios para tratar á conciencia de destruirlos. Hasta los que mejor se confortan con las mujeres, no quisieran desprenderse de tales privilegios. Es un arma que consideran buena para tenerla de reserva.

Algunos escritores han indicado los medios para poner un término á ese abuso de la fuerza, á esas ostensibles iniquidades. ¿Qué han hecho los hombres? Han arrojado sobre aquéllos el ridículo, ó bien han ahogado su obra con el silencio. Sus libros han sido puestos en el índice.—MONTLAURENT.

Digan lo que quieran ciertos moralistas, amigos decididos del bello sexo, las mujeres que tratan de separarse de sus maridos no están nunca completamen-

te inocentes del mal de que tratan de huir. De mil, apenas podría encontrarse una que no tenga nada de que acusarse.—MOUCHOT.

Permitir la separación y prohibir un segundo matrimonio, es autorizar el concubinato.—VINCENT.

CAPITULO III

INDISOLUBILIDAD DEL MATRIMONIO

Hay un proverbio que dice que el dolor que experimenta una mujer á la muerte de su marido dura tanto como un dolor en el codo; lo que equivale á decir que tal dolor es agudo, pero corto. El proverbio dice demasiado. Una mujer puede llorar con un ojo á su marido, y con el otro animar á su sucesor; su pena no es un embarazo para ella; no se apresura á sofocarla, sabe que le sienta bien; ha llorado ante el espejo probándose sus vestidos de luto, y se ha dado cuenta recomendando á su modista, entre dos lágrimas, algunos detalles de adorno, de que va á ser una viuda seductora.—L. SCHILLER.

Pregúntase cuál debe ser la duración de la sociedad conyugal según el derecho natural, independientemente de las leyes civiles; respondo que la misma naturaleza y el fin de esa sociedad nos enseñan que debe durar mucho tiempo. No siendo simplemente el fin de la sociedad entre el macho y la hembra el de procrear, sino el de continuar la especie, esa sociedad debe durar, aun después de la procreación, tanto tiempo como sea necesario para la crianza y conservación de los procreados, es decir, hasta que sean capaces de proveer ellos mismos á sus necesidades. En esto consiste

la principal y tal vez la única razón por la cual el macho y la hembra humanos están obligados á una unión más prolongada de la que mantienen otros animales. La razón es que la mujer es capaz de concebir, y se encuentra ordinariamente en cinta mucho antes de que el hijo anterior esté en condiciones de atender por sí mismo á sus necesidades.

Pero, aunque las necesidades de los hijos demanden que la unión de la mujer y del marido dura mucho más que la de los otros animales, no hay nada, á lo que me parece, en la naturaleza y en el fin de esa unión, que exija que el marido y la mujer estén obligados á permanecer juntos toda su vida, después de haber criado á sus hijos y haberles dejado con que vivir. No hay nada entonces, digo, que impida que se tenga, respecto del matrimonio, la misma libertad que se tiene en materia de toda clase de sociedad y de convenio; de suerte que, con tal que se provea, de una manera ó de otra, á dicha educación, se puede arreglar de común acuerdo, como se juzgue oportuno, la duración de la unión conyugal, ya en la independencia del estado natural, ó cuando las leyes civiles bajo las cuales se vive no han determinado nada sobre el asunto.—*(Enciclopedia del siglo XVIII.)*

La ley romana definió el matrimonio como la unión de dos sexos que pone en común todos los trabajos, todas las cargas y todos los placeres de la vida, hasta que la muerte los separa.

La indisolubilidad del lazo conyugal es una fuente de paz y de felicidad para la sociedad.—*(Enciclopedia católica.)*

Las más antiguas y más auténticas tradiciones hebraicas prueban que, en siglos muy anteriores á Jesucristo, la sinagoga admitía que el matrimonio ha sido instituido como una alianza indisoluble que no permitía la completa separación de los esposos, por lo mismo que no se puede permitir la división de una misma persona en dos.—DRACH.

La sinagoga declara formalmente que el que se aprovecha de la ley del divorcio y repudia á su mujer es *un hombre odioso ante el Señor*.—DRACH.

En general, en toda la antigüedad, la perpetuidad de la unión conyugal ha sido considerada siempre como la perfección...

El matrimonio afectuoso é indisoluble es la ley doméstica de los pueblos en su estado de organización regular. La promiscuidad se presenta antes y después de esa época; en las hordas salvajes, bajo una forma brutal; y, en las naciones decadentes, con las formalidades del divorcio.

El cristianismo no introdujo, pues, en la unión conyugal, un elemento nuevo, cuando decretó la indisolubilidad. Este decreto admirable había ya sido presentido por el instinto de los poetas, de los filósofos y de los legisladores, y se eleva de todas partes, en la historia de las cosas antiguas, como un perfume de incienso en su honor.—TEÓFILO DE FERRIERE.

La indisolubilidad legal en el matrimoni, es el amor habitual fuera del hogar.—EMILIO DE GIRARDIN.

La indisolubilidad conyugal daña á la población, haciendo los matrimonios menos fecundos. ¡Cuántos

esposos se ven que habitan en la misma casa, llevan el mismo nombre, y no tienen, en lo demás, nada de común juntos! ¡Cuántos otros llegan hasta vivir en habitaciones diferentes! ¡Cuántos otros, en fin, están completamente separados por la justicia! Esos himeneos de conveniencia dan todo lo más nacimiento á un hijo, y quedan en seguida perdidos para la población.

La indisolubilidad de los matrimonios les hace también menos frecuentes por dos razones evidentes; primera, porque favorece á los célibes, ofreciéndoles, en las esposas separadas ó descontentas de su suerte, conquistas fáciles, agradables y variadas. Quitadles esos medios de encontrar placeres ilícitos, se inclinarán á goces honrados; tomarán mujeres propias, cuando no puedan tener las de los otros.

Además, la indisolubilidad asusta á las gentes. En vano les alabáis la felicidad del himeneo, cuando pueden confundiros con cien ejemplos, cuando pueden deciros: «Soy hombre, puedo cometer un error; si lo cometiera, me impediríais repararlo; no lo arriesgaré. No elegiré, por temor de ser una víctima de la elección; no firmaré un contrato que puede convertirse en sentencia de mi desgracia, y una sentencia sin apelación. Restableced el divorcio, y marcharé al templo de Himeneo, seguro, entonces, de que si encuentro en él las Furias, encontraré también una salida para escapar á su rabia homicida.»—HENNET.

El matrimonio indisoluble es una institución diabólica, y cuando con sangre fría se reflexiona en las desgracias que de él pueden resultar, quédase uno estupefacto al ver la inmensa cantidad de locos que, con la cabeza baja, se lanzan á ese antro sin fondo y sin salida. —MATHIEU.

El matrimonio indisoluble es como una prisión en la que los guardianes no vigilasen sino de noche; cuando ven que todos los prisioneros tienen la cabeza en la almohada, creen que todo va bien.—P. J. STAHL.

Merced á la indisolubilidad del matrimonio, la vida de una mujer casada que tiene un amante está dividida en dos partes muy iguales pertenecientes ambas al perjurio. Por el día, engaña á su marido; por la noche, engaña á su amante.—P. J. STAHL.

La indisolubilidad absoluta del matrimonio no asegura sino su duración; pero, lejos de aferrar á los esposos á sus deberes recíprocos, contribuye, tal vez más que ninguna otra causa, á sus infidelidades. Descontentos uno de otro, y viendo su mal sin remedio, no piensan sino en paliarle; y, para mitigar sus sufrimientos, los deponen y se consuelan, el uno en brazos de una querida, la otra en los de un amante. Solamente el amor puede hacernos fieles á nuestros deberes; es el principio de todas nuestras uniones, y el único lazo que las mantiene.—PANAGE.

La indisolubilidad del matrimonio, garantizada por la intervención del sacramento, no es otra cosa que un medio prudente empleado por la disciplina cristiana para conservar la castidad de aquél. Pero, una vez que ese deber inviolable ha sido violado, y que el hecho puede pasar en justicia como constante, el querer que la perpetuidad del compromiso subsista á pesar de todo, ¿no es subordinar el fin á los medios?, ¿no es introducir una especie de enigma en la moral.—FILIBERTO.

Esclavo eterno de un sacramento que me sujeta en sus temibles cadenas, cuyo carácter augusto y puro ha sido mancillado; padre de familia sin serlo; desposeído del derecho de volverme á casar bajo mejores auspicios, y de poder vivir cristianamente en compañía de una mujer honrada; privado sin remisión de la dulzura de ser padre; aislado en medio de los humanos; castigado, en fin, precisamente porque he sido ofendido; tal es el espantoso estado en que me veo á la edad de cuarenta y cuatro años, sin casi otra esperanza razonable de salir de él que dejando de ser; y este estado, ¿quién lo creería?, es el resultado de una institución reputada esencialmente religiosa, de un sistema de legislación en pleno vigor á mediados del siglo XVIII, no en una nación de fanáticos ó de bárbaros, sino en una de las naciones menos supersticiosas y más civilizadas que haya en Europa.—FILIBERTO.

La naturaleza nos ha hecho, no para amores de azar, sino para el matrimonio indisoluble, solemnizado por la sociedad humana y santificado por la bendición de Dios...

La dignidad de la mujer no puede subsistir sin la perpetuidad del matrimonio.—JULIO SIMÓN.

El alma, y no el cuerpo, es la que hace el matrimonio indisoluble.—PUBLIO SYRUS.

La cuestión de la indisolubilidad del matrimonio es una de las más graves que hayan llamado la atención de los moralistas y de los legisladores...

... Los progresos siempre crecientes de la razón mostraron que, si el divorcio podía producir efectos enojosos, la indisolubilidad del matrimonio, entendida

en un sentido absoluto, podía causarlos más graves todavía. De aquí la opinión de los más célebres filósofos en favor de esa institución, y, entre ellos, basta nombrar á Montaigne, Charron, Milton, Grotius, Locke y Montesquieu, para probar hasta qué punto la solución afirmativa de la cuestión del divorcio era digna de llamar la atención de los legisladores, en la época de la gran reforma social que caracterizó entre nosotros el final del siglo XVIII.

Así fué que, desde la aurora de la revolución francesa, aparecieron numerosos escritos en pro y en contra del divorcio, pero en la sesión de la Asamblea legislativa del 30 de Agosto de 1792 fué cuando se trató por primera vez de él en la tribuna nacional. Un diputado (Aubert-Dubayet), aprovechando la ocasión que le ofrecía la discusión de una ley relativa á la manera de comprobar el estado de los ciudadanos, propuso que se decretara inmediatamente la adopción del divorcio; después, temiendo sin duda que no le creyesen interesado en la cuestión, tuvo cuidado de decir: «Unido á una esposa de veinte años, de la que tengo toda mi fortuna, ¿no sería justo que gozase ella del beneficio de vuestra ley, si yo tuviera la desgracia de llegar á ser un día indigno de mi mujer?» La asamblea tuvo tanta menos dificultad en adoptar en principio aquella proposición, cuando que muchas personas se habían adelantado á la ley haciendo pronunciar su divorcio por consejos de familia, y fundándose en que una de las disposiciones de la constitución declaraba que el matrimonio era un contrato puramente civil. Sin embargo, la ley del 20 de Setiembre de 1792 vino á regularizar un estado de cosas tan precario. Esa ley autorizó el divorcio: 1.°, por consentimiento mutuo; 2.°, por incompatibilidad de carácter; 3.°, por

causas determinables, tales como la demencia, la locura y el furor de uno de los esposos, la condena de uno de ellos á penas aflictivas ó infamantes, etc. — A. TAILLANDIER.

El matrimonio por toda la vida existe en el zorro, el topo, el águila, el cisne, el ruiseñor, etc., mientras que el toro, el caballo padre, el perro, no se acercan á la hembra sino para el acto de la procreación; después de lo cual, el macho y la hembra se van á vivir cada uno por su lado. Sin penetrar la razón de estas diferencias, que tienen ciertamente su explicación en necesidades naturales, y para abordar la relación sexual del hombre y de la mujer, nos parece, en este como en todos los casos, que si la humanidad es la síntesis de la animalidad, debe reunir todas las tendencias y todas las manifestaciones. Así, pues, si de una parte hay hombres constantes como el zorro, de otra parte tornadizos como el semental, y así, hay que deducir que el matrimonio es muy bueno para unos, muy malo para otros. El matrimonio indisoluble no debe, por lo tanto, ser una institución general, sino una saludable excepción apropiada á los individuos. — T. THORÉ.

CAPITULO IV

EL REPUDIO

La ley que permite el repudio es una ley imperfecta, que considera el matrimonio más bien como la unión de los cuerpos que como el lazo de los corazones, puesto que los desune por deficiencias corporales. Es también una ley dura, puesto que castiga á una mujer por faltas de la naturaleza; que la quita su existencia social, en la esperanza incierta de una unión más fecunda; ó, en fin, porque hace caer sobre ella la desgracia de una unión estéril, cuya falta puede ser imputada á su esposo, y nunca está probada contra la mujer.—DE BONALD.

El repudio, tolerado entre los judíos, era una ley dura, toda ella á favor del marido contra la mujer, y que hacía del uno un déspota, de la otra una esclava. No puede, pues, convenir á pueblos cristianos, cuya primera ley es la caridad, y entre los que el matrimonio, vuelto á la institución del *principio*, hace de la mujer, no un ser igual al hombre, sino una *ayuda* (ó ministro) *semejante á él*.—DE BONALD.

Un hombre puede repudiar á su mujer por haber dejado quemar el caldo.—El rabino HILLEL.

El marido puede despedir á su mujer únicamente porque encuentre una más bella, y hasta sin ningún pretexto.—El rabino AKIBA.

El célebre rabino León Módena, de Venecia, en su libro titulado *Ceremonias y costumbres de los judíos*, parte IV, cap. VI, dice muy crudamente: «Aunque una mujer no dé ningún motivo de queja de su conducta, su marido puede repudiarla, *por poco disgustado que esté de ella.*»

Mucho tiempo antes, el marido judío, *por cualquier cosa,* tenía el derecho de repudiar á su mujer.

Josefo no es menos explícito en este particular: «Si alguno, dice, quiere separarse de la mujer con la que vive, *por cualquier motivo que sea,* porque los hombres no carecen de ellos, certificará por escrito que no tendrá más relaciones con ella.» Es decir, que la echa y la repudia para siempre.

CAPITULO V

DE LA POLIGAMIA

La poligamia, que es el despotismo doméstico, fortifica y fomenta, en todas partes donde se practica, el despotismo político, como en Turquía, en China, en Persia, etc.—DE BONALD.

Se ha dicho mucho malo de la poligamia; los cristianos han imputado como un crimen á Mahoma el haberla mantenido. Pero la poligamia, tal como es practicada en Oriente, es tal vez menos inmoral en el fondo que la monogamia europea. En Oriente, si el marido tiene derecho á poseer varias mujeres, está obligado, por la ley, á cargar también con los deberes para con ellas y sus hijos; mientras que en Europa, en donde la monogamia *oficial* está en honor, la ley no protege más que los derechos de una sola mujer, y abandona á todas las otras, á las que se llama *queridas,* así como á sus hijos, á la discreción arbitraria del hombre.

«Que los optimistas de nuestra sociedad, dice Sockolinicki, reflexionen solamente sobre los capítulos de la estadística que tratan de las prostitutas, de las cortesanas, de los hijos ilegítimos, del divorcio, y se convencerán de que la monogamia, en su estado actual, no produce resultados más favorables á la feli-

cidad de los hombres que la poligamia de los pueblos musulmanes, y que, en este concepto, ambas sociedades no difieren más que en la forma.»

No tenemos en modo alguno la pretensión de hacer la apología de la poligamia; queremos solamente hacer constar que no siempre ha sido denigrada. San Agustín, por ejemplo, ha tratado de justificarla. «Si es hoy criminal, dice, es porque la costumbre está abolida; ¿de qué crimen se puede acusar á Jacob por haber tenido varias mujeres? Si consultáis á la naturaleza, se sirvió de ellas para tener hijos, y no para satisfacer su pasión. Si atendéis á la costumbre, autorizaba la poligamia; ninguna ley la prohibía. *¿Por qué es, pues, un pecado hoy? Porque es contraria á la ley y á las costumbres.* (Lib. II, contra Fausto, capítulo XLVII.)

Físicamente, la mujer completa al hombre, el hombre completa á la mujer. Multiplicando uno de los términos que concurren á formar el organismo verdadero, la poligamia produce un organismo monstruoso (1). Destruye la unidad fisiológica del ser complejo· altera las relaciones normales de sus elementos constitutivos. Así, lejos de favorecer la propagación, la detiene, y, como la experiencia lo ha demostrado siempre, allí donde impera la poligamia, la especie declina.—LAMENNAIS.

Los patriarcas tenían dos ó tres mujeres; David se

(1) La poliandria es más monstruosa todavía, porque se concibe, en ciertos casos hipotéticos, un fin á la poligamia; por ejemplo, el caso en que varias mujeres fueran arrojadas, con un solo hombre, á una isla desierta. Pero la poliandria no tiene nunca ningún fin; es, por el contrario, siempre opuesta á las miras de la naturaleza en la unión de los sexos.

MCD 2022-L5

casó con cuatro, después con diez. El haren comienza en los judíos; el haren, esa institución monstruosa que tomaron de Babilonia. No tardó la esposa en bajar un grado más; se convierte en menos que una máquina productora, como en tiempos de los patriarcas, menos que en un instrumento de placer, como en la India; se convierte en una cosa, lo mismo que los vasos, los rebaños, y no tiene sino un valor colectivo. Del mismo modo que un hombre rico compra, por respeto hacia su propia riqueza, tierras que no visitará nunca ó joyas que no mirará solamente para que se pueda decir: Tiene tantos objetos preciosos, tiene tantas fanegas de tierra; los judíos aumentaron el número de sus mujeres para manifestar su opulencia y su poder con un nuevo signo representativo; este signo fueron las mujeres. Salomón tuvo setecientas mujeres. Imaginaos, si podéis, la desesperación y las torturas que encerraba aquel haren. Figuraos lo que, bajo aquel sol oriental, en aquella vida toda de lujo y de ociosidad, entre aquellos jardines embalsamados, en medio de tantos refinamientos, de aquella organización de voluptuosidad, figuraos lo que debían sufrir setecientas criaturas desgraciadas entregadas á los deseos de una pasión única y no satisfecha.—ERNESTO LEGOUVÉ.

La poligamia es un estado puramente animal; nos da esclavas, el matrimonio nos da una compañera; aquélla fija el desenfreno en la morada del hombre, el matrimonio lo destierra para siempre, y santifica la casa del ciudadano.—AMATO MARTÍN.

Los turcos tienen tres clases de mujeres: las legítimas, las que van á buscar al Kebin, y las esclavas.

MCD 2022-L5

Las personas acomodadas, en Francia, también tienen comúnmente tres clases de mujeres; primeramente, la propia legítima y que le es verdaderamente indiferente.

En seguida, se relacionan con alguna mujer que esté de moda, es decir, conocida en el gran mundo, á fin de que se persuadan las gentes de que los afortunados tienen gran mérito, puesto que agradan á una mujer que sabe lo que vale y que no ha tenido sino aventuras ilustres. Y en tercer término, tienen alguna actriz, de la que no están precisamente enamorados, pero sí de la vida que les proporciona. En casa de ella están en su elemento, sin cumplimientos, sin cuidados. Reciben allí á sus amigos, y allí tienen mesa puesta.—MONTESQUIEU.

Buscas la razón de por qué la tierra está menos poblada que antes; y, si te fijas, verás que la diferencia procede de la que se ha producido en las costumbres.

Desde que la religión cristiana y la mahometana se dividieron el mundo romano, las cosas cambiaron mucho. Falta mucho para que estas dos religiones sean tan favorables á la propagación de la especie como la de los amos del universo.

En esta última religión estaba prohibida la poligamia; y en esto llevaba una gran ventaja á la religión mahometana; el divorcio estaba permitido, lo que le daba otra no menor sobre la cristiana.

No encuentro nada tan contradictorio como esa pluralidad de mujeres permitida por el santo Corán, y el orden de satisfacerlas ordenado por ese mismo libro. «Ved á vuestras mujeres, dice el profeta, porque les sois necesarios como sus vestiduras, y ellas os son necesarias como vuestras vestiduras.» He aquí un pre-

cepto que hace muy laboriosa la vida de un verdadero musulmán. El que tiene las cuatro mujeres establecidas por la ley, y solamente otras tantas concubinas, debe de estar abrumado por tantas vestiduras.

«Vuestras mujeres son vuestros laboreos, añade el profeta; acercaos, pues, á vuestros laboreos, haced bien por vuestras almas, y lo encontraréis un dia.»

Considero á un buen musulmán como un atleta destinado á combatir sin descanso, pero que muy pronto, débil y abrumado por sus primeras fatigas, languidece en el campo mismo de la victoria, y se encuentra, por decirlo así, sepultado bajo sus propios triunfos.

La naturaleza obra siempre con lentitud, y por decirlo así, con economía; sus operaciones no son nunca violentas; hasta en sus producciones quiere templanza; si se la precipita, no tarda en flaquear; emplea toda la fuerza que le queda en conservarse, perdiendo absolutamente su virtud productora y su poder generador.—MONTESQUIEU.

No es posible que el amor verdaderamente conyugal reine entre un hombre y varias mujeres, porque tal unión es opuesta á su origen espiritual, que requiere que tal unión se haga entre dos almas solamente. Los ángeles me han dicho que la poligamia va contra el orden establecido por Dios; que cuando un hombre se determina á casarse con más de una mujer, se aleja y se priva no solamente del contentamiento y de la satisfacción interior que procura la unión con una sola esposa, sino de la felicidad celeste; que tal cosa no puede tener otro fin que satisfacer un amor al libertinaje y al desenfreno, incompatible con el verdadero amor conyugal que es el solo que conduce al cielo.—SWEDENBORG.

MCD 2022-L5

DISCUSIÓN ENTRE UN TURCO Y UN ALEMÁN

Ben-Abul-Kiba, en su *Espejo de los fieles,* refiere que uno de los visires del gran Solimán dirigió este discurso á un agente del gran Carlos V.

«Perro cristiano, por quien, por lo demás, siento una singular estimación, ¿puedes censurarme por tener cuatro mujeres con arreglo á nuestras santas leyes, mientras que tú bebes como un condenado, y yo no pruebo ni una gota de vino? ¿Qué bien haces tú al mundo pasando más horas en la mesa que las que yo paso en la cama? Yo puedo dar cuatro hijos al año para el servicio de mi augusto amo; apenas puedes tú proporcionarle uno. ¿Y qué es el hijo de un borracho? Su cerebro estará ofuscado por los vapores del vino que haya bebido su padre. Además, ¿qué quieres tú que yo haga cuando dos de mis mujeres están de parto?, ¿no es preciso que me sirva de las otras dos, como la ley me lo manda? ¿Qué te haces tú, qué papel desempeñas en los últimos meses del embarazo de tu mujer única, y durante el parto, y durante las enfermedades? Preciso es que permanezcas en una ociosidad vergonzosa, ó que busques otra mujer. Estás necesariamete entre dos pecados mortales, que te hacen caer, rígido, después de la muerte, desde lo alto al fondo del infierno.

»Supongo que en nuestras guerras con los perros cristianos perdamos cien mil soldados; he aquí cerca de cien mil muchachas á las que hay que atender. ¿No incumbe á los ricos el cuidar de ellas? ¡Desgraciado del musulmán que no dé asilo en su casa á cuatro jóvenes bonitas en calidad de esposas legítimas, y que no las trate según sus méritos.

BIBLIOTECA

»¿Cómo, pues, están hechos en tu país el clarín del día, al que llamas gallo, el macho cabrío, príncipe de los rebaños, el toro, soberano de las vacas? Verdaderamente es curioso que me censures por tener cuatro mujeres, cuando nuestro gran profeta tenía diez y ocho. David, el judío, tenía otras tantas, y Salomón, el judío, setecientas, con trescientas concubinas. Ya ves si soy modesto. Cesa de censurar la gula á un prudente que hace tan sobrias comidas. Te permito beber; permíteme amar. Tú cambias de vino, tolera que yo cambie de mujeres. Que cada cual deje vivir á los otros á la moda de su país. Tu sombrero no está hecho para dar leyes á mi turbante; tu capilla no debe mandar á mi dolmán. Acaba de tomar el café conmigo, y vete á acariciar á tu alemana, puesto que te ves reducido á ella sola.»

RESPUESTA DEL ALEMÁN

«Perro musulmán, por quien conservo una veneración profunda, antes de acabar el café quiero confundir tus razones. Quien posee cuatro mujeres, posee cuatro arpías, siempre prontas á calumniarse, á reñir, á pegarse; el hogar es el antro de la discordia. Ninguna de ellas puede amarte; cada una no tiene más que una cuarta parte de tu persona, y no podría á lo más que darte la cuarta parte de su corazón. Ninguna puede hacerte la vida agradable; son prisioneras que, no habiendo visto nunca nada, no tienen nada que decirte. No conocen sino á ti; por consiguiente, las aburres. Tú eres su amo absoluto, luego te odian. Te ves obligado á que las vigile un eunuco que las dá de latigazos cuando meten demasiado ruido ¡Te atreves á compararte con un gallo!, jamás un gallo hace

que un capón azote á sus gallinas. Toma ejemplos entre los animales; parécete á ellos que le gustes; yo quiero amar como hombre; quiero dar todo mi corazón, y que me den el suyo. Daré cuenta de esta conversación á mi mujer esta noche, y espero que la divertirá. Respecto del vino que me censuras, sabe que, si está mal beberlo en Arabia, es una costumbre muy laudable en Alemania. Adiós.»—VOLTAIRE.

TERCERA PARTE

CAPITULO PRIMERO

LO QUE SE HA DICHO DEL CELIBATO Y DE LOS CÉLIBES.

El celibato sombrío, desierto y rudo, no es la libertad, sino la soledad.—E. AUGIER.

Hay solterones que se han quedado solteros por fidelidad á un recuerdo, otros por modestia ó timidez, otros también por abnegación hacia parientes ó huérfanos que tenían necesidad de ellos. Los hay que han sacrificado las alegrías del hogar al servicio del Estado, del arte ó de la ciencia; respetémosles. Pero, aparte estas escasas excepciones, que se me permita decir que tengo horror á los solterones.

El solterón sistemático, el que ha huído del matrimonio y de la familia, es decir, de la mujer honrada y digna, de la mujer del deber, para correr tras las prostitutas, tras la mujer que falta á sus deberes, que ha vivido sin aficionarse á nadie y sin que nadie se aficione á él y le siga en la vida, ese no me ha inspirado nunca más que aversión. Es el egoísmo humano en toda su fealdad y sin ninguna circunstancia atenuante.—P. J. STAHL.

El celibato es una situación antinatural.

MCD 2022-L5

El desarrollo del organismo, el huracán de las pasiones, la voz del corazón, todo dice al hombre, tanto en el orden físico como en el orden moral, que está destinado á darse una compañera.

Ahora bien, el hombre que desconoce esa voz del corazón, que no ha oído rugir el huracán de sus pasiones, y á quien el desarrollo de su organismo no ha dicho nada, es un hombre, ó incompleto, ó rebelde voluntariamente á la grande y divina ley de la naturaleza.

Si es incompleto, hay que compadecerle.

Si es rebelde, hay que condenarle, porque por lo general ocultará bajo la máscara de la hipocresía detestables inclinaciones.—PABLO BENFELD.

El celibato es indicado como una imitación de la vida de los ángeles.—BOSSUET.

Después de haber declarado, según San Pablo, que fuera del matrimonio el hombre y la mujer no son aisladamente todo lo que deben ser, Eugenio Buisson, pastor protestante, no deja de hacer una apología del celibato. «No pretendo, dice, ni San Pablo tampoco, que fuera del matrimonio carezcan absolutamente de destino el hombre y la mujer; que no puedan, uno y otra, glorificar á Dios sobre la tierra y servirle fielmente; que no puedan hacer valer útilmente los diversos talentos que les han sido confiados, y hasta alcanzar un grado elevadísimo de santificación. Hay almas, lo sé, que Dios ha puesto aparte, en cierto modo, y consagrado á una soledad excepcional. Ya proceda de un sacrificio espontáneo, y desde luego sublime; ya resulta de circunstancias providenciales aceptadas con espíritu de fe, de sumisión y de abnegación, esa

soledad es tan santa, tan activa, tan fecunda como la vida conyugal mejor llevada. Así, pues, no quiera Dios que quiera disminuir el mérito de esas almas escogidas ó desanimar á las que una gracia particular de la Providencia llama á marchar sobre sus huellas por un camino en el que encontrarán al mismo San Pablo, por no decir nada de Jesucristo.»—EUGENIO BUISSON.

Del horrible egoísmo ha nacido el celibato.—DUCIS.

Para los hombre, y sobre todo para las mujeres, no es nada fácil consagrarse al celibato, y llevar una vida perfectamente honesta.—J. DUPATY.

Un hombre libre, y que no tiene mujer, si tiene algún talento, puede elevarse por encima de su posición, mezclarse en el mundo y caminar al lado de las gentes honradas. Esto es menos fácil al que está comprometido; parece que el matrimonio coloca á todo el mundo en su puesto.—LA BRUYERE.

Un célibe es casi siempre un tonto que, después de haber temido hacer un matrimonio de amor con alguna bella y encantadora joven en su juventud, concluye por hacer en la vejez un matrimonio de conveniencia con su cocinera.—P. J. STAHL.

El voto de castidad es peor que el adulterio y que toda especie de impureza, puesto que solamente es un don de Dios, que el hombre puede recibir de Dios, pero que no puede ofrecerle ni consagrarle.—LUTERO.

El gusto del celibato comienza á reinar cuando el

gobierno se hace tan malo como sea posible. El ciudadano, no tardando en desprenderse del lazo más dulce, se desprende insensiblemente del amor á la vida. El suicidio se hace frecuente. El arte de vivir es un arte tan penoso, que la existencia se convierte en una carga. Se hubieran soportado todas las calamidades físicas reunidas; pero los males políticos son cien veces más espantosos, porque son arbitrarios.—MERCIER.

Bajo el aspecto moral, el celibato es juzgado por la experiencia; justifica lo que decía el emperador Augusto en su memorable alocución contra los célibes. Entonces, como en nuestros días, se ha observado que cuanto más disminuye el número de matrimonios, tanto más se perjudica á los que están contraídos; que cuanto menor es el número de gente casada, menos se respeta la fe conyugal.—EL REY DE CHANTIGNY.

Si no fuera por el veneno mortal que á menudo emponzoña las flechas del amor nómada, y pone fuera de combate á los atletas más intrépidos, ¡qué deliciosa vida sería la del soltero! Para él, ¡qué lugar tan de bendición es París, ese coto en el que en cuanto le impulsa el capricho, el genio de los viveros reproduce para su agrado la pesca..., es decir, la caza milagrosa! ¿No veis esos miles de cabritillas, de corzas, de gacelas y otros cuadrúpedos más ó menos fáciles de atrapar que trotan, saltan y caracolean ante los ojos del ofortunado Nemrod? Lo único que preocupa es la elección; verdad es que ésta vale por muchas otras preocupaciones, en vista de las epizootias que reinan

sin tregua entre la caza de su predilección.—E. DE NEUFVILLE.

Es muy bonita la vida de soltero, mientras se está en edad de casarse, mientras se tiene pelo en la cabeza; pero ¿después?—P. J. STAHL.

Un solterón hace en el mundo una figura tan tonta como una solterona, y esta tonta figura no tiene jamás el recurso de ser conmovedora.—P. J. STAHL.

No viváis en un celibato eterno, porque en vuestra vejez estaréis olvidados y abandonados. Dad algo á la naturaleza á la que debéis tanto; nacidos de unos padres que os han hecho miembros de la sociedad, sed padres á vuestra vez.—PROCLIDIO.

El hombre no está hecho para el celibato, y es muy difícil que un estado tan contrario á la naturaleza no acarree algún desorden público ó privado.—J. J. ROUSSEAU.

El menor defecto del celibato, es que lleva derechamente á los más fuertes á las monomanías, y á los mejores al egoísmo.

No sé de un célibe que no sea cien veces más difícil de vivir que un hombre casado; los más cuerdos reemplazan tarde ó temprano las grandes y buenas alegrías de la familia por las pequeñas satisfacciones tontas del aislamiento y de la minucia; no son esclavos ni de sus mujeres, ni de sus hijos, pero son esclavos de sí mismos, lo que es mucho peor. Como todo depende de ellos en su vida, cuando ésta va mal, les falta ese recurso siempre á la mano de los casados de

echar la culpa á lo que les rodea. Todo lo que les concierne es importante. Viven como cronómetros, están pautados como un papel de música, el azar no existe para ellos, todo está escrito en el cuaderno de su existencia. Cada cosa se convierte para ellos en hábito, en deber, en necesidad. Nada es reemplazado por ellos, y la menor falta en su programa es una pérdida en su jornada. Ved á un célibe en un restaurant. Si el mozo ha dejado que le ocupen su puesto, si no le trae el periódico antes de las ostras, si un caballero le toca el sombrero, si el asado no está á punto, si ya no hay melón, si el café está un poco frío, si José le ha servido sin inspiración, si el amo del establecimiento no parece haberse fijado en él, no hay más, el día es nefasto, se acordará mañana de que ha sido muy desgraciado hoy, etc., etc.—Allí donde le sigáis, le encontraréis absorto en cosas pequeñas. Su felicidad es un rompecabezas chino, un juego de paciencia.—El pétalo de una rosa le es un tropiezo, el vuelo de una mosca puede perturbarle. Pero ¿qué hablo de su felicidad? Un célibe se convierte á la larga en una pelota en la que todo entra en estado de aguja y de alfiler.—P. J. STAHL.

Los heréticos han hablado contra el celibato en una forma tan grosera, que es capaz de ruborizar á los mismos libertinos.—SAINT EVREMOND.

En general, el celibato parece menos favorable á la longevidad que el matrimonio, porque una vejez, por decirlo así, abandonada, sin hijos, sin compañía, sin ayuda de los parientes, que no aspiran, por el contrario, sino á gozar de los despojos de un célibe de-

crépito, lejos de entretener la vida con socorros afectuosos, no tiende sino á abreviar la duración de ella...

... La vida célibe, ya por el encadenamiento de un voto religioso, y fuera de los claustros, va acompañada del hastío y de sentimientos frecuentes de desesperación ó de suicidio, en ciertas épocas de una edad madura sobre todo. Apartado del mundo, á pesar de los placeres que en él pueda encontrar, si goza de los esplendores de la fortuna, el célibe, más que cualquier casado, aunque éste sea menos feliz, está condenado por su aislamiento á lanzarse hacia la nada. Así, la mayor parte de los suicidas son siempre célibes.—J. J. VIREY.

El celibato que la religión no ha santificado, no puede ser contrario á la propagación de la especie humana sin ser dañoso á la sociedad.—*(Enciclopedia del siglo XVIII.)*

Por la fuerza de las cosas, un célibe no piensa en ser bueno para los demás sino después de haberlo sido para sí mismo. El *primo mihi* está en las costumbres y le parece en los derechos y en las necesidades de la situación. Como el hombre sólo no puede contar con los otros, los otros no deben contar con él.—P. J. STAHL.

CAPITULO II

EL CELIBATO Y EL MATRIMONIO

Medidas todas las cosas, el matrimonio es preferible al celibafo.—BARIL.

Tan útil como es á la sociedad y á las buenas costumbres el matrimonio, tan perjudicial les es el celibato. ¡Y sin embargo, un célibre no es menos estimado que un hombre casado!...—BUENAROWITCH.

El matrimonio y el celibato tienen inconvenientes ambos; hay que preferir aquel cuyos inconvenientes tienen remedio.—CHAMFORT.

Se ha escrito mucho en pro y en contra del matrimonio, en pro y en contra del celibato, y la cuestión no ha sido resuelta. No se me ocurrirá dar mi parecer en este asunto,—haré solamente observar que el célibe puede siempre dejar de serlo en el momento en que descubra que se ha engañado.—ALFONSO KARR.

La frase más razonable y más moderada que se haya dicho sobre la cuestión del celibato y del matrimonio, es esta: «Cualquier partido que tomes, te arrepentirás.» Fontenelle se arrepintió, en sus últimos

años, de no haberse casado. Olvidaba noventa y cinco años pasados en el descuido.—CHAMFORT.

El país del celibato es triste, ¡porque está demasiado desierto, y el país del matrimonio no es siempre alegre cuando está demasiado poblado.—COLSON.

Una de las mejores razones que se puedan tener para no casarse nunca, es que nunca es uno completamente engañado por una mujer que no sea la propia.—CHAMFORT.

Conozco un hombre más ridículo y mucho menos interesante que un marido engañado: es el célibe de cincuenta años cortejando á su sirvienta en concurrencia con el aguador.—P. J. STAHL.

La diferencia que hay entre un soltero viejo y un marido viejo, es que el uno ha podido ser engañado por todas las mujeres, mientras que el otro no ha podido serlo más que por la suya.—L. SCHILLER.

Se puede no ser casado y no ser célibe; el que tiene á su cargo una mujer y un hijo y provee á las necesidades de una familia no es célibe.—L. SCHILLER.

Si, á pesar de todos sus inconvenientes, los hombres prefieren el matrimonio al celibato, es porque éste está menos conforme con la moral que aquél.—J. DUPATY.

La política y la moral están igualmente interesadas en combatir el celibato. El matrimonio une al hombre más íntimamente con su país, con la sociedad; le obli-

MCD 2022-L5

ga á mostrar más actividad. El padre de familia es semejante á un árbol vigoroso sujeto á la tierra por un gran número de raíces. El efecto del celibato, por el contrario, es el apartar de la cosa pública, de concentrar al hombre en sí mismo, de hacerle personal é infundirle una profunda indiferencia hacia los otros.

La Administración no debería llamar á los numerosos empleos civiles de que dispone sino á los cabeza de familia ó á jóvenes destinados á serlo.—GIRAUD.

El matrimonio tiene muchos trabajos pero el celibato está desprovisto de placeres.—JOHNSON.

Se compara ordinariamente la vida de los hombres á una comedia; pero el pasaje más divertido es á menudo el de los matrimonios que se contraen, y que ven el punto principal adonde van á parar casi todas las líneas, ya de la vida civil, ya de los asuntos cómicos que son su imagen; se ha encontrado, sin embargo, una secta de personas, que se llamaban marionitas, que, con pretexto de que toda generación era un mal, no se casaban nunca. Los esenios, si hemos de creer á Josefo, hacían lo mismo por esta otra razón, porque á su entender jamás mujer había inviolablemente guardado la fe prometida á su marido.—LA MOTHE LE VAYER.

El matrimonio ha sido honrado en todos los tiempos. La esterilidad y el celibato eran, entre los hebreos, una especie de oprobio y una causa de exclusión de las asambleas del pueblo entre los primeros cristianos, era una causa de inhabilitación para los cargos públicos y para las funciones de la magistratura. Los romanos iban más lejos todavía; puesto que

no aceptaban el testimonio de los célibes y coronaban solemnemente á los ciudadanos que habían demostrado bastante virtud para contraer varios matrimonios sucesivos. Los espartanos les vedaban el teatro y hasta instituyeron una fiesta en la que los célibes eran azotados por mujeres, en la plaza pública.

En Alemania, su herencia pasaba en otro tiempo al Estado, y en las ciudades imperiales, lo mismo que en Suiza, no podían ejercer ninguna función pública. En Maryland, estaban sometidos á un impuesto especial, y, entre los chinos y los indios, se considera como una vergüenza el no casarse. Los últimos abrigan la firme convicción de que el alma de un bramin que muere célibe, está obligada, para expiación, á errar por la tierra, hasta que sea rescatada. Para evitar esta suerte funesta, los persas, los chinos y varios pueblos tártaros casan á sus hijos, cuando nacen sin vida, antes de proceder á su inhumación.—A. MAYER.

Hay demasiada calma en el celibato, y demasiada perturbación en el matrimonio; sería preciso hallar un término medio, algo que no fuese ni el celibato completamente seco, ni el matrimonio completamente crudo.—MOUCHOL.

Entre el número de razones que deciden á los espíritus fuertes en favor del celibato, se olvida la ventaja que tienen la mayor parte de los célibes de morir en brazos de su portero.—P. J. STAHL.

CAPITULO III

LOS CÉLIBES

Un soltero es más duro, más cruel que el hombre casado; tiene menos sentimientos que despierten su ternura y conmuevan su corazón.—F. BACON.

Los célibes se encuentran en una situación que no es franca en la sociedad. Seres incompletos é incomprendidos, atraviesan la vida como viajeros solitarios, sin ilusiones, sin esperanzas, con el alma seca y el espíritu agriado.

Ajenos á las dulces alegrías de la familia, para engañar á su corazón se dedican á no ver la sociedad sino bajo su mal aspecto; á fin de consolarse de no haber amado, se crean un egoismo sistemático y un escepticismo convencional.

No les habléis del matrimonio; no callarán sobre los peligros de la vida conyugal; no les alabéis los encantos de la ternura paterna; gritarán contra la ingratitud de los hijos y las cargas de la familia; guardaos de hablarles de amistad; huirán, temiendo que les pidáis un favor.

Pero como, en suma, tienen necesidad de esa sociedad que calumnian, sus rostros harán un gesto de fingida alegría, y su odio contra el orden social se ocultará bajo el manto de la urbanidad.

MCD 2022-L5

Solteronas, tratarán de insinuarse en la confianza de los hogares; solterones, rimarán á Cloris y harán las delicias de las academias de provincia. Si son ricos, los buscarán, los animarán, se adelantarán á sus menores deseos; si son pobres, apenas les ofrecerán una silla. Pero, que sean ricos ó no, generalmente son mezquinos de espíritu y pobres de corazón.—PABLO BENFELD.

El célibe viejo y rico no carece nunca de una numerosa parentela, que espera con impaciencia la hora de su fallecimiento.—BOINVILLIERS.

El hombre no puede ser feliz ni sin mujer ni con una mujer.—D. CARON.

Un célibe es un ser no concluido; es un solo tomo de una obra en dos volúmenes, que vale menos que la mitad de la obra; es una media tijera de la que no se saca ninguna utilidad y que puede hacer mucho daño. —DES ORMES, *Pro. de los Orientales.*

El célibe tiene en sí algo menos ó algo más que el hombre casado; le es inferior ó superior.—J. DUPATY.

«Entre los hombres fogosos de las revoluciones, habrá siempre diez veces más de célibes que padres de familia, ó ciudadanos comprometidos en los lazos matrimoniales.» Esta reflexión de Keratry no es tan favorable como á él le parece para el matrimonio. Los padres de familia, en efecto, atacan con menos gusto que los célibes cualquier orden de cosas, pero tampoco lo defienden con mucho ardor. El hombre que no tiene familia puede estar más pronto á la revuelta,

pero puede también ser más entusiasta de su patria y hace de mejor grado á una idea generosa el sacrificio de una vida que solamente es suya.—L. SCHILLER.

Si, en las mujeres, el corazón estuviera siempre de acuerdo con el cerebro, los célibes se morirían de hambre; cosa que no sucede nunca.—ESTEBAN DE NEUFVILLE.

¿Quién ha podido consagrar así á esa joven á una penosa estirilidad y á ese muchacho á los tristes egoísmos del celibato? La infernal teoría del *snobismo*, que nos tiene á todos bajo su cetro de plomo, que nos dice: «No tenéis derecho á amar si no podéis dar una doncella á vuestra mujer; no os caséis si no tenéis coche. No soñad con llenar vuestro corazón con el amor de una casta esposa, si no tenéis un lacayo con librea y una aya francesa. No servís para nada, si os es imposible sufragar el gasto de una berlina con un caballo.» Si os casáis con una mujer pobre, la sociedad os expulsa en seguida de su seno; vuestros parientes os huyen como de la peste; vuestras tías y vuestros tíos os volverán la espalda deplorando vuestra locura y lamentando vuestra mezquina boda. ¡Ea, muchachas!, podéis venderos sin vergüenza á cualquier viejo Creso; y vosotros, jóvenes, sofocad todo sentimiento generoso en vuestro corazón y haced de vuestra vida una prolongada hipocresía para poner la mano en una buena dote. ¡Pero desgraciadas si sois pobres!, la sociedad, ó el *snobismo* ejerce su ciego poder, os condena á pasar vuestros días en la soledad y el abandono. ¡Pobres muchachas!, tenéis que resignaros á vegetar en vuestro retiro, y vosotros, pobres célibes, á languidecer en vuestro casino.—THACKERAY.

El hombre sin mujer ni hijos estudiaría mil años en los libros y en el mundo el misterio de la familia, y no sabría de él una palabra.—MICHELET.

A mi entender, el casino debería prohibirse en absoluto á los célibes. En vez de permitir á los solteros el ir á disfrutar en el casino de todas las dulzuras del lujo más refinado, se debería crearles una existencia de las más desgraciadas, y proponer una recompensa al inventor que encontrara el medio de hacer que los momentos de ocio de los tales solteros fueran los más insoportables de su vida.—THACKERAY.

CAPITULO IV

EL CELIBATO DE LAS MUJERES

¿Tiene influencia el celibato de las mujeres sobre la salud, sobre la felicidad y sobre todo sobre la belleza?... Con la mano en el corazón afirmo que á igualdad de edad, las solteras son más bellas que las casadas; pero no puedo ocultar el reverso de la medalla; las solteras que viven solas y sin dar expansión á esos tesoros de abnegación que Dios ha puesto en el corazón de la mujer, son entrometidas, poco amables, ásperas, egoístas, etc.; no digo más, temo las venganzas, y, de otra parte, debo confesar que los solterones tienen defectos mucho más grandes todavía.—V. MAQUEL.

Los hombres no se casan ya porque amen á tal ó cual mujer, sino porque tal mujer es un negocio, es decir, porque les procura una ventaja material. Así, cuando una mujer, por bella y virtuosa que sea, no tiene dinero, ni comercio, ni industria; en una palabra, cuando no puede ofrecer al hombre una ventaja material cualquiera, corre gran riesgo de quedarse soltera toda la vida. Y esto se concibe; la miseria es grande y la vida muy difícil; el hombre apenas puede atender á sí mismo; si se casa con una mujer que no tenga dinero, ni industria, sabe de antemano que,

MCD 2022-L5

al casarse, aumenta extraordinariamente sus necesidades... Cuando se ha visto lo que pasa en el hogar ajeno, se asusta uno... El hombre prudente se retrae, y, como consecuencia natural, el número de solteras crece cada día, hasta tal punto que las jóvenes se alarman, y por todas partes se trata de organizar asociaciones de socorros mutuos contra el celibato de las mujeres.

El menor defecto del principio que pone la perfección en la virginidad, y que, por consiguiente, hace de la maternidad una cuestión de caída, es hacer que el honor de las mujeres sea radicalmente incompatible con la existencia de la humanidad. Digo que es su menor defecto, porque, suponiendo que pudiera convenir á todas las mujeres alcanzar la suma perfección y permanecer vírgenes, resultaría de esto la extinción del género humano, lo que no sería, á mi entender, un fausto acontecimiento.—BELLEGARRIGUE.

¿Por qué no dejar los conventos? ¿Por qué dos ó tres autores dramáticos han presentado el caso de unas religiosas violentadas por sus padres? Pueden cometerse en este asunto algunos abusos parciales y debidos al azar, pero lo general es que desaparezcan de la sociedad unas cuantas feas. La soltera vieja ó la joven desfigurada por las viruelas salva de ese modo su amor propio; segura de no encontrar marido, quiere simular que se sacrifica al Señor.—*El príncipe de* LIGNE.

CAPITULO V

EL CELIBATO DE LOS SACERDOTES

Proscribimos el matrimonio, porque llevaría la afección de los sacerdotes hacia sus mujeres y sus hijos, y los apartaría de la dependencia de la Iglesia dándoles una mujer y una patria.—*El Concilio de Trento.*

Hay que confesar que la ley del celibato para los obispos, los sacerdotes y los diáconos, es tan antigua como la Iglesia. Sin embargo, no hay ley divina escrita que prohiba ordenar á personas casadas, ni casarse á los sacerdotes. Jesucristo no dió sobre ello ningún precepto.—*Enciclopedia del siglo XVIII.*

El celibato de los sacerdotes no es sino un punto de disciplina; no es esencial á la religión cristiana; no ha sido jamás considerado como uno de los fundamentos del cisma que tenemos con los griegos y los protestantes.—El abate DE SAINT-PIERRE.

El celibato de los sacerdotes es opuesto tanto al espíritu como á la letra del Evangelio... Es un estado contra naturaleza y antisocial que rechazan por igual la religión y la civilización. Mientras los sacerdotes no estén casados, la religión predicada por ellos será

MCD 2022-L5

un fermento de discordia, un motivo de perturbación social.—El abate CHATEL.

Casados, los sacerdotes estarían ligados al Estado por los lazos de familia; en lugar de que, en el celibato, no reconocen más jefe que el Papa. Forman y perpetúan un Estado en el Estado.—Citado por la *Enciclopedia de las gentes de mundo.*

1.° Si cuarenta mil curas tuvieran en Francia ochenta mil hijos, como éstos estarían, sin duda alguna, mejor educados, el Estado ganaría súbditos y hombres honrados, y la Iglesia fieles.

2.° Como los eclesiásticos son, por su estado, mejores maridos que los otros hombres, habría cuarenta mil mujeres más felices y más virtuosas.

3.° No hay hombre para quien no sea difícil de observar el celibato; de donde puede ocurrir que la Iglesia sufra con gran escándalo por un sacerdote que falte á la continencia; mientras no proporciona ninguna utilidad á los otros cristianos el que vive continente.

4.° Un sacerdote no presentaría menos méritos ante Dios soportando los defectos de su mujer y de sus hijos, que resistiendo á las tentaciones de la carne.

5.° Las penalidades del matrimonio son útiles para el que las sufre, y las dificultades del celibato no lo son para nadie.

6.° El sacerdote, padre de familia virtuoso, sería útil á más personas que el que practica el celibato.

7.° Algunos eclesiásticos, para quienes la observancia del celibato es muy penosa, no creerían haber cumplido con todo cuando no tengan nada de que acusarse por ese lado.

MCD 2022-L5

8.° Cien mil sacerdotes casados formarían cien mil familias; lo que daría más de diez mil habitantes de más al año; aunque no se contara sino cinco mil, este cálculo produciría aún un millón de franceses en doscientos años. De donde se deduce que, sin el celibato de los sacerdotes, se tendrían hoy cuatro millones de católicos más, á contar solamente desde Francisco I; lo que formaría una suma considerable de dinero, si es cierto, como ha calculado un inglés, que un hombre vale al Estado más de nueve libras esterlinas.—El abate DE SAINT PIERRE.

Resultarían grandes ventajas para los pueblos y para los reyes con la abolición del celibato eclesiástico. La opinión en este asunto está perfectamente ilustrada; pero el gran obstáculo se encuentra en la política de la corte de Roma, que, siempre sometida al mismo orden de ideas, no se aparta del sistema adoptado en siglos menos ilustrados. Llegará un día, tal vez, en que rancios prejuicios, rancias ideas de la dominación cederán el puesto á miras más sanas y más religiosas.—A. JAY.

Los célibes, cualquiera que sea la ley que les ordena ese estado, no pueden resistir mucho tiempo al impulso de la naturaleza, porque las leyes que la contrarían son siempre impotentes. Se ven, pues, reducidos á faltar á ellas y á aumentar el número de agentes de la corrupción pública. Así, no es la falta de los sacerdotes célibes, como se piensa vulgarmente, sino sus pasiones y su multitud lo que contribuye á producir la depravación de las costumbres. Está probado que el país de Europa en donde las costumbres están más depravadas es aquel en donde más abundan

MCD 2022-L5

los sacerdotes. Es un hecho averiguado contra el cua van á estrellarse todos los sofismas contrarios.—J. A. DULAURE.

El espíritn de la Iglesia ha sido siempre favorable al celibato; ha querido que el sacerdote estuviese desembarazado de los cuidados del mundo; que los que exigen los hijos no perjudiquen al qué tiene el derecho de exigir el rebaño; que los beneficios no fuesen hereditarios; que lo superfluo de las rentas eclesiásticas se distribuyese entre los pobres. ¿No es este el deseo de los fundadores? San Pablo y varios Padres de la Iglesia han considerado el celibato como el estado más perfecto, y han deseado que el ministro de los altares hiciese profesión de una perfección mayor que los seglares.—*Enciclopedia del siglo XVIII.*

En el concilio de Trento fué donde se impuso el celibato á los sacerdotes y á los miembros de las comunidades religiosas. Sabidos son todos los desórdenes que de ella resultaron. El libertinaje de los frailes llegó á ser proverbial, y una mujer honrada no se aventuraba en un convento de aquéllos. Los escándalos que daba atrajeron más de una vez las miradas de la justicia. Conocida es la aventura del jesuita Girard y de la Cadière; la aventura más reciente del cura Mingrat prueba á qué exceso de barbarie pueden llegar los hombres contrariados en la más enérgica inclinación de la naturaleza.

Aquel cura, habiendo atraído á su casa á una de las mujeres más hermosas de la comarca, le hizo proposiciones que ella rechazó con espanto. Engañado en sus esperanzas, el cura Mingrat, temiendo revelaciones indiscretas, asesinó á su víctima, la cortó en pedazos, y los arrojó al Isere.

MCD 2022-L5

Semejantes hechos no suceden en los países protestantes, en donde los ministros del culto llegan á esposos y padres. El cariño á la familia, como dice Milton, los liga á las instituciones y á las leyes de su país; son ciudadanos, sin dejar de ser miembros del sacerdocio. Están unidos á la sociedad por lazos indisolubles, y al predicar la moral evangélica, dan ejemplo de todas las virtudes.—A. JAY.

No es al sacerdote á quien se ha prohibido el matrimonio, es al confesor. Los jefes de la Iglesia han comprendido que solamente el celibato del confesor podía dar crédito al secreto de la confesión.—P. J. STAHL.

MCD 2022-L5

CUARTA PARTE

MOSAICO

Edad en la que debe uno casarse.

Hay que casarse joven ó nunca. En su sermón sobre el matrimonio, dice con razón Lutero: «Nadie debe arrepentirse de levantarse temprano, ni de casarse pronto.»

Séneca no comparte este parecer: «El retardarlo, dice, constituye la prudencia. La precipitación engendra el arrepentimiento, de suerte que en semejante circunstancia, hay que apresurarse lentamente.»

La edad que conviene á la guerra, conviene también á Venus. Un soldado viejo cargado con las armas, causa compasión, un viejo enamorado es una cosa vergonzosa. La edad que los jefes exigen en un valiente soldado, la exige una joven bella en el marido que la dan.—OVIDIO.

Seguridades.

El hombre previsor está asegurado contra el matrimonio hasta su muerte, ó la de su mujer.—J. VIARD.

MCD 2022-L5

Por el matrimonio, la mujer está asegurada contra todos los riesgos de la seducción.—J. VIARD.

La bigamia practicada en grande.

Anselmo Ricard, corresponsal del diario *La Presse*, escribía desde Sidney (Australia), 10 marzo 1855:

«Nos sucede en la colonia tener casos judiciales en los que la novela más increíble parece mezclarse á la realidad.

»En las últimas sesiones de Maitland, un tal Riley fué llevado ante el tribunal, acusado de bigamia por su mujer, la señora Riley. Riley abogó por el *not guilty* (no culpable), porque su mujer, la señora Riley, era bígama á su vez, y su segundo matrimonio era nulo. La señora Riley, por su parte, dijo que el primer matrimonio era nulo, porque su primer marido era también bígamo. Riley, á su vez, añadió que su primera mujer era bígama también. Comparecieron todas estas personas; resultó que á propósito de Riley, se puso mano en un nido de seis bigamias correlativas; el tribunal, asustado al ver una tal cantidad de matrimonios nulos, se apresuró á cerrar los debates, poniendo á Riley en libertad de volar á nuevos himeneos.

Lo que acabo de contar no es una invención; es la realidad resultante de los matrimonios *ad libitum* ingleses. Leemos todos los días en los periódicos: Ruego á mi mujer que vuelva á la casa, le perdono todos sus yerros, etc., etc. Dicha mujer ha huido con algún Lindoro, y va á vivir, tras nuevo matrimonio (porque se vuelve á casar) al campo. Estos casos son muy frecuentes entre los obreros.»

En Francia, no se es tan tolerante para los que se permiten casar con dos mujeres.

MCD 2022-L5

El 25 de Mayo de 1855, el tribunal del Ródano condenó á cinco años de reclusión á un individuo convicto de bigamia.

Cadena por cadena.

Un cautivo gemía encadenado; un hombre generoso le rescató y le casó con su hija. Esta, que era de mal genio, echó en cara un día á su marido su antigua esclavitud. «Fuí libertado, es cierto, dijo el marido, pero como el cordero de los dientes del lobo, para ir desde el hato á la carnicería.»—SAADI.

Código conyugal de los indios.

1.° No hay más Dios en la tierra para una mujer que su marido.

2.° Que el marido sea viejo, contrahecho, repugnante, brutal, ó que se gaste todos los bienes con queridas, su mujer no debe por eso de dejar de poner toda su atención en tratarle como á su amo, su soberano, su Dios.

3.° Una criatura femenina está hecha para obedecer á toda edad; hija, debe someterse ante su padre; esposa, ante su marido; viuda, ante sus hijos.

4.° Toda mujer casada debe evitar cuidadosamente el prestar la menor atención á los hombres que estén dotados de bellezas del espíritu y del cuerpo.

5.° Una mujer no debe permitirse el comer con su marido; debe encontrarse honrada con comer sus sobras.

6.° Si su esposo ríe, reirá; si llora, llorará.

7.° Toda mujer, cualquiera que sea su rango, debe barrer todas las mañanas la casa, fregar la vajilla y preparar por sí misma los manjares gratos á su marido.

8.° Para agradarle, debe bañarse todos los días, primero en agua pura, después en agua azafranada, peinar y perfumar su cabellera, pintar el borde de sus párpados con antimonio y trazar sobre su frente algún signo rojo.

9.° Si su marido se ausenta, ella debe ayunar, acostarse en el suelo y abstenerse de todo tocado.

10. Cuando el marido regrese, irá triunfalmente á su encuentro, y le dará inmediatamente cuenta de su conducta, de sus palabras, hasta de sus pensamientos.

11. Si él la regaña, ella debe agradecerle sus advertencias.

12. Si la pega, ella debe recibir pacientemente su corrección, después cogerle las manos, besárselas respetuosamente y pedirle perdón por haber provocado su cólera.

Consejos á las señoritas artistas.

Casaos, mis lindas jóvenes, casaos. ¡Ah!, ¿por qué no os habíais de casar? ¿No tenéis todo lo que os hace falta para constituir un negocio pequeño ó un descalabro grande? Casaos, nada hay más dulce que el matrimonio; no se trata de esos matrimonios vulgares, sino de aquellos en los que se encuentra algo más misterioso, porque vuestros maridos se dirán siempre estas memorables palabras del Génesis: «¡Señor, Señor!, ¡la mujer que me habéis destinado por compañera me ha dado madera!» Pero también, arreglad vuestro asunto á la sordina, porque á las heroínas de la vanidad las espero á pie firme en el valle de Josafat, cuando el gran preboste de la guardia celeste envíe á sus arqueros para ordenar que tomen cuerpo todas las almas del mundo. Allí, no se tendrá en cuenta una bo-

nita voz ó milagrosas cabriolas; é igualmente nada de trenes, nada de lujos, nada de figurines, nada de perritos falderos; allí únicamente vosotras, almas tiernas, artistas celestes, almas colombinas, tendréis derecho á ir á picotear la barba del Padre eterno; vosotras iréis á los almacenes del paraíso á trocar los andrajos de la artistería por liras de azul, y á embriagaros con la ambrosía de la vida eterna, lo que os deseo lo más tarde posible.—*Diccionario burlesco.*

Causa de despoblación.

En los primeros días de Febrero de 1858, el *Journal de Trevoux* dirigía á los solteros de la localidad la siguiente nota, y daba un grito de alarma referente al decrecimiento de la población de aquella villa:

«Varias veces, dice aquel periódico, hemos señalado la despoblación, ocasionada sin duda por el reducido número de matrimonios que se han celebrado en esta villa desde hace algún tiempo.

»Sin embargo, no faltan señoritas; hay muchas y de muy buenas condiciones que esperan, sin querer confesarlo, las demandas de matrimonios; pero los jóvenes esperan también, fumando y jugando al dominó, que la treintena llegue; todavía á esta edad no quieren sino mujeres de diez y ocho á veinte años, olvidándose de sus compañeras de la infancia que se resignan suspirando.

»En este mes de Enero, hasta el 29 inclusive, el estado civil de Treboux está aún en pérdida respecto de la población. Se cuentan tres nacimientos y ocho defunciones en la villa, más cinco en el hospital; en cuanto á matrimonios, *¡cero!*... Hay, por lo tanto, una disminución de cinco personas en este mes.»

MCD 2022-L5

Desacuerdo conyugal.

Si nuestro espíritu no es cuerdo en todos los momentos,
Los errores más cortos son siempre los mejores.
Cuando no se toma en dote sino la sola belleza,
El remordimiento está muy próximo á la solemnidad;
Y la mujer más bella tiene muy poca defensa,
Contra esa tibieza que sigue al goce.
Os lo repito, esos arrebatos,
Esos ardores juveniles y esos transportes
Nos hacen disfrutar al principio algunas noches agra-
Pero tales felicidades no son duraderas, [*dables;*
Y nuestra pasión, retardando su curso,
Tras aquellas buenas noches da malos días; [*miserias,*
De ahí proceden los cuidados, las preocupaciones, las
Los hijos desheredados por el enojo de los padres.

MOLIERE.

Los disgustos que se dan mutuamente en el matrimonio, recaen siempre sobre el que los causa.—J. J. ROUSSEAU.

¿Qué hace el espíritu maligno cuando quiere perturbar la unión conyugal?—Dice á la mujer: «No cedas á tu marido, porque serás la más desgraciada de las mujeres.» Dice al marido: «No cedas á tu mujer, porque, si cedes una vez, te pondrá el pie encima.»

Después se ríe cuando ve á los dos esposos que ponían su felicidad en hacerse agradables unos á otros, obsesionados por el espíritu de dominación respectiva, contrariarse, obstinarse sin cesar, y hacerse mutuamente esclavos por el temor continuo de llegar á serlo.—DE VANNIERE.

MCD 2022-L5

Duelos conyugales.

En los antiguos duelos judiciales entre un hombre y una mujer, el hombre era, por lo general, colocado en un agujero hasta la altura del estómago, á fin de hacer bajar su fuerza al nivel de la fuerza de la mujer, y ésta le golpeaba con un velo que envolvía una piedra... Pero en nuestros días, en los duelos conyugales, parece que es el hombre al que se deja libre, y la mujer á la que se mete en un agujero. Sigue teniendo el velo para defenderse, pero se le ha quitado la piedra.—JUAN PABLO RICHTER.

Entre el árbol y la corteza.

Una noche oí unos gritos espantosos que salían de un sombrío rincón de la callejuela de los Marais-Saint-Germain. Me dirigí al lugar y encontré á una mujer á la que su marido golpeaba bárbaramente; estaba llena de sangre. Cogí al marido por un brazo y le apliqué la corrección que parecía haber merecido. La mujer, aturdida, me dejó hacer al pronto; pero, después, se arrojó sobre mí como una leona para defender al miserable que acababa de maltratarla. Este pequeño incidente me dió una alta idea del poder de la institución del matrimonio.—P. J. STAHL.

Esposa.

El matrimonio confunde á la amante y á la querida en una sola persona, que es la esposa. — ERNESTO LEGOUVÉ.

Pruebas matrimoniales.

Se deberían permitir tres matrimonios á los hombres y á las mujeres. Dos servirán de prueba, se vi-

viría en aquel en donde los genios concertasen mejor. —El príncipe de LIGNE.

Facilidad del matrimonio en Inglaterra.

He aquí un nuevo ejemplo de la deplorable facilidad con que se puede uno casar en Inglaterra:

Dos jóvenes, dos niños *(in the teens)* entre trece y veinte años, y ligados ya, sin embargo, por los lazos del matrimonio, se presentan á la fuerza ante el juez de Worship street, acompañados de sus padres, que acuden á solicitar el parecer de aquel magistrado sobre lo que deben hacer en las circunstancias que van á ser explicadas por el padre del joven esposo.

«Soy comerciante, dice, y ejerzo mi comercio en dos establecimientos separados, de los que confié uno, hace algún tiempo, á mi hijo que salía del colegio, y cuya conducta me satisfizo hasta el martes último. Ese día se ausentó, y juzgaréis de mi asombro cuando me dijo al volver, que acababa de casarse con una muchacha más joven que él. Al principio se negó á darme á conocer á su mujer, á la que veo en esta audiencia.» (Las miradas se dirigen hacia una jovencilla que se oculta cerca de sus padres, á los que mira tímidamente.)

EL JUEZ. Ciertamente es una historia singular. (*Al padre.*) ¿Estará acaso su hijo un poco trastornado?

EL PADRE. Jamás he tenido motivo para pensarlo.

LA MADRE DE LA RECIÉN CASADA. El hijo del testigo que acaba de hablar se encontró por primera vez con mi hija en una reunión de las fiestas de Navidad, y se enamoró de ella locamente. Logró tan bien lo que se proponía, que mi hija se escondió un día debajo de una cama para procurarse una entrevista con su adorador.

MCD 2022-L5

La víspera del día en que se realizó este triste matrimonio, ese joven vino á mi casa, é insistió con la mayor energía en tener una entrevista con mi hija. Se la concedí, y en aquella entrevista, como luego me declaró mi hija, la amenazó con matarla si le rehusaba por marido. Al día siguiente desapareció ella de la casa, y cuando volvió fué para confesarme que se había casado y que su marido la había ya abandonado.

El juez pregunta á la joven si lo que acaba de decir su madre es exacto, y ella responde afirmativamente. Su marido, dice ella, la llevó á la ciudad; entraron en una iglesia, donde se celebró el matrimonio, consumándose después. Su marido le declaró en seguida que se había casado con ella para castigarla, porque parecía que prefería á otro joven, el cual ya no la solicitaría después de lo que había pasado.

El juez. Es este uno de los asuntos más extraordinarios en que haya intervenido. No dudo de que los jueces competentes, en razón de la menor edad de las partes, del engaño de que la joven ha sido víctima, declararán la nulidad del matrimonio. Pero, mientras la cuestión se debate y se decide, el marido debe proveer á las necesidades de la mujer que se ha dado.—*Gaceta de los Tribunales.*

Una mujer perdida.

Hacia fines del mes de Mayo de 1855, varios diarios de Nueva York contenían el siguiente anuncio, que un marido, desposeído de su mujer, hizo insertar:

«Mi mujer, Ana María, se ha perdido ó ha sido robada. Prometo romper la cabeza al que me la traiga. En cuanto á abrirle crédito á ella, los comerciantes están en su derecho de hacerlo; pero como jamás he

pagado yo mis propias deudas, es imposible que salde las suyas.»

El herbario de las mujeres.

Todas las mujeres están locas al querer enterrar á su amante en el casacón de un marido. Se ve que algunos sabios desagradables cortan una bella flor al sol, para convertirla en una cosa fea y marchita en un herbario: las mujeres son iguales. — OCTAVIO FEUILLET.

Himeneo.

Cuando Himeneo nos recibe en su reino, el primer filtro que debería servirnos es el agua del Leteo.— PABLO DE MOLENES.

Lo terrible del himeneo, es que en el día de sus cóleras, no se limita, como el amor, á convocar la tropa majestuosa de los dolores; llama á todas las miserables tristezas, á todos los enojos mezquinos.—PABLO DE MOLENES.

Iniciación de la mujer.

El matrimonio da al marido un momento único para adquirir verdaderamente la mujer, sustraerla á la influencia extraña y asegurarla para siempre. Convendría que en los comienzos, cuando pueden mucho sobre ella, la asociara á su espíritu, á sus negocios, á sus ideas; que la iniciase en sus proyectos, que la crease, con su actividad, una actividad propia; que ella quiera y piense con él, obre con él, sufra con él: he aquí el matrimonio.—MICHELET.

MCD 2022-L5

Los borrachos y sus mujeres en Inglaterra.

En Inglaterra, los hogares se ven á menudo perturbados por la costumbre que tienen muchos maridos de embriagarse. Las mujeres no saben qué hacer para impedir que los hombres se entreguen á la bebida. Emplean á veces medios que no siempre aprueba la justicia. Así es como, en el transcurso del año 1856, varias mujeres fueron llevadas ante los tribunales por haber envenenado á su marido, no queriendo, dijeron ellas, sino curarles de la afición á lo espirituoso.

A propósito de estos procesos, el *Times* hizo las siguientes reflexiones:

«Reinan en Bolton tres deplorables costumbres: los maridos se embriagan; sus mujeres, cuando les ven borrachos, les administran tartrato de antimonio, y algunos drogueros híbridos, es decir, tenderos medio droguistas, medio vendedores de géneros ultramarinos, les venden esa preparación bajo el nombre de *quietness*. En otros términos: los maridos beben, los drogueros venden veneno y las mujeres lo compran para matar á sus maridos. Sería, sin embargo, ir demasiado lejos el decir que dichas mujeres obran habitualmente con esa criminal intención; la ignorancia y un uso establecido parecen tener en todo eso más parte que la maldad; pero las consecuencias no son menos funestas. Es preciso, pues se trata de la vida, que se vigile la *quietness*, y sea puesta fuera del alcance del público.»

Marido joven y mujer vieja.

Cuando un joven se casa con una joven, Dios *asiste* al matrimonio. Cuando un viejo se casa con una jo-

ven, Dios *envía* su bendición. Pero cuando un joven se casa con una mujer de edad, Dios no *asiste* al matrimonio y no *envía* su bendición.—*(Antiguo proverbio italiano*, citado por NEVIZAN DE PADUA.

Mujeres bonitas.

Una mujer bonita está bien para un año, para dos años; pero, desde el tercero, ¿qué efecto os hace el corte gracioso de aquella cara?, ¿qué os importan aquel talle, aquel pie, aquella mano, admirados, adorados y comentados durante tan larga serie de lunas? Si amáis algo en adelante en aquella mujer, es la mujer propia, y no la mujer bonita. La mujer bonita no es más que un lujo importuno, un gaje que inquieta, una insignia peligrosa; no es sino un objeto que atrae el rayo.—OCTAVIO FEUILLET.

Manera de conducirse.

Diga lo que quiera Montaigne, yo no creo, para hablar en francés antiguo, *que tomáis el medio bueno de evitar la mala suerte*, apareciendo siempre ante vuestra mujer como un senador en su silla curial. Tratad de no hacerle pensar que el matrimonio es un estado especial, y particularmente solemne y augusto; que la considera sencillamente como una forma feliz y bendita del amor. Pero no os limitéis á prometer una pasión sin medida; prometed también, y procurad mantener vuestra promesa, una pasión única. Las almas jóvenes son exclusivas. —PABLO DE MOLENES.

El marido ciego.

Un padre casó á su hija, que era fea, con un ciego. Llegó de Ceilán un oculista al que ninguna ceguera se le resistía. «Líbrate de enviármelo, dijo el suegro; si

mi yerno viese claro, tendría que volver á encargarme de mi hija.»—SAADI.

MATRIMONIO

Matrimonios en el cielo.

Puesto que todos los ángeles del cielo han sido hombres, y el género humano se compone de hombres y mujeres, hay ángeles varones y ángeles hembras; y como el hombre ha sido hecho para la mujer, y la mujer para el hombre, á fin de que el amor que les es natural les una, y que los dos no formen más que uno, hay matrimonios en el cielo como en la tierra; pero los del cielo son diferentes de los de este bajo mundo.

El matrimonio celeste es la unión de dos en un mismo espíritu y una misma alma. El alma es un compuesto de inteligencia y de voluntad: cuando estas dos están unidas en una y misma cosa, se les llama alma. El marido realiza la función de la inteligencia, y la mujer la de la voluntad. Cuando esta conjunción de su parte interna obra íntimamente sobre la parte inferior de su cuerpo, esta acción se percibe y se hace sentir como un efecto del amor; este amor es el que se llama amor conyugal. Ese amor nace de la unión de dos en un alma. En el cielo se le llama *cohabitación;* y no se dice que son dos, sino uno; por esto en el cielo dos esposos no están considerados como dos ángeles separados, sino como un ángel solo. — SWEDENBORG.

Matrimonio en Europa y maridos franceses.

En los pueblos de Europa, el primer cuarto de hora del matrimonio allana todas las dificultades; los últi-

mos favores son siempre de la misma fecha que la bendición nupcial; las mujeres no hacen lo que las persas, que disputan el terreno algunas veces durante meses enteros; si no pierden nada, es porque nada tienen que perder; pero se sabe siempre, cosa vergonzosa, el momento de su derrota; y sin consultar los astros, se puede predecir con precisión la época del nacimiento de sus hijos.

Los franceses no hablan casi nunca de sus mujeres; es que tienen miedo de hablar de ellas ante gentes que las conozcan mejor que ellos.

Hay, entre éstos, hombres muy desgraciados, á los que nadie consuela: son los maridos celosos; los hay á quienes todo el mundo odia, son los maridos celosos; los hay á quienes todos los hombres desprecian, son también los maridos celosos.

Así es que no hay país en donde se encuentren en número tan corto como en Francia; su tranquilidad no está fundada en la confianza que tienen en sus mujeres; lo está, por el contrario, en la mala opinión que de ellas tienen; todas las prudentes precauciones de los asiáticos, los velos con que las cubren, las prisiones en que las encierran, la vigilancia de los eunucos, les parecen medios más propios de ejercitar la astucia del sexo, que de causarla. Aquí los maridos toman su partido de buen grado, y consideran las infidelidades como golpes de una estrella inevitable. Un marido que quisiera ser el único poseedor de su mujer, sería considerado como un perturbador de la alegría pública, y como un insensato que quisiera gozar de la luz del sol, con exclusión de los otros hombres.

Aquí, un marido que ama á su mujer es un hombre que no tiene bastante mérito para hacerse amar de otra, que abusa de la necesidad de la ley para suplir

los atractivos que le faltan, que se sirve de todas sus ventajas en perjuicio de una sociedad entera, que se apropia lo que no le había sido dado sino por un compromiso, y que hace cuanto puede para derrocar un convenio tácito, que hace la felicidad de los dos sexos. El título de marido de una mujer bonita, que se oculta en Asia con tanto cuidado, se lleva aquí sin inquietud. Un príncipe se consuela de la pérdida de una plaza con la toma de otra. En los tiempos en que los turcos nos tomaban Bagdad, nos apoderábamos nosotros de la fortaleza de Cantahor.

Un hombre que, en general, sufre las infidelidades de su mujer no es desaprobado; antes bien, le alaban su prudencia; no deshonran sino los casos particulares.

No es que no haya damas virtuosas, y se puede decir que son distinguidas; mi conductor me las hacía siempre observar, pero eran todas tan feas, que es preciso ser un santo para no aborrecer la virtud.

Después de lo que te he dicho de las costumbres de este país, comprenderás fácilmente que los franceses no se precian de constantes; creen que es tan ridículo jurar á una mujer que se la amará siempre, como sostener que siempre se encontrará uno bien, ó que será uno siempre feliz. Cuando prometen á una mujer que la amarán siempre, suponen que ella, por su parte, les promete ser siempre amable; y si ella falta á su palabra, no se creen ellos ligados á la suya.—MONTESQUIEU.

Mal sujeto.

El que es mal sujeto no se casa con una mujer sino para no estar expuesto á casarse con todas.—J. VIARD.

La furia Megera.

El que no haya visto cómo el mar Egeo,
Estrellándose en la orilla, espuma de furor;
Cómo ruge, lanzándose con rabia
Sobre la torre que se alza enhiesta;
Quien no haya visto cómo la leona ultrajada,
Con sus rugidos se destroza el corazón,
Y lo que ve el cazador medio muerto de miedo,
Dejando en la otra orilla á la tigre rabiosa;
Que venga á mi casa, oirá á menudo
Los bramidos del toro, la tempestad, el viento,
Los tambores, los cañones, el trueno, el huracán;
Oirá el infierno; y lo más impetuoso
Del cielo, de la tierra, del mar,
Mi mujer, querido amigo, lo tiene todo en su cabeza.

PASSERAT.

Orgullo.

Hay maridos y mujeres que prefieren prostituirse ó separarse, antes que reconciliarse cuando están enojados.

He aquí el orgullo del vicio.

Hay otros que prefieren sufrir, procurar por todos los medios (reputados como bajezas por los viciosos) de reconciliación, antes que permitirse la menor cosa que sea contraria á la pureza de la unión y á los encantos de la felicidad.

He aquí el orgullo de la virtud.—DE VANNIERE.

Los obreros y el matrimonio.

Si el matrimonio puede retraerse algunos años en las clases acomodadas, donde la fortuna le hace siempre fácil, no sucede lo mismo en la clase obrera. La

vida de soltero, hasta por un tiempo determinado, no puede convenir á un artesano, y el celibato le sería imposible. Después de haber pasado una jornada penosa en un taller, ¡qué triste y qué difícil sería su existencia si volviera por la noche á una casa vacía, á una casa donde no encontrara nadie para prepararle y ofrecerle el alimento que necesita, para cuidar su ropa, para poner orden en lo que posee; para arreglar los asuntos de su interior; para darle consejos en los del exterior; y, lo que sería más triste aún, en donde no encontrara á nadie que pudiese consolarle en sus momentos de pena, ó compartir su satisfacción en los días de prosperidad! A un extravío de la sociedad, extravío que tiene á menudo crueles consecuencias, se debe que el hombre rico difiera ó rehuse el casarse. El hombre laborioso, más cerca de la naturaleza, se apresura, por el contrario, á seguir su más dulce ley. Cuanto más débiles son los seres, tanto más necesaria les es la aproximación entre ellos. Apoyados uno en otro, soportan, sin demasiado trabajo, lo que les hubiera abrumado separadamente, y su fuerza nace de su unión.—DE THEIS.

Los peores maridos.

Hay una raza completamente impropia para el matrimonio: la de los eternos buscadores de la voluptuosidad, quienes, después de haber abrazado toda suerte de ídolos impuros, quieren, en un supremo abrazo, enlazar el candor y la juventud. Esos son los esposos de la peor especie. Si á veces evitan ciertas desaventuras, para mí, están por debajo de los seres confiados, cuyas pruebas excitan tan injustas burlas. Ni siquiera son buenos para ser lo que esos honestos confesores de la fe conyugal.—PABLO DE MOLENES.

Promesas de matrimonio.

Una promesa de matrimonio, una promesa escrita, firmada, no es más que un pedazo de papel del que uno se ríe al firmarlo, ó un cebo con el que se especula. ¿Qué digo? Un hombre puede introducirse en una familia, pedir la mano de una joven, obtenerla, presentarse á los ojos de todos con el título y los privilegios del novio, hacer que ella le conceda, en la libertad de un trato familiar, esos puros testimonios de afección, que son como un primer abandono de la persona; después, llegado el día, cuando el altar está ya preparado, inferirla, sin otra razón que el capricho, el ultraje mortal de una negativa, y deshonrarla á los ojos del mundo; puede hacerlo sin que ninguna pena castigue esa villanía, sin que se le prohiba á tal hombre presentar, ocho días después, á otra novia en el mismo altar. Sin duda la libertad en el consentimiento subsiste hasta el último instante; sin duda, es tan contrario á una cuerda previsión como á la libertad, el hacer de la promesa del matrimonio, el matrimonio mismo; unir violentamente á un hombre con una mujer, sería muy á menudo asegurar el deshonor del uno y la desgracia de la otra. Pero la fe jurada tiene también su derecho; el honor debe tener su salvaguardia. Una ruptura repentina imprime á menudo una especie de mancha en la frente de la prometida, y el mundo piensa siempre en una falta secreta. Así, pues, si el novio quiere romper, sin motivo legítimo, esa unión comenzada, que la rompa, pero que una pena considerable castigue la violación del juramento, y que el respeto de la ley hacia la independencia individual no sea la absolución del perjuro.—ERNESTO LEGOUVÉ.

Disputas caseras.

Las disputas, en el hogar, son cosas muy frecuentes. Conocemos interiores en los que la discordia es incesante. Maridos y mujeres concluyen por habituarse á ella. Conocemos hombres que no han dicho jamás una palabra amable á sus mujeres, y mujeres cuyo solo gusto es encolerizar á sus maridos. Cuando les han enojado bien y los ven desgraciados, experimentan ellas una gran satisfacción interior, que disimulan muy hábilmente, á fin de hacer que las compadezcan y censuren al monstruo que las atormenta así. Van á decir á las vecinas las *injusticias* de que son objeto. Ultimamente (París, Junio 1855) una de esas mujeres, después de haber lanzado mil alfilerazos á su marido, se refugió en casa de una vecina para esperar que la cólera que había suscitado se calmase. Al cabo de media hora, volvió á su casa y encontró á su marido tan tranquilo que no podía estarlo más: se había ahorcado con una tira arrancada del vestido de boda de su mujer, con la que había formado una especie de cuerda. A sus pies había colocado el anillo y el ramo de la boda. ¡Pobre mujer!, ¡qué desgracia! Cuando su marido se iba acostumbrado al mal genio, le sucedió lo que al caballo que se iba acostumbrando á no comer...

En otro hogar, en la misma semana, á consecuencia de una pelea entre dos esposos, la mujer se arrojó desde un tercer piso por la ventana y se mató.

Parece que el matrimonio no es siempre de color de rosa. Y sin embargo, apenas se está fuera de él, se trata de volver á entrar. ¿Quién sabe si los dos supervivientes de esos dos dramas no se unirán para siempre? En asuntos de matrimonio se han visto cosas más extraordinarias.—Du Plessis-Chamant.

RECETAS

1.ª Para encontrar un marido.

Más sentido común y menos ingenio; más ocupaciones útiles y menos música; escrutar mejor los misterios del hogar y menos los *Misterios de París;* componer las camisas y las medias y no hacerse pulseras; leer la *Cocinera burguesa* y abandonar los periódicos enojosos; probar, en fin, á los hombres que encontrarán una ayuda en su esposa y no una carga. Cuando las mujeres estén bien convencidas de la bondad de esta receta, disminuirá el número de célibes.—EDUARDO MONTIGNY.

2.ª Para tener una buena mujer.

Más estimación de las mujeres, menos egoísmo y amor propio; más atención al interior, menos afición al café y á los placeres en general; preocuparse más del bienestar del hogar que de embrollar los asuntos públicos; tener más aptitud por el trabajo y no perder el tiempo en locuras; leer los deberes de un buen marido, en lugar de esos grandes periódicos que no dicen sino mentiras; probar, en fin, á las mujeres que encontrarán un sostén en su esposo y no un tirano y un déspota. Cuando los hombres estén bien convencidos de la bondad de esta receta, el número de solteros disminuirá indefinidamente.—EDUARDO MONTIGNY.

Jorge Sand y el matrimonio.

El amor es el protagonista de todas las novelas de Jorge Sand. Casado ó no casado, poco importa; á ella le parece bello, santo, sublime por sí mismo, y lo dice. No lo creáis, ó, si lo creéis, no lo digáis. Es un mal

ejemplo. El amor así presentado se subordina al matrimonio. Va á parar en él, le rompe, prescinde de él según las circunstancias; pero, haga lo que haga, le trata como inferior; no le reconoce más santidad que la que él le presta, y le juzga impío si se encuentra excluído.—H. TAINE.

Sectas contrarias al matrimonio.

JUNTA DE INTERCAMBIO Y ADQUISICIÓN DE REVISTAS PARA BIBLIOTECAS PÚBLICAS - LIBROS

Entre las sectas religiosas que han combatido el matrimonio, es imposible pasar en silencio los adamitas, los turlupinos, los picardos y los anabaptistas de Munster.

Los adamitas se manifestaron en el siglo III. No combatían el matrimonio en nombre del derecho que los hombres pueden tener á la felicidad. Le detestaban como antagonista de la pureza y de la continencia. Estaban enamorados del paraíso, y querían realizar en la tierra la unión inocente de Adán y Eva antes de comer la fruta prohibida. Predicaban también la comunidad de bienes. Se reunían hombres, mujeres muchachos y muchachas, en la desnudez que se observó bajo el cielo del Edén, á fin de parecerse más á nuestros primeros padres. Hay que decir que su paraíso era una habitación bien caldeada. Cuando se encontraba entre ellos un Adán que cedía á alguna tentación impura á la vista de aquellas bellezas que ningún velo ocultaba, le echaban como lo fué el primer hombre. Estas extravagancias no deben hacernos reir, porque en nuestros días se han tratado gravemente ideas tan ridículas.

Los turlupinos se adornaron con el hermoso nombre de fraternidad de los pobres. Abandonaron el traje por un principio contrario al de los adamitas. Su razonamiento era que la carne es obra de Dios y que

MCD 2022-L5

todas las obras de Dios son espléndidas y deben mostrarse gloriosamente. Hacían el amor á la manera de las bestias y públicamente, lo que era por extremo lógico; se ha observado que no es la lógica lo que falta á los locos. El filósofo Bayle hace una observación más grave respecto á esos miserables:

«He aquí el escollo, dice, de todas las sectas que se quieren distinguir por paradojas en moral; profundizad sus visiones, veréis que si algo es capaz de desenmascararlas, es lo concerniente al placer brutal; es el punto flaco de la plaza; por allí da el asalto el enemigo; es un gusano que no muere, y un fuego que no se extingue.»

Los turlupinos aparecieron en Francia bajo el reinado de Carlos V. Les encarcelaron; les quemaron. Charento (1) no existía entonces.

Los picardos se presentaron en Francia á comienzos del siglo XV, á la voz de un buen hombre que se llamaba Picard y que se decía hijo de Dios. Les predicó que el hombre libre no debía vestirse; que no había más maridajes que la unión pasajera formada para el placer. Atravesaron Alemania y se acantonaron en una isla del río de Lusmick. Desgraciadamente, aquellos sectarios de la ley natural, poco cuidadosos de lo tuyo y lo mío, se pusieron á robar y violar en los alrededores. Lo supo el general Ziska; les hizo polvo y no conservó más que á dos para enterarse de los particulares de su religión. Aunque no hubo matrimonios regulares en la isla, ninguno podía pretender los favores de una mujer sin permiso del padre. *Animus meus incaluit in hanc,* decía el pretendiente; mi alma se ha inflamado por ella (¿adónde había ido

(1) Célebre casa de locos.

á parar el alma?), y el padre respondía: *Ite, crescite et multiplicamini:* id, creced y multiplicaos.

No hablaremos más que de una secta de anabaptistas, la de Munster, la de Juan Bocold. Se vió en el siglo XVI, en una ciudad episcopal de Alemania, organizarse una asociación con el principio de la comunidad de bienes y de mujeres. Un jefe teocrático, cuyas inspiraciones se suponía que venían del cielo, reinó sobre una multitud ciega, en medio de todos los horrores que semejante desencadenamiento de pasiones groseras debía engendrar, hasta el momento en que los príncipes de Alemania, excitados por el mismo Lutero, entraron á sangre y fuego en el rebaño, y reintegraron al obispo en su sede.—TEÓFILO DE FERRIERE.

Un seductor ante la justicia.

En Francia, donde la investigación de la paternidad está prohibida, se cree, por lo general, que el seductor de una joven está al abrigo de toda acción; que, para esto, le basta ó negar la seducción ó declarar que no quiere reparar las consecuencias con el matrimonio que ha prometido.

Pero, si los dos grandes principios de prohibir la investigación de la paternidad y de la nulidad de las promesas matrimoniales continúan, en nuestro derecho público, desechando toda queja á las víctimas de la seducción, les queda, sin embargo, una acción en reparación del perjuicio que se les ha causado con el abandono.

Esto es lo que acaba de decidir una sentencia del tribunal de Clamecy confirmada por un fallo de la audiencia de Bourges, dictado en esta forma:

En 1854, el señor M..., hijo del secretario del juzgado municipal de Tannoy, frecuentaba asiduamente

el café de los esposos V..., atraído por la notable belleza de su hija, la señorita Emilia. A consecuencia de las íntimas relaciones que se establecieron entre los dos jóvenes, no tardó en quedar en cinta la señorita Emilia, que abandonó entonces la casa paterna y se refugió en Clamecy, en casa de unos parientes, en donde dió á luz en el transcurso del año 1855.

Parece que el señor M... tuvo verdaderamente, tal es por lo menos la afirmación de la señorita V..., intención de casarse con ella; pero, algún tiempo después, sea que mudara de parecer, sea que cediese á la oposición de sus padres á tal matrimonio, renunció á él y fué á establecerse en París.

Sea como fuere, con fecha del 28 de Abril de 1856, la señorita V..., pretendiendo que la había seducido mediante promesa de matrimonio, le llevó ante el tribunal de Clamecy para que se le condenase á pagar: 1.°, al niño nacido de sus obras, y hasta la mayoría de éste, en manos de su madre, una pensión anual de 1.200 francos, exigible por trimestres, á partir del día del nacimiento del niño; 2.°, á ella misma una suma de 20.000 francos á título de indemnización, por la seducción de que fué víctima, y por el abandono que siguió á la seducción.

En apoyo de la demanda, presentó dos cartas del señor M..., dirigidas á Clamecy, durante el embarazo de ella, y subsidiariamente ofreció probar, tanto con documentos como con testigos: 1.°, que el acusado le había dado palabra de matrimonio en época anterior á la seducción; 2.°, que, en diversas ocasiones y á varias personas, desde el embarazo de ella, había él declarado la comisión de una grave falta, pero que la repararía; 3.°, que tuvo la intención formal de casarse con la demandante, y que la hizo madre para obli-

MCD 2022-L5

gar á su familia á que diese el consentimiento; 4.°, que en los primeros días de 1855, cuando conoció el embarazo de ella, escribió él á sus padres para pedir su consentimiento, amenazándoles con requerimientos respetuosos, y que, en efecto, encargó á un notario de Clamecy, el Sr. Julien, la redacción de tales requerimientos.

El 26 de Diciembre de 1856, el tribunal:

«Considerando que los informes puestos á su disposición sobre las condiciones de familia y de fortuna de M..., y de la señorita V..., le permiten reconocer que la suma de 4.000 francos procurará á la última una equitativa reparación del perjuicio que le ha causado el abandono;

»Condena á M... á pagar á la demandante la suma de 4.000 francos con intereses á contar desde el día de la demanda.»

La audiencia de Bourges, ante la apelación de M..., sostenida por los licenciados Girard y Masse, dictó un fallo confirmando el primero y ordenando la ejecución.

La cabeza y el cuerpo.

Decían á un marido que tenía una hermosa mujer que le hacía rabiar, que debía estar contento con poseerla, aun cuando no fuera más que por el cuerpo. Es verdad, respondió él; pero con el cuerpo adquirí la cabeza.

Tres grandes males.

He tenido que combatir tres grandes males: la gramática, la pobreza y una mujer; el estudio me ha sustraído del primero, la pobreza del segundo; pero el

matrimonio me tiene aún atado al tercero. — SÓCRATES.

Uniones del gran mundo.

En el gran mundo, las severas costumbres prohiben toda comunicación entre los jóvenes de sexo diferente. Lejos de poder juzgarse, apenas se conocen; solamente las conveniencias de las familias determinan su unión, y van, ó más bien son llevados al altar, en una mutua incertidumbre acerca de su porvenir. Cuanto más elevados son sus rangos, menos les está permitido aproximarse, y de grado en grado se llega en fin hasta los reyes que no conocen á sus esposas hasta después de haber contraído el matrimonio. Tristes uniones que la naturaleza desaprueba, á las cuales permanece ajeno el corazón, y que pueden considerarse felices cuando no conducen más que á la indiferencia.

En las clases inferiores, por el contrario, costumbres más sencillas y no menos puras, permiten toda aproximación entre dos seres que pueden convenirse y que experimentan la necesidad de convencerse de ello con un largo trato. Para ellos el matrimonio no es ordinariamente sino el feliz término de una unión ya antigua.

Los viejos, el amor y el matrimonio.

En su libro titulado el *Elogio de la locura*, Erasmo hace hablar de esta suerte á la diosa *Locura:* «Por un efecto de mi bondad se ve en todas partes á viejos decrépitos más enamorados que nunca de la vida; balbuceando apenas, sin dientes, sin cabellos, arrugados, encorvados, conservan solamente todavía la figura humana; á pesar de todo esto quieren vivir. Hacen más

esos viejos, imitan á la juventud en cuanto pueden. El uno se tiñe los cabellos blancos, el otro oculta su cabeza pelada bajo una peluca; éste se pone dientes postizos; aquél se enamora perdidamente de una joven, la cual le obliga á hacer locuras que no haría un mozo. Es tan común ahora ver que un hombre, que ya no puede tenerse en pie, se casa sin dote con una joven, que servirá para los demás, que el hecho constituye un motivo de alabanza. Pero he aquí algo más divertido todavía. Son las viejas enamoradas, esos cadáveres que apenas pueden moverse, que parecen volver de los infiernos, y que dicen que, sin la voluptuosidad, la vida no es nada. Esas viejas, cuando encuentran un Adonis, le pagan generosamente su repugnancia y sus fatigas. Todo el mundo se ríe, y con razón, de semejantes carcamales; pero ellas se burlan de todo, y trabajan lo indecible para retener al amante mercenario.»—ERASMO.

Marido viejo y mujer joven.

El viejo que se casa con una joven engendra á un niño y ahoga á un hombre.—*Proverbio inglés.*

QUINTA PARTE

LO QUE LAS MUJERES HAN DICHO DEL MATRIMONIO Y DEL CELIBATO

Acuerdo.

Es imposible á dos esposos vivir de acuerdo no transigiendo nunca en nada.—Madame DE MOTTEVILLE.

Dinero.

... ¿No sería extraño que la discordia conyugal desapareciese de la tierra cuando tantos matrimonios se hacen bajo los auspicios del dinero? Yo no proscribo el dinero, quisiera que lo colocaran en su puesto. Por desgracia, harto á menudo ocupa el primer lugar en el matrimonio; de aquí el olvido de las condiciones esenciales de una inteligencia verdaderamente cordial. Y la culpa no es únicamente de los hombres. Si hay cazadores de dotes, hay más de una señorita púdica y religiosamente educada, que ha aprendido de su madre lo ridículo de las grandes pasiones, la cordura de los buenos partidos. Es un ángel que calcula. No queriendo rozar el suelo con la punta del pie, el ángel aspira á un carruaje. En asuntos de matrimonio hay tanto mercantilismo de una parte como de otra. Las

MCD 2022-L5

cosas no van nada bien. Por esto las discordias no dejan de ser frecuentes, creedlo.—Señora DE CASAMAYOR.

Asesinato.

Desde hace siglos, el matrimonio ha sido puesto en fábulas, en cuentos, novelas, pantomimas, comedias, dramas, capítulos filosóficos. Con todos estos volúmenes se formaría una biblioteca. Y en cuanto á máximas ó proverbios, sentencias ó burlas, aforismos ó paradojas contra el matrimonio, se formaría un arsenal con todo ello.

Yo no tendría talento para esta guerra, no me gusta, y ¿para qué? Cuando la batalla ha sido dada por tan fuertes manos y durante tanto tiempo, ¿de qué serviría un dardo, una piedra, un puntapié á última hora? Ni siquiera se trata de un golpe, es un insulto vano.

El matrimonio, siempre atacado, permanece siempre en pie. Esto demuestra la vitalidad de la institución, pero la multiplicidad de los ataques no demuestra que la institución sea perfecta.

¿Es necesario recordarlo? He aquí mi excusa.

Hay acontecimientos que restauran, ante nuestras miradas distraídas, vicios conocidos. Una luz repentina penetra en rincones ocultos y repliegues monstruosos, y la vista, por decirlo así, sonda en el abismo. Entonces resalta la exactitud de las observaciones registradas; entonces las consideraciones, vulgares á fuerza de ser repetidas, se redimen de su vulgaridad por la exactitud de su aplicación á esos terribles acontecimientos, que han conmovido á los corazones. He citado la lamentable historia de la duquesa de Praslin.—Señora de CASAMAYOR.

MCD 2022-L5

Asociación.

El matrimonio es seguramente la situación natural de la mujer, aquella en la que tiene más probabilidades de encontrar la felicidad.

Todo lo que la coloca fuera de esa situación es anómalo, la expone á un estado de lucha ó de aislamiento, y, por consiguiente, no puede por menos de perturbar su existencia y perjudicar el equilibrio social. Siendo, pues, el matrimonio de tan grande importancia, debería ser contraído en las mejores condiciones y rodeado de las más serias garantías. Parece que se debería prestar atención á todo lo que pudiese contribuir á la felicidad de los esposos, y prevenir la posibilidad de una ruptura.

Lejos de ser así, los matrimonios se realizan harto á menudo con ligereza y precipitación. Lo que menos preocupa es saber si la conformidad de gustos, de caracteres y de inclinaciones existe, conformidad que únicamente hace posible la felicidad de dos seres cuyas existencias deben deslizarse unidas. No se piensa en dar nacimiento á una inclinación mutua; porque se conviene en que el amor no debe entrar para nada en el matrimonio; no se mira más que las conveniencias de familia, la fortuna y la posición social. Se piensa mucho en los intereses materiales, en el bienestar, en la ambición, pero poco en los sentimientos. La consecuencia de esta costumbre, es que el matrimonio resulta una asociación y no una unión.—Madame Romieu.

Si se reconoce que el destino de las mujeres, tanto para la seguridad como para la felicidad de su existencia, las llama á *ser dos*, se verá que están, en efec-

MCD 2022-L5

to, precisamente formadas para una vida de asociación. Más sensibles y más abnegadas que los hombres, ignoran esa especie de egoísmo que lleva dentro de sí, como sentimiento de su fuerza, una criatura independiente. Para obtener de ellas una acción cualquiera que sea, casi siempre hay que *invitarlas á la felicidad de otro*. Sus mismos defectos van unidos á su condición. La misma causa excitará en el hombre las emociones del orgullo, y en la mujer solamente las de la vanidad. El orgullo es el sentimiento de un poder que se juzga; la vanidad se mide por el efecto que se produce, tiene siempre necesidad de un segundo.—Madame de REMUSAT.

Atractivo.

Nada prueba tanto el atractivo que en general ejerce un sexo sobre el otro, como el amor que la mayor parte de las mujeres demuestran por su marido, en los seis primeros meses de su matrimonio. Como todavía no han visto ni sentido nada, sus sensaciones son tan nuevas como sus sentimientos, y se apoderan de las primeras impresiones con toda la vivacidad imaginable. Lo mismo sucede con los hombres que no han conocido otras mujeres, antes de casarse. Si se preguntara á un matrimonio compuesto de personas como las que acabo de citar, por qué se aman, se verían, á lo que creo, muy perplejas para dar otra razón, que la de que uno es hombre y la otra es mujer.—Madame DE ARCONVILLE.

Felicidad.

Las mujeres no encuentran, ¡ay!, sino muy raramente la felicidad en el matrimonio. Si quieren buscarla fuera, se exponen á otros dolores, á otros peli-

gros. La sociedad, no obstante rebajar la unión conyugal con sus doctrinas, permite difícilmente á la mujer emanciparse del matrimonio.

Cuesta trabajo explicarse esa carencia de lógica por parte de una sociedad que, después de haber hecho del matrimonio, y del matrimonio *indisoluble*, la base de sus instituciones, le degrada y le socava ella misma con su ininteligente y culpable ligereza.—Madame ROMIEU.

... Si hay en el universo dos seres á quienes una un sentimiento perfecto, y á quienes el matrimono haya ligado juntos, que todos los días bendigan de rodillas al Ser supremo; que vean á sus pies el universo y su grandeza, que se asombren, que lleguen hasta inquietarse por una felicidad que ha necesitado tan diversas suertes para asegurarse, una felicidad que les coloca á una tan gran distancia del resto de los hombres; sí, que se asusten de semejante suerte. Tal vez, para que no fuese demasiado superior á la nuestra, hayan recibido ya toda la felicidad que esperamos en la otra vida; tal vez para ellos no haya inmortalidad. —Madame DE STAEL.

El matrimonio es de todos los lazos aquel en que es menos posible obtener la novelesca felicidad del corazón. Es preciso, para mantener la paz en esa relación, una especie de imperio sobre sí mismo, de fuerza, de sacrificio que hace que tal existencia esté más cerca de los placeres de la virtud, que de los goces de la pasión.—Madame DE STAEL.

MCD 2022-L5

Burguesía.

Las señoritas de la clase media, en cuanto tienen dote, no quieren casarse más que con marqueses, condes, príncipes ó duques. Los barones son desdeñados. ¿Qué decir de una vanidad tan risible? Las jóvenes de la nobleza son excusables de no querer casarse sino con sus iguales. Siete ú ocho siglos de tradición explican y justifican muchas cosas. Séale permitido á las últimas el pensar que la nobleza de la sangre implica la nobleza del carácter; ¿pero se puede excusar que esas hijas de tenderos compren á peso de oro una corona de condesa?—Madame D'AGOUT.

Celibato.

Hace falta más filosofía para vivir feliz estando casado, que la que se necesita para vivir contento en el celibato.—Madame DE ARCONVILLE.

Una mujer que quiera no tener motivo de risa no tiene más que hacer sino casarse en Francia; pronto se le pasarán las ganas.

... Preferiría pasar mi vida en el celibato que llegar á ser la más poderosa reina del mundo, á condición de tener un marido, porque el matrimonio se ha convertido para mí en un sujeto de horror.—La duquesa de ORLEANS.

Es ciertísimo que el celibato es el mejor estado, que el hombre mejor no vale lo que el diablo. El amor en el matrimonio no está de moda y pasaría por ridículo. Los católicos, aquí, ven en el catecismo que el matrimonio es un sacramento; pero, de hecho, viven con sus mujeres como si no lo fuera, y, lo que es peor,

MCD 2022-L5

nada hay tan alabado como ver que los hombres tienen aventuras galantes y abandonan á sus mujeres. —La duquesa de ORLEANS.

El rey de Inglaterra no tiene, á lo que pienso, mucha prisa por casarse. Ese monarca es, seguramente, en razón de su mérito, uno de los mejores reyes que hayan llevado una corona; pero, aquí entre nosotros, puedo aseguraros que, si yo fuese soltera ó viuda, y me dispensara el honor de querer casarse conmigo, preferiría permanecer toda la vida en el celibato que llegar á ser la más poderosa reina del mundo, á condición de tener un marido que, por el matrimonio, se ha convertido para mí en un objeto de horror.—La duquesa de ORLEANS.

Confesión.

Se ha censurado de un modo espiritual y elocuente á las mujeres el entregar el hogar doméstico al sacerdote, y admitir entre ellas y sus esposos un extraño que abusa, y del que no puede menos de abusarse (1). Los hombres han aplaudido estas censuras, y no me choca. Si los maridos toleran de buen grado, en sus mujeres, el hábito de la devoción á pequeñas dosis, como una especie de elíxir de fidelidad conyugal, se inquietan ante una devoción tomada con demasiado fervor. Esto perturba un hogar, y, sobre todo, suscita una influencia que desafía toda brutalidad. Además, no ignoran que toda mujer, al confesarse, confiesa á dos personas, si no más. Les molesta mucho que un hombre llegue á conocer la historia secreta de sus mujeres mejor que ellos, puesto que lee en la con-

---

(1) *Del cura, de la mujer, de la familia.* Michelet.

BIBLIOTECA PÚBLICA * GUADALAJARA *

MCD 2022-L5

ciencia de sus caras mitades todo lo que está inscrito á nombre de la comunidad. En consecuencia, comprendo que los hombres hayan aplaudido las finas y picantes sátiras dirigidas contra la dirección clerical; pero yo hubiera querido que se dijera por qué las mujeres vuelven siempre á ese cura católico, tan maltratado desde Lutero á Voltaire, y desde Voltaire hasta nuestros días. Si es un mal, ese mal tiene una causa, y, á los ojos del siglo, esa causa no reside en la impotencia de las puertas del infierno contra la Iglesia eterna.

La causa es la situación de las mujeres. Todo sufrimiento tiende al consuelo.

Las unas buscan á Dios al través de su Iglesia, las otras... Me callo.

Maridos, que tan cuidadosos sois de tapiar la vida privada y vedarla á toda influencia extraña, ¿no dejáis la puerta abierta á influencias que hacen estragos en vuestra casa, aunque no se vistan de negro?

Volvamos á las almas que se vuelven hacia el cielo, tomando el camino de la tierra santa, de la Iglesia. ¿Es esto raro? La ley les ha dicho: *Obedeced;* el marido aplica la ley sin hacer que se ame su poder; de una unión mal avenida nacen para ellas las tristezas, los enojos, las desesperanzas; ¡y os parece extraño que sientan la necesidad de poner su resignación bajo el rocío de las bendiciones celestes, de solicitar para su valor una gracia sobrehumana! ¡Sed más indulgentes! Su casa está vacía, se refugian en la del Señor, su presente es sombrío y triste, tempestuoso ó vacío, y sus aspiraciones tienen que alzarse más allá de tal horizonte, hasta una serena y luminosa felicidad. No les quitéis el porvenir. Dejadlas que abracen el altar, en él mora el Misericordioso, y antes de ser Dios fué

mártir. Dejadlas que se acerquen á ese confesonario, en donde el ministro de Dios escuchará sus dolientes murmurios, y pondrá en el arbusto agitado por el viento la resistencia de la cruz. Es un amigo, elegido del cielo, con el que conversan sobre la educación de sus hijos, sobre las limosnas; y si experimentan, en su comunión con Dios, por mediación del sacerdote, inefables alegrías, no os escandalicéis. D. Juan, en nuestros días, no se haría hombre de Iglesia; Tartufo preferiría figurar en la alta política industrial. De todos modos, en el matrimonio, tal como se hace, se encuentran bastantes sufrimientos para que una parte de las mujeres busque un alivio á sus penalidades domésticas. Unas encuentran su consuelo en el tocador, otras en el confesonario. Si esto os molesta, decidlo. Disputad las mujeres al cura, no atacándole, sino haciéndole menos necesario. El cambia el agua en vino, no cambieis el vino en agua. Mientras las cosas vayan como van, no lo dudéis, bajo un nombre ú otro, la influencia extraña llegará tan inevitablemente á vuestra casa como el aire caliente se dirige al aire frío y enrarecido.—Señora de CASAMAYOR.

Cruz de honor.

El matrimonio no es para ciertas mujeres sino una cruz de honor á la que se presentan armas.—CLAUDIO BACHI.

Defectos.

Los amantes se ocultan con cuidado sus defectos, pero harto á menudo los esposos se los muestran.—Madame DUNOYER.

Antes del matrimonio se debe atender mucho á los

defectos de la persona amada, y después de concertado, tener mucha indulgencia en este artículo.—Madame RICCOBONI.

Destino.

El verdadero destino de la mujer, y también diré del hombre, es el matrimonio, es la felicidad doméstica, es la educación de los hijos. Fuera de ello, no encontrarán ambos sino placeres vacíos, afecciones frágiles, enojo, tristeza, desalientos.

Y, sin embargo, ¿puede creerse que el matrimonio sea un estado feliz, cuando no se ve en rededor sino ejemplos funestos de discordias, de infidelidades, de escándalos, de miserias, de desgracias, y sobre todo, de esa triste indiferencia que destruye las ilusiones, hiela las esperanzas, echa un sudario sobre el alma para el resto de los días?

Ciertamente es espantoso decir que este horrible cuadro del matrimonio tiene pocas excepciones. Pero esta desgracia general depende del estado actual de la sociedad. A nosotros, á los individuos, nos corresponde no dejarnos llevar por la corriente, sino resistir, luchar, encontrar puesto entre las excepciones, y si el sufrimiento es inevitable, resignarnos. Con el tiempo, otras leyes, otras costumbres harán la felicidad más accesible y el camino más cómodo. Pero la verdadera felicidad residirá siempre en las alegrías del hogar doméstico.—Madame GATTI DE GAMOND.

Divorcio.

El divorcio, en casos extremos y rodeado de ciertas formalidades, nos parecería más moral que la separación, puesto que la mujer, en vez de quedar forzosamente fuera de la familia, podría entrar en ella con-

trayendo una nueva unión. En otro tiempo, el repudio fué un rebajamiento para la mujer, pero el repudio no era el divorcio. Además, lo que es perjudicial en un tiempo favorece en otro, y hoy la posibilidad del divorcio sería una ventaja para la mujer.—Madame ROMIEU.

En Alemania, no hay en el matrimonio desigualdad entre los dos sexos; pero es porque las mujeres rompen tan á menudo como los hombres los lazos más santos. La facilidad del divorcio introduce en las relaciones de familia una especie de anarquía, que no deja subsistir nada en su verdad ni en su fuerza. Vale más, para conservar algo sagrado en la tierra, que haya en el matrimonio un esclavo que dos espíritus fuertes.—Madame DE STAEL.

Las mujeres que son desgraciadas en el hogar piden el divorcio; las que aman á sus maridos quieren la indisolubilidad del matrimonio; he aquí toda su lógica. Es una necesidad de la vivacidad de sus sentimientos y de lo débil de su razonamiento el referirlo todo á lo individual. Que me permitan sobre este asunto una reflexión general. Dados su inferioridad presente, sus conocimientos limitados y su carácter muelle, la facultad de cambiar de esposo no sería para la mujer sino la facultad de cambiar de amo. ¿Qué ganaría ella?, ¿el satisfacer la movilidad de sus caprichos? No es esto el fin de la vida. El fin de un ser libre, es llegar á toda la dignidad, á toda la excelencia de su naturaleza. Ahora bien, para que la mujer alcance ese fin, se necesita un divorcio previo en el que no la veo pensar; el divorcio con su ignorancia, con su frivolidad, con sus pasiones pueriles. Mediante este divor-

cio, entrará en posesión de una libertad moral que bastará al principio, después necesitará la libertad doméstica y civil. Sin este divorcio íntimo el otro no dará fruto, la condición femenina no será ni mejor, ni peor.—Madame D'AGOUT.

...Sea como fuere, la Iglesia, al oponerse al divorcio, es consecuente con sus principios. Si no lo ha sido siempre, es porque comprendió que perecía por la lógica, y no podía, en más de un caso, conservarse sino por la inconsecuencia. La Iglesia es una gran lógica, pero también es una gran diplomática.

En cuanto el mundo, si reprueba el divorcio, es inconsecuente con sus actos y con sus opiniones.

En resumen:

El matrimonio con el divorcio.

O:

El adulterio doble, es decir, el escándalo completo. El matrimonio ha muerto, los esposos se encuentran bien.

El adulterio sencillo y uno de los dos esposos sacrificado.

Estas son las consecuencias morales de la indisolubilidad.

Y como consecuencias materiales:

La aflicción de uno de los dos esposos, impulsado algunas veces al suicidio.

O:

La venganza de uno de los esposos, llevada algunas veces hasta el asesinato.

A veces el trágico fin de ambos esposos.

¡Que se elija!

Gracias al cielo, los casos desesperados del matri-

monio no son tan múltiples que una ley de divorcio pueda y deba ser otra cosa que el reglamento de la excepción. Si me atrevo á pronunciar esta palabra, borrada de la ley hace cerca de cuarenta años, es porque la opinión no ha sancionado nunca por completo la abolición.—A. DE CASAMAYOR.

... Separad, no encerréis antipatías irrevocables en un círculo indisoluble, ó todo será roto.

Tiernos partidarios de la posibilidad eterna de las reconciliaciones, no será la afección lo que reaniméis con lazos que se han hecho pesados. Id, pues, tened las puertas del redil cuidadosamente cerradas sobre los dos esposos, en nombre de la concordia, y haréis que salga del corazón humano no sé qué monstruo, como de un antro florido á la entrada, pero extrañamente poblado en sus profundidades.

Si las discordias domésticas no terminan siempre en lúgubres peripecias, no por eso se disuelve menos la unión con la formación de nuevos lazos que anulan los primeros para siempre, cuando no los destruyen con implacable perfidia.

Que se piense en esto. No se quiere el divorcio que devuelve á los dos esposos la libertad de un segundo matrimonio; en lugar del divorcio sancionado por la ley, se tiene el divorcio ilegal.

Esta clase de divorcio se llama adulterio.

¿Qué preferís? ¿El divorcio ó el adulterio?

Responded.

Si el esposo ofendido toma el desquite y busca un consuelo, ¿aplaudiréis la justicia que se ha tomado? Nada de divorcio; un doble adulterio; ¿se salva así la institución del matrimonio?

Responded:

Y si el esposo engañado permanece fiel al pacto conyugal, ¿no tendréis piedad de sus miserias?

Responded:

¿Qué responder si no que vale más que un inocente perezca, y que el matrimonio conserve á los ojos de todos su carácter de permanencia indeleble?

Así, pues, la institución elige por víctima al esposo que observa sus deberes; frente al que cumple con la letra de la ley y viola su espíritu queda desarmada; ¿y quedará afirmada la institución con la inmolación del mejor, con la impunidad del peor? ¿Hay una sociedad, grande ó pequeña, que haya puesto la iniquidad en el rango de sus medios de conservación y se afiance en la injusticia?

Conservadores fanáticos de la indisolubilidad, habéis cuidado de velar por una asociación de elementos compatibles? ¡No poder nada para la formación de un matrimonio regular y proclamar la regla inflexible, confesad que sería una cruel inconsecuencia si no fuese una demencia ridícula!

Austeros sostenedores de la moral, ¿pensáis que el matrimonio sea más respetado, si conseguís sofocar en su recinto la discordia de los esposos? Cuando les prohibáis todo consuelo legítimo con la ruptura de sus lazos, ¿os es posible prohibirles la formación de nuevos lazos que escapan á toda sanción? ¿Qué gana con ello la moral pública?, ¿qué gana la santidad del matrimonio? Pretendéis negar el escándalo, y le desarrolláis hasta el punto de que el escándalo marcha al lado del matrimonio, no como el esclavo detrás del carro del triunfador, la actitud sería demasiado modesta, sino como un altivo compañero con la cabeza levantada, francamente, al lado de su adversario.

MCD 2022-L5

¿Es más moral el hacerse cómplice del desorden que remediarlo?

¿Es más moral transigir con el desorden que produce mártires y contemporizar con la iniquidad que prevenir el triunfo de la opresión?

Ningún poder humano tendría jerarquía para declarar inmutable un tal estado de cosas; ningún sentimiento humano, voluntad para suscribir semejante fallo. La ley de indisolubilidad, impuesta al matrimonio, no tiene un solo apoyo en el lenguaje de la tierra; únicamente del cielo puede tomar su autoridad.

Se sabe que la Iglesia ha rechazado constantemente el divorcio; ¿pero no lo ha tolerado nunca? El divorcio fué escrito en el Código civil sin que Francia fuese excomulgada.

Y la ley civil no está hecha únicamente para los católicos, sino también para las otras comuniones religiosas, y para aquellos cuya conciencia no depende de la iglesia, del templo, ni de la sinagoga.

Además, la fe cristiana, en la profundidad de su esencia, es la religión del desprendimiento de la tierra; la exaltación más sublime de lo inmaterial; el triunfo absoluto del espíritu. El matrimonio no puede, por lo tanto, ser ante ella sino un estado imperfecto y secundario; la primera categoría de su jerarquía moral pertenece al celibato. De aquí la ausencia completa de conmiseración hacia todas las tribulaciones del matrimonio. La Iglesia ve en ello pruebas que contribuyen á la purificación, y sin duda tiene el derecho de decir á los esposos más afligidos lo que se decía á sí misma en las tristezas de la viudez eterna que era su ley: *Llevemos nuestra cruz, vosotros la vuestra, yo la mía.*

El sacerdote eternamente fiel al celibato, los espo-

sos eternamente fieles á la ley del matrimonio; tal es el noble ideal que la Iglesia quiere realizar; es la rígida aplicación de su doctrina.

Si hoy los reyes y los pueblos experimentaran hasta en la medula de los huesos el terror de las justicias de la Iglesia, si las llamas del infierno brillasen misteriosamente ante los ojos de los profanos, su lenguaje sería eficaz. Sería aún una mediadora bajo el techo conyugal, en vez de que se le cierre la vida privada. Ni la familia, ni el Estado quieren abrirle sus puertas; se la relega á los templos, y no se quiere dar á Dios, sino á condición de que ella dé al César.

Así, en virtud del carácter inmutable de su sacerdocio y de la esencia de su dogma, la Iglesia consagra la indisolubilidad; nada más lógico.

Pero ¿tiene el poder de perpetuar en las almas las dulces fuentes de la resignación necesaria para las penalidades conyugales, la fe en el mérito de la ley, la esperanza en la recompensa de la aflicción? No. En consecuencia, la resignación pierde su energía. Desde que el cielo no es el premio del dolor, sobre la misma tierra el dolor busca un consuelo ó un término. Cualquiera que sea la adhesión de las almas á lo que la Iglesia enseña, parece insuficiente para doblegarlas sin murmurar bajo el yugo de esa educación por el dolor, que es la disciplina eminentemente cristiana.—A. DE CASAMAYOR.

Dote.

La sola diferencia que existe á menudo entre una unión ilegítima y una unión legítima, es que en el primer caso el hombre ha tomado la mujer sin cuidarse de la dote, mientras que en el segundo ha tomado la dote sin cuidarse de la mujer.—CLAUDIA BACHI.

La necesidad de dar una dote retrasa mucho el matrimonio de las jóvenes.—Madame ALLART.

Dulzura.

Para las mujeres, la dulzura es el mejor medio de tener razón.—Madame DE MAINTENON.

IGUALDAD

La igualdad en el matrimonio.

... Si yo he hecho creer que, según yo, todo sería excelente en el matrimonio, con tal de que se reconociese el principio de la igualdad entre los dos sexos, me he explicado mal. Este reconocimiento no cambiaría las cosas en bien; no se necesita tan poco.

El matrimonio está á la vez enfermo con su enfermedad propia y con la enfermedad general de la sociedad.

Cierto que la abolición de todos los privilegios precede á la conciliación de todos los derechos. Pero aunque fuera ordenada la igualdad de los dos sexos, no se asegurarían por ello los beneficios de la asociación, ni el matrimonio dejaría de ser una concurrencia entre dos partes explotadoras, como sucede. Hay que ir al régimen de la asociación.

Ahora bien, toda asociación, pública ó privada, exige una comunión preliminar de ideas, de sentimientos y de esperanzas entre las partes asociables. ¿Acaso existe esto? ¿Acaso preocupa? Yo veo, ante el notario, á las partes *contratantes;* esto para la existencia de la casa; ante el alcalde, á las partes *contrayentes;* esto para la existencia en la ciudad; ante el

MCD 2022-L5

sacerdote, las partes *consintientes;* esto para la vida en el cielo.

No veo que los tres lazos, formados por esos tres funcionarios de órdenes diversos, consagren entre los esposos la menor relación de gustos, de afecciones y de pensamientos. Que no pueda ser hoy de otra manera, convengo en ello; pero no porque sea lo corriente es mejor.

¡Dios mío!, el mundo ha establecido con sagacidad la clasificación de los matrimonios, y no se descubre en las especies mencionadas un indicio de esa comunión moral que es la garantía de una buena unión.

He aquí la clasificación:

Matrimonio de inclinación.

En general, esta especie de matrimonio procede de una sorpresa de los sentidos ó de un encuentro de dos simpatías errantes, que corren de desengaño en desaliento tras un ideal imposible. Es la especie más desacreditada, no á causa de su vicio real, sino á causa del desinterés que la caracteriza.

Matrimonio de conveniencias.

Esta clase de matrimonio es el arreglo de dos existencias en el estado plácido, en cuanto al corazón, en el estado neutro en cuanto á las opiniones, en el estado correcto y digno en lo que concierne á la posición social. Es la cita de dos etiquetas morales ó políticas. En estos tiempos de guerra conyugal, es el producto de la diplomacia aplicada al matrimonio.

Matrimonio de razón.

Esta especie de matrimonio se realiza con el sacrificio de una de las partes mediante una ventaja. Des-

MCD 2022-L5

proporción de edades, disparidad de condición, carencia de simpatía, es lo que se sobreentiende con la palabra *razón*, que adorna la resignación venal de una víctima bien aleccionada. Si la razón no aportara nada, se la llamaría locura. En una palabra: el matrimonio de razón es un *matrimonio por incompatibilidad*, con la ayuda del contrato.

Matrimonio de dinero.

Es el negocio sin ningún disfraz. Median corretajes, hay ofertas y demandas. Resultado del progreso de la banca, de la industria y del comercio.

¡Dios no quiera que todos los matrimonios entren en una ó en otra de estas categorías! No creo en la universalidad del mal. Pero á menudo, entre los esposos que satisfacen á ciertas condiciones requeridas, hay ausencia de las bases morales de la unión. No es culpa suya, son lo que el mundo á que pertenecen ha podido hacerlos.—A. DE CASAMAYOR.

Miramientos.

La primera falta entre casados es faltarse á los miramientos.—Madame DE PUISIEUX.

Esclavitud.

En un libro titulado la *Mujer del progreso*, una mujer dice, á propósito de la ley del matrimonio: «Es bella esa ley; es un código perfecto de la esclavitud; entrega nuestras personas, nuestra fortuna, nuestro honor á nuestros amos; pero todavía no es esto bastante; nuestros hijos les pertenecen también. Casaos, señoras, ¡es un estado lleno de dulzura y de voluptuosidades celestes! Vuestro marido, pródigo y libertino, os reducirá á la miseria; para endulzarla, os llevará

ricos viciosos que os encontrarán bonita... Huiréis con vuestro hijo... gracias á algunas virtudes, viviréis honradamente; pero vuestro hijo queda esclavo de su padre; es el instrumento de que se servirá para castigaros por haber osado sustraeros á su tiranía, y este castigo será digno de él y legal sobre todo. Graves magistrados, defensores á sueldo de la moral pública, le prestarán ayuda; irán con él á arrancar á vuestro hijo de sus brazos. En vano le defenderéis como la leona defiende á sus cachorros; la fuerza bruta se lo llevará. En vano gritaréis á esos magistrados que el hijo que entregan así á un padre depravado es una niña, á la que venderá como quiso vender á su mujer... la justicia seguirá su curso.—Madame DE CARLOWITZ.

Apagador.

Todo hombre que tenga talento, genio, y que esté llamado á la gloria, no debe casarse. El matrimonio es un verdadero apagador para todo lo que es grande y puede tener brillo.—Mademoiselle DE L'ESPINASSE.

Hambre.

No puedo imaginarme que se vuelvan á casar; no lo comprendo sino por un motivo; cuando se muere de hambre, y se quiere con el matrimonio procurarse un pedazo de pan.—La duquesa DE ORLEANS.

Gobierno.

Muchos hogares de hoy no son más que la parodia de un gobierno constitucional en donde el rey reina y no gobierna.—Madame DE GIRARDIN.

Grandes hombres.

¡Qué peligroso es para un gran hombre el dejarse

cautivar por nuestro sexo! Debería desde la infancia formarse un corazón insensible á todos nuestros perniciosos atractivos. Escucha, hijo mío, decía en otro tiempo el más sabio de los hombres, escucha y retén mis lecciones: si alguna belleza, con sus miradas, trata de reducirte, no te dejes arrastrar á una pendiente demasiado halagadora; rechaza el veneno que ella te presenta, y no sigas los senderos que te muestra; su casa es la puerta de la perdición y de la muerte. He examinado detenidamente todas estas cosas y he encontrado que la muerte misma es un mal menos peligroso que la belleza de una mujer; es el escollo de la libertad; es un lazo fatal que te sujeta y del que no puede uno libertarse nunca. Una mujer fué la que arrojó al primero de los hombres desde el estado glorioso en donde Dios le había formado; la que fué creada á fin de que compartiese su felicidad fué la única causa de su ruina. ¡Qué brillante hubiera sido su gloria, oh Sansón, si tu corazón hubiese tenido tanta fuerza contra los incautos de Dalila, como la tuviste contra las armas de los filisteos! Vencedor de sus numerosos ejércitos, una mujer te desarma y te traiciona; te ves entregado en manos de tus enemigos; te ves privado de aquellos ojos que dejaron penetrar el amor en tu alma; confuso y sin ninguna esperanza, mueres con el solo consuelo de poder envolver á tus enemigos en tu ruina. Por agradar á las mujeres pierde Salomón el cuidado de agradar á Dios. Aquel rey, cuya sabiduría llegaban á admirar desde todas partes, á quien el Señor eligió para bendecir su templo, abandona el culto de los altares, del que se mostrara defensor, y lleva su locura hasta incensar á los ídolos. Job no tuvo enemigo más cruel que su propia mujer. El espíritu de tentación, que se había declarado per-

seguidor suyo, se sirvió de una mujer para quebrantar su constancia; y ese mismo espíritu se sirve de Eloisa para perder á Abelardo.—ELOISA.

Odio.

Ordinariamente, cuando se casa uno por amor, viene en seguida el odio; lo he visto con mis propios ojos. —La duquesa DE ORLEANS.

Ignorancia.

La opinión, esa tirana del mundo, ha borrado la palabra amor del vocabulario de la soltera, para hacer de ella la única raíz del lenguaje de la casada. El Evangelio y el Código la condenan, sin embargo, á no conocer lo que esa palabra expresa; pero, haciendo protestas de su respeto hacia el Evangelio y hacia el Código, ella vive ó muere de amor, como el ladrón vive de su industria, que le conduce unas veces á la fortuna, otras á presidio.

El sistema de la ignorancia en materias de amor para las jóvenes, produce los peores resultados.

Imaginación.

El matrimonio no conviene sino á las personas dotadas de un carácter flemático, y en manera alguna á las imaginaciones vivas y ardorosas, á las cuales no conviene ningún estado permanente, de cualquier naturaleza que sea.—Madame DE ARCONVILLE.

Inclinación.

Los que se casan sin amor no piden á sus mujeres que les quieran, sino solamente que no quieran á otro. Olvidan á qué precio han comprado, unos el silencio del corazón, otros el poder arreglar su lenguaje sobre

las combinaciones del cerebro. Examinad lo que pasa en el mundo y os veréis obligados á reconocer que la mujer paga, después del matrimonio, la deuda del corazón que el hombre ha saldado antes, lo que, por esto mismo, tiene resultados mucho más funestos. ¡Ah! sí, tienen razón los que quieren abolir el matrimonio, puesto que, gracias á los refinamientos de nuestra civilización, ha llegado á ser ridículo el realizarle por amor. En cuanto á mí, no me dejo guiar por la opinión de los otros, sino por la mía. No me casaré sino con el hombre á quien haya inspirado una pasión profunda y verdadera, y que me haya enseñado á compartirla. Si mi razón lo condenase, obedecería á mi razón; tiene ésta bastante imperio sobre mí para hacerme rehusar un matrimonio de inclinación, si esta inclinación no fuese digna, pero no para hacerme contraer un matrimonio de conveniencia, aun cuando me pareciera probable que mi marido pudiese llegar á ser mi amante; porque no quería jugar su felicidad y mi vida á un *quizá*.—Madame DE CARLOWITZ.

Los matrimonios de inclinación son más felices que los de amor; han sido precedidos por una prueba más larga.—Madame DE PUISIEUX.

Independencia.

Es de la más estricta justicia que una joven haga el sacrificio de su independencia exterior á la dignidad, á la paz y á la felicidad del hogar. El matrimonio no es una asociación de libertad; todo compromiso tiene sus condiciones; hasta un marido se ve bien obligado á sufrir algunas, con tanto más gusto cuanto mejor comprende las obligaciones legítimas del contrato moral que ha estipulado. Nuestras jóvenes son desco-

nocidas por el esposo que las elige; no sé en la sociedad de ningún otro trato que se haga tan completamente sobre la palabra; los inconvenientes de esto saltan á la vista; el único remedio estaría en que se diese á los contrayentes la facultad de elegir un poco más á su gusto.—Madame DE REMUSAT.

Desigualdad.

Todas las uniones posibles serán intolerables mientras haya en las costumbres una indulgencia ilimitada para los errores de un sexo, mientras que el austero y saludable rigor del pasado subsista únicamente para reprimir y condenar los del otro.—JORGE SAND.

Celos.

La mayor parte de los maridos que no aman á sus mujeres, no son por ello menos celosos; las miran como un mueble que les pertenece, y del que no quieren que se les prive, no obstante el poco caso que de él hacen.—Madame DE RIEUX.

El día más hermoso de la vida.

Casaos, haréis bien; no os caséis, tal vez vale más, como dice el apóstol; y sin embargo, un hermoso día—se dice que es el más hermoso de la vida (¿es por oposición al siguiente?)—se encuentra al casarse.—Madame DE FRESNE.

Libertad.

El matrimonio más feliz no llegaría á ser delicioso; y yo encuentro que la libertad lo es.—Madame DE MAINTENON.

MCD 2022-L5

Lecho.

El amor y el himeneo son hermanos, se dice, pero seguramente no son del mismo lecho.

Lotería.

Casarse, tener hijos, es lanzarse atrevidamente á esa lotería de la suerte en la que tan rara vez se tienen buenos números.—Mademoiselle DE L'ESPINASSE.

Desgraciado.

Hay en un matrimonio desgraciado una fuerza de dolor que es superior á todas las otras penas de este mundo. El alma entera de una mujer reposa en la afección conyugal; luchar sola contra la suerte, avanzar hacia la tumba sin que un amigo os sostenga, sin que un amigo os compadezca, es una soledad de la que los desiertos de Arabia no dan sino una débil idea; y, cuando todo el tesoro de vuestra juventud haya sido dado en vano, cuando no esperéis ya para el fin de la vida el reflejo de esos primeros rayos, cuando el crepúsculo no tenga ya nada que recuerde la aurora, y sea pálido y descolorido como un lívido espectro, mensajero de la noche, vuestro corazón se rebela; os parece que os han privado de los dones de Dios sobre la tierra; y si amáis todavía al que os trata como á esclava, puesto que no os pertenece y dispone de vosotras, la desesperación se apodera de todas las facultades, y la conciencia misma se turba á fuerza de la desgracia.

Las mujeres podrían dirigir al esposo que trata ligeramente su destino, estos dos versos de una fábula:

Sí, es un juego para vosotros;
Pero es la muerte para nosotras.

Y mientras no se produzca en las ideas alguna revolución que cambien la opinión de los hombres sobre la constancia que les impone el lazo del matrimonio, habrá siempre una guerra entre los dos sexos, guerra secreta, eterna, astuta, pérfida, y de la que se resentirá la moralidad de ambos.—Madame DE STAEL.

Compra.

La mayor parte de los matrimonios no son sino compras; así es que el primero de esos nombres me espanta siempre, cuando me lo aplico, porque evoca la idea del segundo.—Madame ROLAND.

Marido.

Continuar el amor en el matrimonio es una felicidad que constituye toda una ciencia. ¡Se necesita tan poco para matar esas bellas emociones, esas ilusiones preciadas que encantan la vida, y es tan difícil mantener un hombre á la altura de una pasión exaltada, sobre todo cuando ese hombre es un marido! Con un amante es más fácil; los obstáculos le enardecen, las dificultades le irritan; hay en esta situación algo provisional que despierta la inquietud y los celos de la posesión. Pero un marido no tiene que conservar, nada que defender, y con la mayor naturalidad se duerme en la certeza y en la saciedad de su felicidad. Además, ¿qué valor tienen para él esos placeres tan fáciles? ¿Qué atractivo le hará desear esos favores ofrecidos, prodigados, derrochados en esa intimidad, en medio de la que se duerme sobre la misma almohada? Es como esas primicias cuya rareza hace que cuesten; en cuanto se las puede tener casi por nada, se las desdeña, ya no se quieren.—Madame REYBAUD.

MCD 2022-L5

Es menos penoso ver poseer por un marido al ser amado, que verla solamente querido por un rival. Un marido que no es amado, no lo será nunca; pero un amante odiado puede dejar de serlo y hacerse amar algún día.—Madame DE SARTORY.

Matrimonio.

Las ideas de Bentham sobre el matrimonio, son las más atrevidas que se hayan osado emitir hasta ahora. «¿Qué pensar, dice (en los principios del Código civil), de la ley que le impone sin apelación y á despecho de los mismos esposos? Ella hace que los matrimonios sean cada vez menos; matrimonio, servicio, país, estado cualquiera, la prohibición de salir de él, es la prohibición de entrar... Mas, para impedir el yugo, en caso de malos tratos, libertad á la parte maltratada y no á la otra: así el marido tentará á su mujer, si puede, con la oferta de una fortuna independiente; ó hasta buscará para ella otro esposo que pueda hacer que ella acepte como precio de su rescate. Y en cuanto á los hijos, dejando los varones al padre y las hembras á la madre, su educación sufrirá menos con un divorcio que lo que hubiera padecido con las discordias y los odios domésticos.» Dice, además (principios del Código penal), que, en los casos en que el hombre sea demasiado joven ó demasiado pobre para casarse, se podría, á fin de remediar los desórdenes, legitimar contratos por un tiempo limitado; prohibiendo esos arreglos, no se impiden, se los hace criminales y se los envilece; mediante esos contratos, se garantizaría á la mujer de una humillación que, después de haberla degradado á sus propios ojos, la conduce casi siempre al último grado del desorden; se comprobaría, en fin, el nacimiento de los hijos, y se les aseguraría los

cuidados fraternales. Tales eran los principios de los antiguos romanos en ciertas formas de matrimonio.—Madame DE MERITENES.

La clase media tiene, por lo general, á la juventud encerrada, sin libertad, con matrimonios tardíos. Las hijas, sin aire, sin ejercicio, educadas como en invernadero, tendrían necesidad de ser casadas pronto; las casan tarde, ó no las casan; los mismos muchachos viven cohibidos; de aquí tantas enfermedades de neurastenia y del pecho. —Madame DE MERITENS.

El canario y el pinzón.

FÁBULA

«Qué grato es estar en la jaula,
Decía fuera un pinzón,
Viendo en ella un canario
Que lanzaba dulces trinos;
Come cuanto quiere,
Tiene una hembra gentil
Y está con ella cuando gusta;
Reir, comer, beber y entonar canciones.»
De igual suerte, una joven doncella
Al ver á su amado cree que el mayor placer
Sería unirse con una cadena eterna
Con el objeto de sus tiernos deseos;
Pero la jaula y el matrimonio
No hacen sentir sus males sino cuando se está dentro.
Por divisa tomad esta lección muy cuerda:
Jamás maridos, siempre amantes.

Mademoiselle DE SCUDERI.

Una de las acciones más comúnmente mal dirigidas

es el matrimonio. Casi todas las desgracias que ocurren á los esposos proceden de los primeros días. Por lo general se une á una joven cándida, ignorante, cuyo corazón está dispuesto á recibir todas las impresiones con un hombre que ha visto, probado y experimentado todo. O no le queda ya una chispa en el alma, y entonces es lo que será siempre: duro, egoísta, cruel, ó bien tiene aún un poco de poesía, que se despierta ante un sentimiento noble, joven y sin tacha. Descubre á su mujer lo que es la pasión, le enseña todo el poder, todo el delirio, y cuando ella comienza á apoyarse en aquella ternura, cuando ella se ha creado un porvenir de felicidad, cuando cree saber la ciencia de la vida, habiendo aprendido el amor, cierra él la puerta de aquel paraíso, arroja de él á la pobre criatura, diciéndole: «Jamás has de volver á encontrarlo; ha concluido para siempre. Tienes veinte años, tu juventud es todavía larga; pues bien, pena, sufre, llora por lo que has soñado y has perdido. Porque yo soy incapaz de devolvértelo; mi corazón está marchito, muerto, y si le buscas en otro no disfrutarás sino algunos minutos de ese sueño á costa de tu reposo, de tu felicidad, de tu existencia toda. Te expondrás al desprecio del mundo, al mío, al tuyo sobre todo. De rramarás más lágrimas que sonrisas veas, añadirás remordimientos á tus penas y un martirio nuevo al que te impongo.» He aquí lo que son casi todos los destinos de las mujeres. ¡Y se las acusa y se las maldice! ¡Oh! Si se tuvieran en cuenta sus sufrimientos, si se asistiera á sus combates, si se supiera todas las luchas que tienen que sostener, las simpatías de la piedad reemplazarían á la censura, y se diría con Cristo: «El que esté sin pecado que arroje la primera piedra.»—Madame DASH.

Hogares.

Pocos hogares resisten á un año de prueba; y hay aquí un proverbio que dice que, si dos que se casan pasan un año sin arrepentirse de haberse casado, tienen derecho á una viña que pertenezca al arzobispo de París; así, cuando sé que dos recién casados riñen, se dice: «No tendrán la viña del señor arzobispo.»—La duquesa DE ORLEANS.

Es una gran ciencia la de ser feliz en el hogar; es preciso ponerla en práctica desde el primer día, si no se cometen faltas que no es fácil reparar.—Madame REYBAUD.

Lo mejor y lo menos malo.

En el matrimonio, como en muchas otras cosas, hay que tender primero hacia lo ideal, contentarse después con lo incompleto; proponerse lo *mejor* y aceptar lo *menos malo* cuando Dios nos lo envía.—Madame DE SAUSSURE.

Modestia.

¿Quién no ve que las religiones y las legislaciones han querido dictar leyes de modestia y no leyes de muerte? Se ha querido hacer virtuosa á la juventud, no se ha querido matarla; el espíritu de las leyes es violado cuando la modestia conduce á la muerte.—Madame DE MERITENS.

Muerte.

Nos ha indignado y desconsolado el número de muertes de jóvenes de uno y otro sexo de que nos han dado cuenta en los pueblos pequeños. Aquí, un joven

MCD 2022-L5

de una familia que hace vida retirada, se levanta la tapa de los sesos, asombrado de una agitación extraña que no se explica, *y en la que su padre no sospecha nada*. Allí una joven sigue á su hermana á la tumba, muriendo ambas de enfermedades nerviosas *que no se explican*. Hace diez y ocho años iban á morir dos hermanas; casaron á una y se curó, la otra murió; la mujer salvada pierde, diez y ocho años después, á tres hijas que mueren como murió la hermana; causa asombro; se habla de *enfermedad de los órganos*.—Madame DE MERITENS.

Modestas jóvenes de la clase media mueren en masa en los pueblos por no haberse casado.—Madame DE MERITENS.

Bodas.

Puede preguntarse si todo el ruido que acompaña generalmente á una boda, si las fiestas, los regalos, el esplendor de los tocados son accesorios que responden á la gravedad del acto que se realiza. Parece que no, tanto desde el punto de vista sentimental como desde el punto de vista religioso. Sin embargo, tomando la sociedad tal cual es, se puede encontrar en esa costumbre algunas ventajas. Es una confirmación de la seguridad de los padres, de sus esperanzas; el placer que brilla en sus ojos absuelve á la que va á dejarles, y la emoción de toda la familia, las lágrimas de la madre, sobre todo, prueban al esposo la ternura que ella ha inspirado. El alegre advenimiento de su reinado, celebrado así, la dispone á responder á la expectación que ha inspirado.—Madame DE SAUSSURE.

MCD 2022-L5

Obediencia.

La mujer debe obediencia á su marido. Esta es la ley.

¿Y por qué?

El soldado obedece al cabo, el cabo al sargento, el sargento al oficial, el oficial al capitán, y así sucesivamente, porque cada inferior reconoce en el grado superior un motivo plausible de sumisión.

El vicario obedece al párroco, el párroco al obispo, el obispo al arzobispo, porque en cada grado de la jerarquía se encuentra la consagración del poder que obliga á todos los creyentes.

El empleado obedece al ministro, porque el ministro ejerce funciones que suponen una gran capacidad.

El obrero obedece al fabricante, porque el fabricante distribuye la tarea y reparte el salario.

El escolar obedece al profesor, porque el profesor sabe lo que el estudiante ignora.

El hijo obedece al padre, porque el padre es, por lo menos, el iniciador en la vida física; el hijo es el iniciado.

¿Pero por qué debe la mujer obediencia al marido?

¿Acaso porque el marido sabe más, y la mujer menos? Cada uno sabe, ó debe saber, lo que conviene al fin que Dios le ha asignado. Dios no ha hecho de la mujer un cuerpo opaco que recibe la luz de un cuerpo próximo; tiene su luz propia, y, lejos de ser un sol, el hombre no la ilumina sino iluminándose á sí mismo.

¿Es porque el espíritu masculino aventaja al femenino?

El cerebro es el mismo en los dos sexos; cada uno ejerce las mismas facultades en razón de su destino particular. Ni la anatomía, ni la fisiología demuestran

que la mujer sea un tipo intermedio entre el hombre y el orangután.

¿Acaso porque el hombre esté mejor organizado, moralmente, que la mujer? Muchos hombres conceden á ésta el privilegio de un corazón más misericordioso, más tierno, más amante, pero como una compensación de su menor inteligencia. No acepto para las mujeres esa superioridad sentimental, sino como el producto forzado de la educación que las sustrajo de un orden social en el que reinaba la espada. Fuera de esta región, lejos del teatro de la energía belicosa, el hogar doméstico, claustro de las mujeres, ha sido el centro de todas las ternuras del alma y de todas las delicadezas del pensamiento. Los sacerdotes, los poetas, los filósofos, igualmente aislados de una participación activa en las luchas públicas, conocieron, como ellas, las santas emociones de la piedad, de la justicia, del amor; como ellas, he dicho, con ellas tal vez.

¿Acaso porque el hombre sostiene á la mujer con su trabajo? Esto es falso en la masa del género humano. Allí ella trabaja tanto como él. En la clase media, ella trabaja de una manera, él de otra. En la minoría excepcional, si la mujer no trabaja con sus manos, paga con su dote el derecho á la ociosidad.

¿Por qué, pues, la mujer debe obediencia á su marido? No lo sé.

Y que se observe esto. El hijo llega á ser padre, el estudiante se convierte en profesor, el obrero en fabricante, el empleado en ministro, el vicario en arzobispo, el soldado en mariscal de Francia; por lo menos esto no se halla prohibido, de suerte que cada uno de ellos, después de haber obedecido, manda. Pero la mujer no puede subir en categoría, obedece siempre.

MCD 2022-L5

Todo estado subalterno es transitorio ó puede serlo; el suyo el indeleble, como el del negro. El negro no puede cambiar de color, la mujer no puede cambiar de sexo.

No hay actualmente en el mundo más que dos aristocracias seriamente constituidas: *la aristocracia de la piel y la aristocracia de la barba.*

¿Y por qué?

No se explica más que con esto: el hombre es el más fuerte, ha hecho la ley.

Razón excelente, si viviéramos en beligerancia permanente, cuando la fuerza era la mitad del valor, cuando el soldado era una máquina de guerra. Pero la razón es menos viable desde la invención de las armas de fuego. Desde este momento, la cabeza es la que ha ganado la batalla. En la edad de la fuerza, la mujer debía obedecer, porque era la más débil: es una razón de soldado; hoy no sería sino una razón de mozo de cuerda.—A. DE CASAMAYOR.

La mujer, al casarse, ha jurado obediencia, ¿quién puede dudarlo? Este artículo se encuentra en todos los códigos divinos y humanos. Pues bien; el sentimiento se opone á menudo á la obediencia; va más ó menos lejos, no se fija. Independiente y altivo por naturaleza, tiende á nivelar las clases, las condiciones, los sexos, las edades; se indigna de la subordinación, no cree depender sino de sí mismo, y se imagina haberlo hecho todo con presentarse.—Madame DE SAUSSURE.

Olvido.

La pasión aumenta con los obstáculos; el olvido es

la única seguridad que se puede tomar contra el amor.—Madame DE LAMBERT.

Paciencia.

Los mejores matrimonios son aquellos en que se sufre con dulzura y con paciencia; no lo hubo jamás sin alguna contradicción.—Madame DE MAINTENON.

Fenómeno.

Es un fenómeno encontrar una mujer que haga la felicidad de su marido.—Madamoiselle DE SOMMERY.

Prostitución.

La que se casa por dinero, ¿en qué se diferencia de una prostituta? Esta se alquila, aquélla se vende.—Madame DEHILLE.

Protección.

El marido debe protección á su mujer. Esta es la ley.

Ley tutelar en los tiempos en que la mujer, por su debilidad, estaba expuesta á ser juguete de la fuerza. El tiempo de las aventuras, de los raptos, de los bandidos apasionados, está lejos de nosotros.

Y la mujer, no solamente no tiene ya necesidad de su marido como de un escudo, sino que hoy la mujer ultrajada no lo suele ser más que por su protector.—Madame DE CASAMAYOR.

Resignación.

Cualquiera que sea, rico ó pobre, bueno ó malo, cuerdo ó imprudente, todo hombre tiene el derecho imprescriptible de ser tratado con deferencia, de ser considerado en su propia casa. Cierto es que esto pre-

MCD 2022-L5

senta alguna dificultad cuando se trata de un individuo desprovisto de todo juicio; pero no por el matrimonio se hace un hombre razonable, y la mujer que ha elegido semejante compañero debe sufrir las consecuencias de su elección; debe también respeto á su marido, cualquiera que sea el grado de su locura, puesto que se ha colocado voluntariamente en una situación tal, que debe necesariamente estarle subordinada.—Madame ELLIS.

Sacramento.

El sacramento del matrimonio no borra los pecados originales como el del bautismo.—Madame DE STAEL.

Ciencia.

Es una gran ciencia la de ser feliz en el matrimonio; hay que ponerla en práctica desde el primer día, si no se cometen faltas que no son fáciles de reparar. —Madame REYBAUD.

Juramento.

La sociedad dicta á la mujer que se casa una fórmula de juramento. Debe jurar ser fiel y estar sometida, es decir, no amar más que á su marido y obedecerle en todo.

Una mujer no puede responder de su corazón, aun cuando su marido fuera el mejor de los hombres.—JORGE SAND.

Uniones.

¡Cuántos encontramos en el matrimonio unidos por el cuerpo y divorciados por el espíritu! ¡Monstruosa unión!, llena de horror, como cuando Inocencio enca-

MCD 2022-L5

denaba á los vivos con los muertos.—Lady BLESSINGTON.

Cuando las uniones están fundadas en las inclinaciones y en los principios, la cadena es indisoluble; porque uno de los extremos está atado en el cielo y el otro en la tierra.—Madame NECKER.

Usurpación.

Nunca se dirá bastante que los hábitos de la sociedad, sobre todo en París, han apartado de tal manera á las mujeres de su condición natural que, prefiriendo siempre la usurpación á los derechos, pretenden llegar á todo sin tomar trabajo por nada. Esta inclinación llevada al matrimonio, ocasiona la mayor parte de nuestros desencantos. Dícese demasiado que las faltas de las mujeres son consecuencia de los primeros yerros de sus maridos. La moral no ha permitido ninguna comparación entre el mal proceder del hombre y el de la mujer. Sus fallos son con razón más severos para con nosotras, pero el mundo atenúa mucho los suyos; y nuestras quejas son casi siempre más escuchadas, aunque no seamos las solas en sufrir las penas de un mal hogar. Esta parcialidad, que ha llegado á ser una costumbre, excusaría las venganzas interiores de algunos esposos, si las pequeñeces de la venganza pudieran excusarse nunca.—Madame de REMUSAT.

Voluntad.

La voluntad de una mujer debe estar subordinada á la de su marido; pero, hablando de buena fe, ¿son hoy tan tiránicos los maridos que no se les haga oir la razón en nada? Si tienen ellos en su interior todos

MCD 2022-L5

los derechos de un poder menos discutido que eludido, ¿no tenemos nosotras la habilidad de ejercer en nuestro provecho muchas secretas influencias? ¡Cuántas mujeres, siempre dispuestas á los ojos del público á satisfacer los caprichos frívolos, á poner en práctica cuestiones de detalle, gastan la autoridad de un marido sobre una multitud de minucias, para recobrar la libertad en las ocasiones que las interesan y adquieren, con una hábil mezcla de la complacencia y de la astucia, una independencia muy efectiva! Que se las pregunte y que respondan ingenuamente, si quisieran cambiar esa obediencia calculada por otra más sincera y más moral.

Una mujer galante, ó solamente coqueta, puede fácilmente ser la más dulce de las esposas; pero una mujer virtuosa sólo puede ser más sumisa.—Madame DE REMUSAT.

SEXTA PARTE

LO QUE LAS MUJERES HAN DICHO DEL AMOR

Abandono.

El amor de una mujer no consiste de testimonios arrebatados, en un abandono sin freno ni reservas. Es una locura creer que sea conveniente y prudente agotar de un golpe la suma de felicidad y de ilusión con que se entra en el matrimonio, y entregarse en cuerpo y alma á un hombre, hasta que, harto, vuelva la cabeza y se duerma en el hábito de nuestra posesión. —Madame Reybaud.

Absolutismo.

El amor es un sentimiento celoso y tiránico; no se encuentra satisfecho sino cuando el objeto amado le sacrifica todos sus gustos y todas sus pasiones. No se hace nada por él si no se hace todo. Desde que se le antepone el deber ó la amistad, se cree con derecho de quejarse y trata de vengarse.—Ninón de Lenclos.

Accesos.

El amor es una fiebre cuyos accesos, como los de las enfermedades agudas, tienen su marcha, su apo-

MCD 2022-L5

geo, el momento en que hay de morir ó curar.—Sofía Gay.

Agitación.

El amor es la agitación de la vida; la amistad es el reposo.—Madame Cottin.

Amistad.

El amor es una flor con la que adornamos nuestra juventud; pero la amistad es un fruto con el que consolamos nuestra vejez.—Lady Blessington.

El amor no recurre á la amistad sino cuando teme ó desea; cuando es feliz, se basta á sí mismo.—Lady Blessington.

El amor será siempre el egoísmo de dos, porque lleva en sí satisfacciones infinitas. La amistad es más desinteresada; comparte todas las penas y no todos los placeres. Tiene menos raíces en la realidad, en los intereses, en las embriagueces de la vida. Por eso es más rara, aun en un estado muy imperfecto, que el amor, en cualquier estado que se le tome.—Jorge Sand.

Amor.

El amor, en Francia, es una comedia; en Inglaterra, una tragedia; en Italia, una ópera seria, y en Alemania, un melodrama.—Lady Blessington.

El amor se hace escuchar de los seres más sencillos; lleva en sí un encanto que turba á los indiferentes, y los ojos de dos jóvenes amantes tienen un lenguaje que nos divierte y nos seduce. Anatomizar el

amor es querer curarse de él. Psiquis lo perdió por haber querido conocerle.—NINÓN DE LENCLOS.

Aspiración.

El amor es la aspiración de la parte más etérea de nuestra alma hacia lo desconocido.—JORGE SAND.

Atracción.

El amor es la más poderosa de las atracciones; nadie se sustrae á su influencia; cautiva, seduce, arrastra, da una nueva vida, coloca el cielo en la tierra.—Madame DE GAMOND.

Belleza.

En amor, un joven muy bello no siempre es seductor, pero siempre comprometedor.—Madame DE GAMOND.

Necesidad.

Esa necesidad de amar de que se habla tanto indica menos de lo que se cree la ternura de corazón, y no es nada más, en el fondo, que el deseo de ser adorada.—Madame DE SAUSSURE.

Felicidad.

La pasión que puede proporcionarnos los mayores placeres y hacernos más felices, pone enteramente nuestra felicidad en manos de otros; ya se ve que me refiero al amor. Esta pasión es tal vez la única que pueda hacernos desear la vida é impulsarnos á dar gracias al Autor de la naturaleza, cualquiera que sea, por habernos dado la existencia. Milord Rochester tiene mucha razón al decir que los dioses han puesto

esa gota celeste en el cáliz de la vida para darnos el valor de soportarla.

Hay que amar, esto nos sostiene;
Porque sin el amor es triste ser hombre.

Si esa afección natural, que es un sexto sentido, el más fino, el más delicado, el más precioso de todos, se encuentra al mismo tiempo en dos almas igualmente sensibles, igualmente inmutables, igualmente susceptibles de felicidad y de placer, todo está dicho, ya no se tiene nada que hacer para ser dichosa; todo lo demás es indiferente. Unicamente la salud es necesaria; hay que emplear todas las facultades del alma en gozar de esa felicidad; hay que dejar la vida cuando se pierde aquélla, y tener la completa seguridad de que los años de Nestor no son nada comparados con un cuarto de hora de tal goce. Justo es que semejante felicidad sea rara. Si fuera común, valdría más ser hombre que ser dios.—Madame DU CHATELET.

Cálculo.

En amor, en amistad, el encanto del sentimiento queda al instante aniquilado por la primera palabra que sea preciso calcular antes de pronunciarla.—Madame DE SALM.

Caprichos.

El amor tiene singulares terrores y penosos caprichos. ¡Qué extraña pasión es esa cuyo primer movimiento es huir de lo que busca, y el segundo echar de menos aquello de que se ha huido!—Madame DE GIRARDIN.

El amor es un capricho cuya duración no depende

de nosotros, y que está sujeto tanto al disgusto como al arrepentimiento.—NINÓN DE LENCLOS.

Carácter.

El amor tiene un carácter tan particular, que no se puede ocultar donde está, ni simularlo donde no se encuentra.—Mademoiselle DE EPINAY.

Lo que es.

Pocas gentes saben lo que es el amor, y entre los que lo saben, hay muy pocos que lo digan.—Madame GUIZOT.

Ceder.

¡No ceder al amor! ¡Qué ciencia se necesitaría tener para preservarse de tan seductor error!—Madame GUIZOT.

Celibato.

...No es el placer, es la felicidad lo que los alemanes buscan en el amor; así es que no son galantes, sino seductores. Necesitan jóvenes inocentes, mujeres virtuosas, á las que primero adoran muy castamente; pero, como es imposible no pagar el tributo á las debilidades humanas, reducen al ángel á no ser más que una mujer vulgar; su admiración se convierte muy pronto en desprecio, y van á buscar á otra parte decepciones y víctimas nuevas. Entre nosotros, los franceses, está prohibido el tratar de inspirar amor á una joven modesta, aun cuando queramos hacer de ella nuestra mujer; porque el amor no debe venir sino después del matrimonio. Si no viene ó dura poco, como casi siempre sucede, volvemos á emplear los consue-

los que encantaban nuestro celibato.—Madame DE CARLOWITZ.

No hay más celibato triste que el celibato del corazón.—CLAUDIA BACHI.

Quimera.

Las quimeras novelescas preservan del amor.—Madame DE GIRARDÍN.

Combate.

El amor es un combate desigual, en el que se impone al más tímido, al más débil, la necesidad de alcanzar siempre la victoria.—Madame RICCOBINI.

Mandato.

Ninguna criatura humana puede ordenar el amor, y nadie es culpable por experimentarlo ó por perderlo.—Madame RICCOBINI.

Principio.

En los comienzos de su trato, dos amantes se creen animados de los más delicados sentimientos. Agotan las firmezas, las exageraciones, el entusiasmo de la más rebuscada metafísica; la idea de su excelencia les embriaga algún tiempo. Pero sigámosles en sus relaciones; pronto la naturaleza va á recobrar sus derechos; la vanidad, satisfecha por la ostentación de sus razones alambicadas, va á dejar al corazón la libertad de sentir y de expresar y, despreciando los placeres del amor, llega un día en que aquellos amantes se asombran mucho de encontrarse, tras un largo rodeo, en el mismo punto que un campesino que de bue-

na fe hubiera empezado por donde ellos han concluido.—Madame RICCOBINI.

Compañera.

La mujer no es la compañera del hombre. Debe ser su ídolo siempre en todas las fases de la vida, y bajo las más seductoras imágenes; tesoro de candor en la edad de la infancia, reina de belleza en la edad del amor, providencia en la edad de la maternidad.—JULIA P.

Confianza.

Como los galanes de cierta edad son, naturalmente, más discretos que los jóvenes, ganan con mayor facilidad la confianza de las mujeres. Les sucede á algunos de ellos lo que á los capitanes viejos, á quienes una larga experiencia ha enseñado cien medios de sorprender las plazas que los oficiales jóvenes no saben.—Madame DE SARTORY.

Contradicción.

El amor es la pasión más viva, la más universal, la más natural, la más justa, la más injusta á veces; la más seductora, la que más y la que menos satisface; encierra todas las cosas contradictorias.

¿Hace feliz esa pasión? Esto es un problema.

En cuanto á mí, creo que si se limitara á los deseos, proporcionaría mayor felicidad que alcanzando su fin.—Madame DE VERZURE.

En asuntos de amor y de corazón, lo contrario de lo que se afirma es posible siempre.—Madame DE STAAL DE LAUNAY.

Obstáculos.

Los obstáculos que se ponen al amor, lejos de debilitarle, no sirve á menudo sino para aumentarle.—Mademoiselle DE SCUDERI.

Definición.

El amor es no sé qué, que viene de no sé dónde, y que concluye no sé cómo.—Mademoiselle DE SCUDERI.

... Se ha descrito la ternura maternal, la ternura filial, la amistad con sensibilidad; Orestes y Pílades, Niobe, la piedad romana; todas las otras efusiones del corazón nos han sido transmitidas con los verdaderos sentimientos que les caracterizan: solamente el amor nos es representado, unas veces bajo los rasgos más groseros; otras, como de tal manera inseparable ó de la voluptuosidad ó del frenesí, que es un cuadro más bien que un sentimiento, una enfermedad más bien que una pasión del alma.—Madame DE STAEL.

Delicadeza.

Hay muchos hombres que ignoran la satisfacción de amar con bastante delicadeza, para preferir la felicidad de la mujer que aman á su propia felicidad.—Madamoiselle AISSÉ.

Abnegación.

La abnegación mata el amor y lo convierte en amistad.—JORGE SAND.

Dignidad.

En otro tiempo se les puso en la cabeza que el amor

debía ser razonable; se quería que fuese grave; no se le estimaba sino en proporción de su dignidad. ¡Ah!, yo pregunto: exigir dignidad á un niño ¿no es despojarle de todas las gracias? Es hacer de él un triste anciano.—NINÓN DE LENCLOS.

Duración.

¡El amor!... ¿Qué es el amor?... Un capricho, una fantasía, una sorpresa del corazón, tal vez de los sentidos; un encanto que se esparce por los ojos, que los fascina, que se liga á las facciones, á las formas, hasta al vestido de un ser que solamente la casualidad nos hace encontrar. Si no le encontramos, nada os advierte su existencia, nada nos turba...; continuamos viviendo, existiendo, buscando placeres, encontrándolos, prosiguiendo nuestra carrera como si nada nos faltáse... El amor no es, pues, una condición inevitable de la vida, no es más que una circunstancia, un desorden, una época... ¿qué digo?, una desgracia, una crisis, una crisis terrible; pasa, y he aquí todo.—Madame DE SALM.

Imperio.

... El amor es el que asegura á la mujer su imperio sobre el hombre; por el amor tiene ella el poder de impulsarle á las acciones generosas, de inflamarle por lo bello y por lo bueno, de inspirarle la fe, la facultad de creer, que está íntimamente unida á la de amar.

Y, sin embargo, ¿qué se ha hecho del amor, don divino, en esta sociedad en la que todas las pasiones, desviadas de su impulso natural, son funestas y subversivas? El amor, estimulante de las acciones generosas, no engendra sino rivalidades, discordias, intrigas, mentiras y perfidias; conduce al vicio, impulsa

al crimen. El amor, manantial de arrobamientos, de éxtasis, de ilusiones encantadoras, no es lo más á menudo sino un sufrimiento, una tortura y una amarga decepción. Se transforma en odio, en deseo de venganza; impulsa á la duda, á la incredulidad, á la blasfemia. El amor se irrita y, pedestal de la mujer, no engendra para ella sino humillaciones y dolores. En vez de embellecerla, la degrada; en vez de elevarla, la rebaja; en vez de felicidad, no le ofrece sino sinsabores, dudas y remordimientos.—Madame DE GAMOND.

Esperanza.

Tal vez está en la naturaleza de un amor profundo y verdadero, el temer un momento solemne, por deseado que sea, y no cambiar, sino temblando, la esperanza por la felicidad misma.—Madame DE STAEL.

Exclusivo.

El amor, tal como nuestras costumbres lo han hecho, no es solamente la más egoísta, sino también la más exclusiva de todas nuestras pasiones; y mientras que al avaro, al ambicioso, se les puede presentar siempre nuevos objetos codiciables, el ser realmente enamorado no acertaría á cambiar, y como un niño, se enardece contra los obstáculos.—FLORA TRISTÁN.

Fatal.

... Es cierto que el amor es, de todas las pasiones, la más fatal á la felicidad del hombre. Si se supiera morir, todavía se podría arriesgar uno á la esperanza de tan feliz destino; pero se abandona el alma á sentimientos que perturban el resto de la existencia; se experimenta, durante algunos instantes, una felicidad

sin relación alguna con el estado habitual de la vida, y se quiere sobrevivir á su pérdida; el instinto de conservación se sobrepone al movimiento de la desesperación, y si existe, sin que pueda ofrecerse en el porvenir ninguna probabilidad de encontrar el pasado, una razón de no dejar de sufrir en la carrera de las pasiones, sobre todo en la de un sentimiento que, teniendo su origen en lo que es verdadero, no puede ser consolado por la reflexión misma. Unicamente los hombres capaces de la resolución de matarse, pueden, con alguna sombra de cordura, intentar ese camino de felicidad; pero quien quiere vivir, se expone á retroceder; el que quiera vivir y renuncia, de una manera cualquiera, al imperio de sí mismo, se consagra como un insensato á la más cruel de las desgracias.—Madame DE STAEL.

Mujer.

Una mujer se convence mucho más de que es amada por lo que adivina, que por lo que le dicen.—NINÓN DE LENCLOS.

Fiebre.

El amor es una fiebre ardiente cuya característica es cambiarlo todo, y su locura creerse eterna.—Madame COTTIN.

Las fiebres del alma no son menos contagiosas que las del cuerpo; el espectáculo del amor, aun del amor que no se comparte, hace latir el corazón y turba la razón.—CECILIA FÉE.

Locuras.

De todas las pasiones, el amor es la que más des-

arregla la razón, la que produce más desorden en el alma y le hace cometer las mayores faltas. Apenas se establece diferencia entre un amante y un insensato; las acciones del uno tienen mucha relación con las acciones del otro; y, si la locura turba el espíritu, el amor turba el juicio y desconcierta la razón. Si consideramos á los que aman, veremos, en efecto, que uno siente amor por lo que no es amable, que otro odia á lo que es digno de ser amado; que uno encuentra bello lo que es feo, que otro encuentra feo lo que es hermoso; que éste estima lo que debería despreciar, y que aquél desprecia lo que merece su estimación. Se ve quiénes siguen lo que les huye, y quiénes huyen lo que les sigue; los ciegos elegirían mejor que esos insensatos, de suerte que si la razón es el más grande de todos los bienes, se sigue necesariamente que lo que nos hace perderla es el mayor de todos los males. Para conocer el poco discernimiento de esta pasión, no hay más que ver sino las cosas con que se satisface, con las que constituye sus más preciados tesoros, y con las que llena toda su ambición. Una mirada, una cinta, son el término de todos sus deseos, el objeto de todas sus esperanzas, la recompensa de todos sus afanes y el pago de todos sus servicios. Sin embargo, para obtener tan grandes bienes, hay que suspirar, hay que gemir, hay que padecer durante mucho tiempo y padecer sin quejarse; hay que tener un cuidado continuo, una inquietud eterna, perder la comida y el descanso, no hablar, no dormir, no reir, estar pálido, desfigurado, macilento, pensativo y melancólico. Hay que descuidar los amigos, los intereses, la reputación, para entregarse por completo á una cosa tan agradable; hay que conducirse como si no hubiera más que una persona en toda la tierra, no mirar sino á ella,

MCD 2022-L5

no estimar sino á ella, seguirla como la sombra al cuerpo; hacerse importuno, después de haber llegado á ser amante, y hacerse odiar á fuerza de querer hacerse amar.—Mademoiselle DE SCUDERI.

Guerra.

El amor es un estado de guerra continua; por eso es, sin duda, por lo que los términos que están en mayor relación con él son todos militares. Amor vencedor, amor vencido, amor invencible; conquista de corazones, corazones inexpugnables, dominar un corazón, etc., etc.—Madame NECKER.

Hábito.

Asómbrase uno diariamente de la constancia de muchas uniones mal avenidas; el hábito es su única causa; no se osa decir á una mujer que ya no se la ama; y una mujer que rara vez se asusta del número, prefiere tener varios amantes á perder uno solo; aunque no sirva más que para dar celos á otros, lo conserva.—Madame DE PUISIEUX.

Odio.

A juzgar del amor por un gran número de sus efectos, se le tomaría más bien por odio que por un sentimiento tierno.—Madame DE ARCONVILLE.

Historia.

El amor, que no es sino un episodio de la vida de los hombres, es la historia entera de la vida de las mujeres.—Madame DE STAEL.

Hombres.

Los hombres forman á las mujeres para el amor y

les prohiben su uso. ¡Valiente consecuencia!—Madame DE LAMBERT.

Honradez.

En casa de las personas honradas no se comercia sino con el corazón.—Madame DE LAMBERT.

Ignorancia.

Hay una edad de encantadora ignorancia en amor, en que el objeto amado no es un ser real, sino la personificación engañadora del ideal que el alma ha soñado.—LUISA COLET.

Imaginación.

El amor es como la fe en los milagros; es un trabajo de la imaginación para excitar el corazón y paralizar el razonamiento.—JORGE SAND.

Importunos.

Los importunos son irresistibles hasta en amor.—Madame B.

Imprudencia.

Mientras se conserva la sangre fría, ó por lo menos mientras una pasión no ha llegado aún al último grado de la audacia, todo parece grave; la esperanza del menor favor es un crimen; no se permite el enamorado, sino temblando, la caricia más inocente. Al principio un amante no pide nada, ó tan poca cosa, que una mujer se cree obligada, en conciencia, á agradecerle su desinterés. Para obtener una bagatela, afirma que nunca exigirá más; y sin embargo, sin dejar sus protestas, avanza, se familiariza, besa una mano... Se toleraría esto en otro hombre con tal de

que se le tratara familiarmente; pero en él, lo que tenía tan poca consecuencia hoy, relacionado con lo que se concedió ayer, se encuentra muy importante en comparación de lo que hubo el primer día. Una mujer, tranquilizada por la discreción de su amante, no ve la gradación imperceptible de sus debilidades. Las pequeñeces que se la exigen le parecen tan fáciles de rehusar, que espera tener la misma fuerza cuando se atrevan á proponerle algo más grave. Confía de tal manera en su virtud, que á veces llama el peligro por fuego; prueba sus fuerzas; quiere saber hasta dónde podrán llevarla pequeñas complacencias. ¡Qué imprudentes somos! No hacemos más que acostumbrar nuestra imaginación á imágenes que la seducirán al fin, y que nos harán caer seguramente. No se juega impunemente con el amor.—NINÓN DE LENCLOS.

Incógnita.

El amor no es lo que creéis; no es esa violenta aspiración de todas las facultades hacia un ser creado; es la aspiración santa de la parte más etérea de nuestra alma hacia lo desconocido.—JORGE SAND.

Ingratos.

En amor, la bondad hace ingratos; la dulzura, tiranos; la buena fe, pérfidos.—Madame RICCOBINI.

Celos.

El amor vuelve á encender á menudo su apagada llama en las antorchas de los celos.—LADY BLESSINGTON.

El amor no es nada en comparación de los celos, que siguen inseparablemente al amor. No; el infierno

no tiene suplicio bastante cruel para compararle con esa pasión rabiosa que transporta el alma, desconcierta la razón, turba el uso de los sentidos, hace tomar mentiras por verdades y quimeras por cuerpos reales. Los celos se alimentan de veneno y pudren el alma que poseen; constituyen una de esas serpientes que causan la muerte á los que hacen que nazcan; sus más dulces sueños no tienen por objeto sino precipicios, venenos, puñales, la muerte de un rival ó la suya propia. De esta furia desencadenada proceden mil muertes, mil asesinatos y otros mil crímenes horribles. Así es que los poetas que nos han descrito la pasión que hace amar han representado al amor niño, para expresar su poco juicio; lo han pintado cegado por una venda, para figurarnos el extravío de los que son arrebatados por esa locura; le han dado armas, para representar los males que causa, y, como á las Furias, le han puesto una antorcha en la mano, para hacernos comprender ese fatal abrazo que consume el alma y destruye á veces casas, ciudades, provincias y reinos enteros.—Mademoiselle DE SCUDERI.

Joven.

El amor, en el joven que lo experimenta por primera vez, tiene tanto poder, que todas sus facultades quedan subyugadas; como el católico idólatra á los pies de su madona, se prosterna ante la belleza; no alienta sino para amarla, no piensa sino para admirarla, y, bajo la influencia del encanto que le cautiva, no investiga el alma que encierra la brillante envoltura.—FLORA TRISTÁN.

Juventud.

Los amores de la juventud necesitan alguna sorpre-

sa, como los que vienen en seguida tienen necesidad de un poco de costumbre.—Madame GUIZOT.

Alegrías.

Dios no ha querido que la más cara esperanza del hombre fuese á parar en la abjuración de toda esperanza. Filósofos austeros, moralistas sin piedad, mentís si pretendéis que el amor no tiene más que deberes que cumplir y nada de alegrías puras que exigir. Y vosotros, excépticos materialistas, que pretendéis que el placer es todo y que no se puede adorar lo que no se admira, mentís todavía más. Mentís todos; ninguno de vosotros ha amado nunca. Yo no puedo amar sin felicidad, y no quiero placer sin amor.—JORGE SAND.

Justicia.

Hay en el amor una estimación tan grande, una admiración tan viva, un sentimiento tan justo de lo que vale el ser amado, que no puede suscitarse en el alma ninguna duda, ninguna sospecha. Aunque las apariencias estén contra él, aunque el mundo le haya condenado, al lado de la que ama debe un hombre encontrar justicia.—Madame ANCELOT.

Lenguaje.

Se entiende tan bien el lenguaje del amor cuando se ama, que ningún otro entonces es necesario; pero cuando se deja de amar, el rostro, cuyos movimientos todos parecían tan expresivos; los ojos, en los que se supo leer tantas cosas, no dicen ya nada; hay que interrogarles con vivo interés para comprenderlos; la indiferencia ve aún la belleza, pero no observa ya la expresión que constituye todo el encanto.—Madame DE GENLIS.

El día siguiente.

En amor, ¿qué es un día de felicidad sin el siguiente, que le purifica? Desde el día siguiente el corazón fecha sus recuerdos.—Madame DE GIRARDÍN.

Licores fuertes.

El amor es como los licores fuertes para quienes les gustan; por mucho que les digan que matan, reinciden siempre.—Madame DE PUISIEUX.

Magnetismo.

Hay en la voz, en la mirada, en todo el ser de los que amamos, un fluido magnético, una especie de aureola, no visible, pero sensible al tacto del alma, si puedo hablar así, que obra poderosamente sobre nuestras sensaciones íntimas.—Madame PUISIEUX.

Torpes.

El verdadero amor hace torpes á los que son menos susceptibles de serlo.—Madame DE CROISEUL.

Picardía.

Un poco de picardía en amor es indispensable para la felicidad de dos amantes; hasta aconsejaré que se sea un poco pillo. En toda ocasión vale, sin duda, más ser engañado que bribón; pero en galantería, los tontos son los únicos engañados, y los bribones tienen siempre de su parte á las gentes que se ríen.—NINÓN DE LENCLOS.

Metamorfosis.

El amor se metamorfosea en la sociedad humana; sigue y expresa en sus formas móviles todas las fases

de la historia. En los griegos, es voluptuoso. A sus gracias juveniles sientan igualmente bien la túnica ó vesta de Safo y el manto de Alcibíades. En la Edad Media se convierte en pasión y ciñe el sayal de Eloísa. En los tiempos amables del Renacimiento, galantería ingeniosa y caballeresca todavía, enlaza con la media luna de Diana la salamandra de Francisco I. En el siglo del gran rey, toma la majestad de las cosas eternas. Bajo la regencia, desenfreno caprichoso, deshoja su corona de rosas al resplandor lívido de la orgía. En cuanto á nosotros, tristes hijos de una civilización vieja, ¿cómo le vemos aparecer? Bajo el aspecto desvergonzado de un vicio impotente que ya no sabe hablar ni á nuestros corazones, ni á nuestros sentidos, pero que solicita nuestra bolsa.—Madame D' AGOUT.

Metafísica.

La economía de los sentimientos y de los placeres es en amor la única metafísica razonable.—Madame D' AGOUT.

Misterio.

Los hombres han escrito miles de volúmenes sobre el amor, y la cuestión, inagotable, incomprensible, presenta sin cesar nuevos fenómenos.—Preguntar: «¿Qué es el amor?», es preguntar: «¿Qué es Dios?» Sentimos uno y otro según nuestras facultades; pero somos seres finitos, y no podemos comprender ni explicar lo infinito.—Como todo es misterio en ese divino poder, el amor verdadero, el que procede del alma, es precisamente aquel del que no puede asignarse la causa.—FLORA TRISTÁN.

El amor no vive sino de misterio y temor, la con-

fianza y la seguridad le hacen morir.—Madame DE GIRARDÍN.

Optico.

El amor es un hábil óptico: sabe acercar las distancias y embellecer las perspectivas.—Madame DUSSILLET.

Orgullo.

En las mujeres, el orgullo es á menudo el móvil del amor. ¡Ah!, nosotras somos seres sin fuerza y sin virtud, ó más bien nuestra debilidad y nuestra energía son igualmente inexplicables. Cuando pienso en la puerilidad de los medios que se emplean para seducirnos, en la ligereza con que dejamos que el dominio del hombre se establezca sobre nosotras, no comprendo la terquedad de esa afección tan pronta en nacer, tan imposible de destruir... ¿No haré mejor en confesar que hay en el corazón de la mujer una cuerda de vanidad que se enorgullece de reinar en apariencia sobre un hombre fuerte, y de cobardía que sale al encuentro de la dominación?—JORGE SAND.

Oxígeno.

Semejante al oxígeno sin mezcla que se respira en las altas montañas, el amor precipita el curso de nuestra existencia y nos hace que aspiremos á grandes bocanadas todas las delicias y todos los dolores de la vida.—La condesa DE MERLÍN.

Pasión.

El amor es una pasión que suaviza todas las otras, y que hasta se sobrepone á ellas algunas veces: es un placer que no se puede tener sin pena; es una pasión

MCD 2022-L5

que no se somete á nada, y á la que, por el contrario, todas las cosas se someten.—Mademoiselle DE SCUDERI.

La pasión es el delirio del alma.—Madame DE SALM.

No hay pasiones sino las que nos hieren desde luego y nos sorprenden; las otras no son sino relaciones adonde llevamos voluntariamente nuestro corazón. Las verdaderas inclinaciones nos lo arrancan á nuestro pesar.—Madame DE LA FAYETTE.

Penas.

Unicamente las víctimas del amor saben endulzar las penas que aquél causa.—Madame DE GRAFFIGNY.

El amor no causa tantas penas sino porque harto á menudo la persona que lo inspira no es digna de él.—Madame DE RICCOBINI.

Pérdida.

Hay cien maneras de perder el amor de una mujer, y la única que no se ha previsto es, precisamente, la que se realiza.—JORGE SAND.

Miedo.

El amor es como el miedo: hace que se crea en todo.—Madame DE AULNAY.

Placer.

Los mayores placeres, sin duda alguna, son los del amor. Los que los han experimentado no pueden ya gustar de otros.—Madame DE GRAFFIGNY.

Hay mujeres que no buscan y no quieren sino placeres del amor; otras que unen el amor y los placeres; algunas que no reciben sino el amor y rechazan todos los placeres.

Las primeras aman el amor y no el amante; las segundas resisten mucho tiempo, desconfían de su debilidad; pero al fin el amor es el más fuerte. Las terceras están hechas para amar; pero en ellas los principios contienen los movimientos de la naturaleza, y cuanto más contenidos están sus sentimientos, tanto más fuertes son.—Madame DE LAMBERT.

Platonismo.

¡Qué miserable es ese amor llamado platónico con que tu orgullo se engríe! Piensa, pues, ¡oh Matilde!, que al entregar tu alma á un amante al que niegas tu cuerpo, demuestras con ello hacer infinitamente menos caso de la una que del otro. Si no me engaño, esa sutilidad de espiritualismo tiene por principio un materialismo grosero.—Madame D'AGOUT.

Muñeca.

El amor es un niño grande; la mujer es su muñeca. —Madame VOILLEZ.

Prestigio.

El amor es un verdadero capricho, involuntario en el mismo que lo experimenta; el mérito de la persona amada no es sino la ocasión á la excusa, y no la verdadera causa. Todo el prestigio de ese sentimiento sublime entra siempre en el deseo de satisfacer una necesidad puramente física, y las púdicas se esfuerzan en adornarle con bellos nombres, para no verse obliga-

MCD 2022-L5

das á tener que avergonzarse de él.—NINÓN DE LENCLOS.

Principio.

El amor es el único principio que sujeta nuestra libertad moral sin destruirla.—Madame AGENOR DE GASPARÍN.

Prodigio.

El amor de una mujer hace que un joven realice prodigios, de los que se asombran con razón los que jamás hayan estado enamorados.—FLORA TRISTÁN.

Poder.

¡Amor, supremo poder del corazón, misterioso entusiasmo que encierra en sí la poesía, el heroísmo y la religión! ¿Qué sucede cuando el destino nos separa del que tenía el secreto de nuestra alma y nos había dado la vida del corazón, la vida celeste? ¿Qué sucede cuando la ausencia ó la muerte aislan á una mujer sobre la tierra? ¡Languidece, cae!—Madame DE STAEL.

Poder del amor.

El amor es, de todas las pasiones, la más fuerte, así como es la más natural. Para amar no hay necesidad de saber nada, de conocer nada; la preferencia concedida á primera vista á la persona que agrada no es fruto de ningún razonamiento: es una impresión, una sensación repentina, involuntaria; la vista continua del objeto que la ha causado determina un sentimiento más ó menos profundo; si es llevado al exceso, se convierte en pasión; cuanto más se quiere combatir esa pasión, más fuerza adquiere; engaña y destruye todos

los cálculos, domina la voluntad.—La condesa DE CHALOT, viuda TALMA.

Enfados.

Nunca es el amor tan fuerte como cuando se le cree cerca de acabar por el arrebato de un enfado. Vive en las tempestades; en él todo es convulsivo. Si se le quiere reducir á un régimen, languidece y expira.—NINÓN DE LENCLOS.

Pesquisas.

¡El amor!, se le busca, se le desea, se le espera, y los pesquisas hacen que pase el tiempo, y la esperanza hace que pase la vida, y se muera buscando todavía.—CLEMENCIA ROBERT.

Resistencia.

Tal mujer que hubiera resistido al amor que experimenta, no resiste al amor que inspira.—CECILIA FÉE.

Novela.

El amor es la novela del corazón, y el placer es la historia.—CECILIA... G... N.

Sacrificio.

Si hay algo de religioso en el amor, es porque hace desaparecer todos los otros intereses, y se complace, como la devoción, en el sacrificio entero de sí mismo, —Madame DE STAEL.

Satán.

Si Satanás pudiese amar, dejaría de ser malo.—SANTA TERESA.

Satisfacción.

El amor es un comercio del placer, cuya satisfacción conduce casi siempre al disgusto; la amistad es una dulce voluptuosidad del alma, que, por no llegar hasta la satisfacción de los sentidos, es más viva y más delicada.—Madame DE POMPADOUR.

Sensaciones.

El amor es más bien el dios de las sensaciones que de los sentimientos.—NINÓN DE LENCLOS.

Sobresaltos.

La pasión no marcha sino con sobresaltos; tiene actos, movimientos; la ternura tiene cuidados; ayuda, consuela.—Mademoiselle DE L' ESPINASSE.

Superioridad.

Todo el mundo es apreciado y pagado por el dinero; la consideración, la felicidad, la amistad, la virtud misma, todo esto se compra, se paga, se juzga á peso de oro; no hay más que una sola cosa que está por encima de la opinión que haya permanecido sin mancha, como el sol, y que tenga el calor que vivifica el alma, que la ilumina, que la sostiene, que la hace más fuerte, más grande, y esta cosa, este presente de la naturaleza, es el amor.—Mademoiselle DE L' ESPINASSE.

Timidez.

La primera vez que una mujer ama, es tímida; apenas se atreve á confesarlo; los más ligeros favores le parecen crímenes; se deja arrebatarlos más que concederlos y se censura sin cesar; quisiera hacerse vio-

BIBLIOTECA GUADALAJARA

MCD 2022-L5

lencia y resistir á su inclinación. Este estado de temor redunda en beneficio de la pasión y ella ama más. La segunda vez es más libre; le cuesta menos cometer las faltas; se entrega con menos reservas y casi sin remordimientos; siente más el imperio de los sentidos y mucho menos el del sentimiento.—Madame DE ARCONVILLE.

Traidor.

El amor es un traidor que nos lastima, hasta cuando no se quisiera más que jugar con él.—NINÓN DE LENCLOS.

Transportes.

Los primeros transportes del amor son tan violentos y tan sublimes, que todo se arregla á su poder; todas las dificultades se allanan, todos los gérmenes de discusión se paralizan, todo marcha á voluntad de ese sentimiento que se llama con razón alma del mundo, y del que se debiera haber hecho el dios del universo; pero, cuando se extingue, reaparece toda la desnudez de la vida real; los obstáculos se presentan, las asperezas crecen como montañas.—JORGE SAND.

Trinidad.

El amor es un cambio de abandono y de delicias; es algo tan sobrenatural y tan divino, que se necesita una reciprocidad completa, una fusión íntima de las dos almas; es una trinidad entre Dios, el hombre y la mujer. Si Dios está ausente, no quedan más que dos mortales ciegos y miserables, que luchan en vano por conservar su fuego sagrado, y que lo apagan con sus enojos.—JORGE SAND.

MCD 2022-L5

Triste.

El amor es triste; cierra nuestro corazón á todos los placeres que no da.—Madame RICCOBINI.

Engaño.

Habría menos mujeres engañadas si pudieran preferir un hombre que las ame al que ellas aman.—Madame DUNOYER.

Vanidad.

La vanidad pierde á más mujeres que el amor.—Madame DU DEFFANT.

Verdadero amor.

Para las mujeres, el verdadero amor no es otra cosa que una amistad exaltada, y este es el único durable. —Madame DE GENLIS.

No es verdadero amor sino el que se ocupa de la felicidad del objeto amado.—ELOÍSA.

Las riquezas y las grandezas no constituyen el encanto del amor. La verdadera ternura sabe separar del amante todo lo que no es él mismo, y ponen aparte su fortuna, su rango y sus empleos, para considerarle solo.—ELOÍSA.

Virtud.

El amor se hace culpable desde el momento en que cesa de ser desgraciado; se purifica con los sufrimientos y las lágrimas; pero, siempre cruel, no da la feli-

MCD 2022-L5

cidad sino con menoscabo de la virtud.—Madame DE SARTORY.

Vejez.

Las pasiones pueden agitarnos en toda edad; pero la naturaleza ha querido que el amor pertenezca exclusivamente á la juventud; por esto hace tan ridícula la vejez.—Madame DE SARTORY.

FIN

MCD 2022-L5

INDICE

PRIMERA PARTE

Págs.

Capítulo primero.—Opiniones, juicios y contradicciones..... 1
Capítulo segundo.—La felicidad en el matrimonio. 50
Capítulo tercero.—El matrimonio y el amor..... 53
Capítulo cuarto.—El matrimonio y las jóvenes..... 68
Capítulo quinto.—El matrimonio y la mujer..... 83
Capítulo sexto.—El matrimonio y los hombres..... 94
Capítulo séptimo.—Elección de mujer..... 106
Capítulo octavo.—El matrimonio y el dinero..... 113

SEGUNDA PARTE

Capítulo primero.—El divorcio..... 117
Capítulo segundo.—La separación..... 141
Capítulo tercero.—Indisolubilidad del matrimonio..... 148
Capítulo cuarto.—El repudio..... 156
Capítulo quinto.—De la poligamia..... 158

TERCERA PARTE

Lo que se ha dicho del celibato y de los célibes..... 167

CUARTA PARTE

Mosaico..... 189

QUINTA PARTE

Lo que las mujeres han dicho del matrimonio y del celibato..... 217

SEXTA PARTE

Lo que las mujeres han dicho del amor..... 255

MCD 2022-L5

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
Alcofurado.—Cartas amatorias, 3 pesetas.
Amiel.—Diario intimo, 9 pesetas.
Antoine.—Curso de Economía social, dos volúmenes, 16 pesetas.
Araujo Sánchez.—Goya, 3 pesetas.
Arenal.—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
Arnó.—Las Servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
Asser.—Derecho internacional privado, 6 ptas.
Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 pesetas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
Baldwin.—Elementos de Psicología, 8 ptas.
Boccardo.—Historia del comercio, de la industria y de la Economía política, 10 pesetas.
Boissier.—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 ptas.—La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
Bréal.—Ensayo de semántica, 5 pesetas.
Brédig.—La elocuencia política en Grecia, 7 pesetas.
Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
Bunge.—La Educación, 12 pesetas.
Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Buylla, Neumann, Kleinwachter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pts.
Carlyle.—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.
Caro.—La Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
Castro.—El Libro de los galicismos, 3 ptas.
Colombey.—Historia anecdótica del duelo, 6 pesetas.
Comte.—Principios de Filosofía política, 2 pts.
Collins.—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
Champcommunale.—La Sucesión ab-intestato en Derecho internacional privado, 10 ptas.
Darwin.—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
Dœllinger, El Pontificado, 6 pesetas.
Dorado Montero.—El Reformatorio de Elmira. (Estudio de Derecho penal), 3 pesetas.
Dowden.—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
Eltzbacher.—El Anarquismo, 7 pesetas.
Ellins Estevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
Emerson.—La ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.—Ensayo sobre la naturaleza, 3,50 pesetas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 pesetas.
Fichte.—Discursos á la nación alemana.—La Regeneración de la Alemania moderna, 5 ptas.
Finot.—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.
Fitzmaurice Kelly.—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
Flint.—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas.—La Filosofía de Platón, dos tomos 12 ptas.
Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 ptas.
Framarino.—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
Gabba.—Derecho civil moderno, dos tomos, 15 pesetas.
Garnett.—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.
Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La Superstición socialista, 5 pesetas.
George.—Proteccion y librecambio, 9 pesetas.—Problemas sociales, 5 pesetas.
Giddings.—Principios de Sociología, 10 ptas.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
Giuriati.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.
Goëthe.—Memorias, 5 pesetas.
Gonblanc.—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du Barry, 4 pesetas.
González.—Derecho usual, 5 pesetas.
Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gross.—Manual del Juez, 12 pesetas.
Gumplowicz.—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa contemporánea, 12 ptas.
Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
Haussonville.—La Juventud de Lord Byron 5 pesetas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Höffding.—Psicología experimental, 9 ptas.
Hume.—Historia del pueblo español, 9 ptas.—Historia de la España contemporánea (1788-1898), 8 pesetas.
Hunter.—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.
Huxley.—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.
Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Jitta.—Método de Derecho internacional privado, 9 pesetas.
Kells Ingram.—Historia de la Economía política 7 pesetas.
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fábricas y talleres, 6 pts.
Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
Larcher y P. J. Jullien.—Opiniones acerca del Matrimonio y del Celibato, 5 pesetas.
Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
Lemcke.—Estética, 8 pesetas.
Leroy-Beaulieu.—Economía política, 8 ptas.
Lewis Pattee.—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.
Liesse.—El Trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social, 9 pesetas.
Lombroso, Ferri, Garofalo y Fioretti.—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
Lombroso.—Medicina legal, 2 tomos, 15 ptas.
Lubbock.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.
Macaulay.—La Educación, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
Manduca.—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
Martens.—Derecho Internacional, tres tomos 22 ptas.—La paz y la guerra, Apéndice, 8 pts.
Martín.—La Moral en China, 4 pesetas.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las religiones, 8 pesetas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.
Meneval y Chantelauce.—María Estuardo 6
Mercier.—Curso de Filosofía: Lógica, 8 pesetas.—Psicología, dos tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pas.—Criteriología general ó tratado de la certeza, 9 pesetas.
Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por Adolfo Posadas, 5 pesetas.
Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.

MCD 2022-L5